EMMA K. JOHNSON



LA GUARDAESPALDAS PERFECTA

La Guardaespaldas Perfecta

por Emma K. Johnson

Ésta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos residen únicamente en la imaginación del autor, y cualquier parecido con gente real, viva o muerta, es mera coincidencia.

Ninguna porción de este trabajo puede ser reproducida de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor, con la excepción de propósitos editoriales y de reseña.

© 2024, Emma K. Johnson.

CONTENIDO

Capítulo 1.

Capítulo 2.

Capítulo 3.

Capítulo 4.

Capítulo 5.

Capítulo 6.

Capítulo 7.

Capítulo 8.

Capítulo 9.

Capítulo 10.

Capítulo 11.

Capítulo 12.

Capítulo 13.

Capítulo 14.

Capítulo 15.

Capítulo 16.

Capítulo 17.

Capítulo 18.

Capítulo 19.

Capítulo 20.

Capítulo 21.

Capítulo 22.

Capítulo 23.

Capítulo 24.

Capítulo 25.

Capítulo 26.

Capítulo 27.

Capítulo 28.

Capítulo 29.

Capítulo 30.

Capítulo 31.

Capítulo 32.

Epílogo.

Agradecimientos y otras obras

Capítulo 1.

Katsumi

—¡¿Dónde dejaste mis bragas?! —pregunté alarmada al no encontrarlas en el piso del cuarto de cámaras.

—¿Yo por qué debería saber eso? —preguntó Moisés entre risas mientras se ajustaba el cinturón.

Me giré hacia él y le acomodé un puñetazo en el hombro. —¡Porque tú me las quitaste hace unos minutos y no están junto a mi pantalón!

Él rio mientras se frotaba el hombro. —Vale, vale, ya las encuentro.

Gruñí al mirar hacia las pantallas que mostraban decenas de ángulos de la fiesta.

Luego sonreí al recordar lo que acabábamos de hacer Moisés y yo.

No era mi novio ni nada por el estilo, pero a ambos nos gustaba divertirnos de vez en cuando y el encargado del cuarto de cámaras necesitaba tomar su descanso.

"*Hay que aprovechar las oportunidades que nos da la vida,*" pensé. "*Tiene sus ventajas ser la jefa de seguridad corporativa"*.

Conecté el auricular a la radio y pulsé el botón para iniciar mi llamada.

—Aquí Loba Alfa —dije con el tono de voz más serio que pude usar, pero cuando Moisés me dejó las bragas sobre los hombros tuve que contener una carcajada—. Repórtense todas las estaciones.

—Entrada a vestíbulo sin incidentes —anunciaron por el radio.

—Cocina sin incidentes.

—Fiesta uno, sin incidentes.

—Fiesta dos, sin incidentes.

—¿Quieres que nos veamos más tarde? —preguntó Moisés con tono seductor al cogerme de la cintura por atrás.

Reí. —Yo te aviso, guapo —miré las cámaras mientras mi equipo seguía llamando para reportarse.

Me giré y él me dio un rápido beso en la mejilla antes de irse.

El sexo con Moisés… Cumplía su cometido. No era espectacular ni memorable, pero tampoco era malo. Era como comerse una galleta o una barra energética para tranquilizar el

hambre: no satisfacía por completo, pero era mejor que tener el estómago vacío.

Me terminé de vestir y acababa de ponerme mi chaqueta negra cuando el encargado de las cámaras entró a la habitación.

—Sin incidentes, Paco —le dije al ajustarme las solapas de la chaqueta—. Avisa si ves algo raro.

—Sí, jefa.

Apenas crucé las puertas hacia el interior del complejo y sonreí al ver a algunos miembros de mi equipo en sus lugares.

Nuestro trabajo como seguridad corporativa era ser invisibles a menos que se nos necesitara, y me llenaba de orgullo que así fuéramos.

El pasillo que me llevaba al vestíbulo era estrecho. Las paredes estaban pintadas de un blanco como el de un hospital y salpicadas de fotos de los equipos victoriosos del pasado, brillando bajo las luces fluorescentes.

El fútbol americano no era muy de mi agrado, pero no criticaba a quien le gustara, así como esperaba que no me criticaran cuando decía que me encantaba ver un buen documental sobre la vida marina. ¿Qué? Me gustan los peces.

El aire del vestíbulo vibraba con la electricidad de anticipación. De fondo, la gente murmuraba sobre la adquisición de cierto jugador, o la dificultad de algún partido. Gracias a Dios que el edificio contaba con excelente sistema de ventilación, o de lo contrario la mezcla de aromas de bebidas alcohólicas, perfumes y comida sería insoportable.

Un hormigueo, similar al de una brizna de viento fresco, me recorrió. Muchos aficionados privilegiados lograron conseguir un pase a aquella fiesta tras pagar una cantidad ridícula de dinero. Por lo general se portaban bien, pero el año pasado debí sacar a patadas a uno que insistía en conseguir el número de una porrista.

Me detuve entre la multitud y presioné el botón de mi auricular. —Aquí Loba Alfa —dije al radio mientras miraba a mi alrededor—. ¿Dónde están el rey y la reina?

—El rey está con el alcalde Cardozo a quince metros a su izquierda —escuché a Paco por el radio. Miré hacia allá y sonreí al encontrarlo.

Robert Darcy, mi jefe y mejor amigo desde pequeños. Era el dueño del lugar en todos los sentidos de la palabra, y él lo sabía. Alto y elegante, con su cabello oscuro siempre en su sitio, era un contraste con el alcalde Cardozo, que parecía que llevaba días sin poder dormir, aunque se veía animado conversando con Robert.

Tenía ese don de contagiar de buen ánimo y divertir a quien quisiera darle su atención. Por eso era tan buen hombre de negocios y tan buen líder del Grupo Crown. Diría que su papá era igual, aunque no creo que el padre de Robert hubiera podido hacer los tratos que él ha hecho.

Junto a ellos estaba Marco Albanesi, el dueño de la compañía de construcción encargada de la más reciente monstruosidad que adornaría las calles de la avenida De las Américas.

A diferencia de Robert, que siempre parecía tener barba de un día o dos, Marco tenía su vello facial muy bien cuidado, como si se tomara un tiempo todas las mañanas para acomodar cada cabello.

Algunas mujeres cercanas a ellos los miraban como si fueran pedazos de la carne más suculenta, y ellas estuvieran hambreadas. No las culpaba, eran dos de los hombres más guapos de la fiesta, y los más ricos y poderosos de la ciudad.

Reí para mis adentros, pues sabía que ellas no tenían oportunidad con ellos.

Sus corazones ya tenían dueño.

—¿Y la reina? —pregunté por la radio.

—En la barra con su alfil —contestó uno de mis chicos.

Asentí cuando Robert y yo cruzamos con la mirada. Nos conocíamos tan bien que bastaba un vistazo entre nosotros para hacerle saber que todo estaba bien. Él alzó su copa hacia mí e hizo una mueca de comprensión antes de regresar su atención a la conversación con el alcalde.

Me dirigí a la barra, donde encontré a mis amigas Isla y a Claudia a carcajada abierta con copas de champán en sus manos.

Isla era una imagen de gracia y belleza dignas de un cuadro de arte. La desgraciada de seguro hizo pacto con el diablo para mantener su juventud y hermosura a pesar de haber dado a luz hace casi medio año. Sus cabellos parecían una cascada de cobre vibrante que le caía hasta la cintura, destacando contra su piel blanca como la porcelana. Una reina digna para un rey como Robert.

"*¿Tenía que ponerse tacones tan altos?*" pensé con una sonrisa, luego miré a Claudia. "*Ella entiendo que quiera lucir más alta de lo que es, pero aquella jirafa…*"

—¡Katsumi! —gritó Isla al mirarme, agitando sus manos para que me acercara más rápido.

—¿Dónde estabas? —preguntó Claudia.

"*Dándome un gustito*" pensé al mirarla a los ojos luego de pillar a Moisés acercándose a las mesas del catering ya con su uniforme de camarero bien arreglado.

—A diferencia de ustedes dos, yo vine a trabajar esta noche —les reclamé al estirarme entre ellas para coger un canapé de la barra.

Claudia rio. —Yo también estoy trabajando.

—¡Vienes con uno de los invitados de honor y Moisés te está cubriendo! —le dije mientras masticaba aquel delicioso canapé— No me vengas con esas patrañas.

Claudia se encogió de hombros y sacó a relucir su enorme y deslumbrante sonrisa. Acababa de pintarse el cabello a un tono oscuro de castaño, una mezcla perfecta entre el negro azabache y los cálidos matices del chocolate. Su melena se movía como si fueran de elástico.

—¿Dónde está Moisés? —preguntó Claudia, mirando a su alrededor— No lo he visto.

—De seguro está atrás dándole órdenes en la cocina o paseando por ahí —dije al mirar a mi alrededor—. Hay que tener todo listo para cuando lleguen.

—¿Llegue quién? —preguntó Claudia.

Isla rio. —El equipo.

—¿Cuál equipo? —insistió Claudia.

La miré incrédula. —¿De qué crees que es esta fiesta? —se encogió de hombros, y yo no supe si reír o darle una bofetada por tonta— Tu equipo de catering hizo dos pasteles enormes con forma de balón de fútbol americano con la leyenda "¡Vamos, Fulgores! ¡Vamos!". ¿Para quién crees que es esta fiesta?

—Casi no veo deportes en la televisión —dijo Claudia con una sonrisa apenada.

—Yo tampoco, pero yo sí sé quiénes son los Fulgores de Ciudad del Sol —dijo Isla.

—Sería el colmo —me reí al mirar a mi alrededor—. Tu esposo es el dueño del equipo.

Claudia se cruzó de brazos y levantó una ceja. —No sabía que fueras tan aficionada.

—No lo soy —sonreí al mirar al otro lado del salón a los maniquís—, pero nadie te negará que a los chicos se les mira muy bien el culo en esos uniformes.

Isla casi se atraganta con su trago mientras Claudia soltaba una carcajada.

—¡No tienes remedio! —dijo Isla cuando por fin pudo respirar y reír.

Suspiré antes de coger una copa de champán y darle un pequeño trago. Sí, estaba trabajando, pero un sorbo no le haría daño a nadie.

—Atención, el bus del equipo está aparcando afuera del vestíbulo —anunciaron por la radio.

Sonreí, y Claudia lo notó. Esa mujer debió ser detective y no encargada de restaurantes.

—¿Qué sucede?

—Ya llegó el equipo —dije fingiendo una emoción que no tenía.

—A eso vinimos, ¿no? —dijo Claudia confundida— ¿A celebrar con el equipo?

Miré a Isla, y ella solo sonrió.

—¿Qué pasa? —insistió Claudia.

—Que este tipo de eventos siempre hace que incluso los hombres más maduros se comporten más… Bueno, ¡como hombres! —dije.

Claudia pareció no entender, pero Isla dejó salir una risilla. —Digamos que Robert suele dejarse llevar mucho cuando se rodea de otros atletas y…

—La testosterona les baja el coeficiente intelectual como por cincuenta puntos —les dije, negando al escuchar las porras de la gente—. ¡Empiezan a portarse como niños!

—Bueno, pero mi Marco es un hombre maduro. Es padre de dos niños maravillosos —dijo

Claudia con tono animado—. Estoy segura de que su comportamiento no será…

Las tres guardamos silencio cuando vimos a Robert, Marco, el alcalde y otro tipo que no conocía coreando la porra del equipo con los demás fanáticos en la fiesta tras darse cuenta de que habían llegado los invitados de honor.

—¿Decías? —dijo Isla sonriendo al mirar a Claudia al mismo tiempo que le apuntaba a su prometido— Ese de ahí es tu futuro esposo.

Claudia se quedó boquiabierta unos momentos antes de sonreír de oreja a oreja.

—Disfruten el espectáculo, chicas —giré mi cabeza hacia los lados, estirando el cuello hasta hacerlo tronar antes de pulsar el botón de mi auricular—. Aquí Loba Alfa. Es hora del espectáculo.

Capítulo 2.

Katsumi

—¡El rey se mueve! —dijeron en la radio, y yo puse mi mano encima de mi auricular para escuchar mejor— ¡El rey se mueve!

Levanté la mirada y encontré a Robert caminando hacia el escenario al otro lado del vestíbulo.

—Y aquí vamos —dije al lanzarles una mirada a Isla y Claudia, indicándoles con un gesto de las manos que regresaba con ellas más tarde.

No se quedaron solas mucho rato. Marco llegó a acompañarlas en cuanto me alejé.

—Denme la ubicación de los jugadores —ordené por la radio mientras me dirigía al escenario.

—Están formándose en el túnel —contestaron, y yo respiré aliviada.

—Muy bien, todos atentos —ordené mientras me abría paso entre la gente hasta llegar a un lado del escenario—. Conocen sus tareas, apéguense al plan.

—Sí, jefa —contestaron uno después del otro.

Robert cogió un micrófono y se colocó en el centro del escenario. —¡Damas y caballeros! ¡Fanáticos y socios! ¡Bienvenidos a una nueva temporada! ¡Démosle una cálida bienvenida a nuestros Fulgores de Ciudad del Sol!

El salón estalló en aplausos y vítores mientras el equipo salía del pasillo junto al escenario. Todos gritaban y animaban al público. No les puse nada de atención, pues debía estar atenta a la gente más cercana a Robert.

—¡Hoy iniciamos el trabajo hacia una nueva temporada! —gritó Robert, provocando que los jugadores hicieran todavía más escándalo.

— ¡No descansaremos hasta traer ese puto trofeo a nuestra amada Ciudad del Sol! —gritó uno de los jugadores.

Miré a mi alrededor mientras la gente aplaudía.

—¡Usted es el puto amo, señor Darcy! —gritó otro de los jugadores, uno de los más grandes.

—Y por esas expresiones es que tenemos un evento familiar aparte de este –bromeó Robert, sacando un par de risas al público—. ¡Ven aquí! ¡Damas y caballeros, démosle un fuerte aplauso a nuestro líder de capturas y capitán de la defensa! ¡Harold Sorrensen!

Sonreí al ver a Harold levantar las manos y subir las escaleras al escenario. Era un gigante de

piel blanca con corazón de oro y la barba más roja que había visto. Sonreí al recordar cuando lo pillé en el cine con sus hijas mirando una película romántica.

No hay escena más tierna que el llanto de un hombre, capaz de echarse un refrigerador a las espaldas, al ver una película romántica con sus hijas.

—El señor Darcy es muy amable —dijo Harold tras recibir el micrófono de Robert—, pero la defensa no es solo la línea —apuntó a un grupo de jugadores—¡Démosles un fuerte aplauso a nuestros *safeties* y *cornerbacks* que nos hicieron la tercera mejor defensa de la liga contra el pase!

Cuatros jugadores altísimos, vestidos con los trajes más coloridos que había visto en mi vida, levantaron las manos y caminaron con toda la arrogancia del mundo al escenario, donde se abrazaron y sonrieron con Robert.

"*Parecen las hadas madrinas de La Bella Durmiente,*" pensé al verlos.

—¡Un aplauso para nuestra línea defensiva! —gritó Robert, pero luego Harold le susurró algo al oído que le hizo indicarles con la mano que se detuvieran— No vayan a subir aquí arriba. No creo que la estructura pueda soportar su peso.

Reí a carcajadas igual que todos los jugadores, incluyendo a los miembros de la línea defensiva. Creo que el más ligero de ellos pesaba cerca de los ciento cincuenta kilos, y había uno que se acercaba a los doscientos.

Eso sí, sus trajes estaban hechos a la medida y sus rostros mostraban una seguridad de que eran de los mejores en sus posiciones.

Robert hizo gestos a Harold y a los otros jugadores en el escenario de que bajaran. —Me atrevo a decir que nuestra defensa es la mejor de la liga —hizo una pausa que le agregó demasiado dramatismo—, pero nuestra ofensiva necesitó un cambio drástico. Así que, tras largas pláticas con el entrenador Solinsky y algunos despidos de los que no estoy orgulloso y negociaciones difíciles, me emociona mucho presentar a los nuevos rostros de la ofensiva que sé que nos llevará lejos este año.

Las luces se apagaron, y un par de reflectores apuntaron a la entrada al túnel. Mientras que todo el público dirigía su atención hacia allá, yo di un rápido vistazo a mi alrededor.

"*¡Vale, vamos bien!*" pensé. "*Sin sorpresas hasta el…*"

Las bocinas del lugar retumbaron con una canción de rap popular. El bajo intenso me hizo estremecer y rechiné los dientes.

—Y ahora, presentamos a nuestro nuevo receptor: Khalil Washington, líder de yardas y recepciones de la temporada pasada, quien ahora vestirá los colores de los Fulgores —anunció Robert.

La ovación del público me impulsó a acercarme al escenario. El tío subió las escaleras con una sonrisa de oreja a oreja mientras las chicas gritaban y ante los besos y guiños que él les mandaba.

"*¡Por Dios, contrólense!*" pensé aguantando la risa al mirar al jugador. "*Sí está guapo, pero*

no es para tanto”.

La verdad es que el tío sabía lucirse. Su cabello negro estaba hecho rastas, y su barba y bigote, muy cortos y bien cuidados, enmarcaban su sonrisa segura y juguetona. Y era alto, ¡joder, sí que era alto, incluso para un hombre de piel oscura! y no le daba nada de pena mostrar su físico atlético usando una camisa de botones abierta con una corbata morada mal puesta.

Robert siguió con su discurso y presentó al resto del equipo ofensivo. Todos se pavoneaban como gallos en su gallinero, aunque ninguno como ese tal Khalil, que seguía coqueteando y volviendo locas a las fanáticas.

Me alejé del escenario y caminé entre la multitud, observando con ojo clínico el bullicio.

Justo cuando estaba pasando cerca de la escalera al escenario, una voz conocida hizo que me detuviera en seco.

—Katsumi –llamaron.

Miré a mi alrededor cuando deduje que no había sido por la radio. De momento no supe por qué me cosquilleó la piel, pero al girar sobre mis talones encontré el porqué.

—Tú —murmuré al mirarle a la cara.

Su rostro tenía un aire de determinación imperturbable.

Igual que hace años.

Sus ojos, dos relámpagos de intensidad, desbordaban confianza y seguridad.

Igual que hace años.

Su barba estaba arreglada a la perfección, como un adorno alrededor de su estúpida mueca, con ese toque de arrogancia y encanto irresistible que activó mi imaginación al instante.

Igual que hace años.

La tela de su traje elegante se ceñía a su cuerpo poderoso de una manera que sugería tanto sofisticación como fuerza bruta.

Su sonrisa se amplió cuando cruzamos nuestras miradas. Una avalancha de recuerdos, cada uno más vivo que el último, me golpeó de lleno, recordándome momentos.

Momentos lindos, momentos graciosos, momentos placenteros…y momentos dolorosos.

—¿Qué coño haces…? —comencé.

—¡Señoras y señores, es un honor presentar a nuestro nuevo *quarterback*, Aidan Foster!

“*Espera… ¡¿Qué?!*” pensé al mirar rápido al escenario, esperando ver algún gesto de Robert de que se trataba de una broma, pero él exudaba orgullo mientras presentaba aquel hombre, que subió corriendo al escenario y levantó su mano para saludar a todos.

Fue como si el tiempo se hubiera detenido. La sorpresa me embargaba como un vaso lleno hasta el borde, amenazando con desbordarse. ¡Y no era una sorpresa agradable! ¡Mi vida habría sido feliz si no volvía a mirar ese estúpido rostro!

—¿Estás bien, Katsumi? —escuché la voz de una chica detrás de mí.

Al girarme encontré a Marco junto con Isla y Claudia.

—Sí —sonreí y asentí, luego apunté a mi auricular—. Lo siento, necesito ir a ver algo.

Era claro por sus expresiones que no les convenció mi respuesta, pero no iba a darles ni un segundo para preguntarme nada.

"*¿Qué hace aquí? ¡¿Qué coño hace aquí?!*" pensé al caminar entre la multitud hacia el pasillo. Mi corazón estaba a punto de reventar y apenas y podía respirar.

La multitud estalló en aplausos y vítores acompañada de los gritos de ánimo por parte de quienes supuse eran los jugadores.

Ya para ese momento estaba junto al pasillo hacia el cuarto de video vigilancia.

Me detuve a recuperar el aliento, pero una voz de mi pasado sonó detrás de mí y me sacó el aire de nuevo.

—Si no te conociera, diría que estás huyendo —aquella voz varonil y alegre me erizó la piel junto a una mezcla de ansiedad y algo más.

Cuando me di la media vuelta confirmé que era Aidan.

Joder, su puñetera mirada todavía me alborotaba las hormonas como ningún otro hombre lo había hecho en mi vida, y el ver sus manos mientras él caminaba hacia mí me hizo recordar todas las cosas maravillosas que había hecho con ellas en mi cuerpo, como si las hubiera hecho el día anterior.

—No estoy huyendo, Aidan —le dije, poniéndome las manos en las caderas y manteniéndome quieta mientras él se detenía ante mí. Por su altura, yo tuve que levantar la mirada, y al hacerlo no resistí contemplar por menos de un segundo sus labios, provocando que más recuerdos intentaran relucir en mis pensamientos—. Soy la encargada de seguridad del Grupo Crown, ¿en qué te puedo ayudar?

—No vine a pedir ayuda de nada, linda —sonrió. Joder, esa puñetera sonrisa seguía siendo igual de…

—Entonces no tenemos nada de qué hablar.

Me di la media vuelta y di un par de pasos. En cuanto sentí su mano coger la mía giré hacia mi espalda, y le empujé contra la pared al mismo tiempo que le torcía su brazo hacia la espalda.

Quizá no debí estrellarlo tan fuerte contra la pared.

Aidan rio. —¡Demonios, linda! No has perdido tu…

—Voy a decirte esto solo una vez, Aidan —le dije al oído—. No me busques. Cualquier cosa que necesites, dirígete al entrenador o dile a tu agente que te lo consiga.

—Sabes, es algo incómodo tener una conversación con la cara contra la pared y mi brazo a punto de reventar —dijo entre gruñidos, pero el hijo de puta no dejaba de sonreír.

Lo solté y di un paso atrás. Él se giró frotándose el hombro, y asintió. —Katsumi, yo…

Reí. —Ahórrate tu aliento si lo que va a salir de tu boca es una disculpa. No la necesito.

—¿Y si lo que va a salir de mi boca es una invitación a tomar una copa?

¡Cómo quise reacomodarle la nariz con un puñetazo! Debo mencionar que me costó muchísimo trabajo solo suspirar, dar la vuelta, e irme tan rápido como pude.

—Vale, ¿y qué tal un café? —dijo en voz alta cuando me alejé.

Me odié a mí misma al darme cuenta de que sonreí un poco cuando dijo eso.

Capítulo 3.

Aidan

—¡Hijo de puta! —gruñí al meter los pies en la tina llena de hielo.

Al principio, sumergir el cuerpo dentro de agua helada se sentía como si miles de agujas se enterraran en mi piel.

Respirar profundo me ayudaba a mantenerme concentrado y no sacar mis piernas de la tina. Quien diga que darse un baño con agua helada puede ser placentero es un maldito mentiroso.

Era desagradable, pero no había nada mejor que me ayudara a recuperarme de una sesión de ejercicio duro. Prefería un par de minutos de eso a tener que medicarme.

Apoyé las manos en la orilla de la tina y me senté despacio hasta terminar con el agua abajo del pecho.

Respiré profundo, tratando de concentrarme en mis piernas, pantorrillas y nalgas. La sesión de sentadillas, desplantes, y otros métodos de tortura que el entrenador se inventó me dejó más jodido que nunca.

Sonreí al apoyar la espalda e inclinar la cabeza hacia atrás contra la toalla que había puesto como cojín. Siempre termino casi muerto con los primeros entrenamientos de la temporada. Quince minutos en aquella tina lo remediarían.

Por lo general visualizaba la parte de mi cuerpo que ejercité al estar sumergido en el agua helada, pero en ese momento solo podía pensar en ella.

"*Katsumi,*" pensé, sumergiendo los brazos dentro del agua y colocando las manos en el fondo de la tina. "*Joder, ni un baño helado me baja lo caliente que ella me puso*".

Recordé la última vez que la vi: ella estaba desnuda en la cama tras una noche de locura y pasión. En aquella noche se puso un vestido ajustado que le terminé arrancando con los dientes.

Solo Katsumi podía verse igual de sexy con pantalón y chaqueta, típico de una guardia de seguridad, que con un vestido ajustado y sensual.

Seguía siendo irresistible.

"*Demonios, ¿se me está parando?*" pensé con una sonrisa al darme cuenta de que mi bóxer estaba quedándome un poco más incómodo de lo normal a pesar de estar bajo el agua helada.

—¿Te dieron una paliza en el primer día? —preguntó una voz femenina que reconocí de inmediato.

Abrí los ojos y contemplé a mi dulce hermanita de pie junto a la tina con los brazos cruzados.

Siempre que miraba a Nancy me invadía una mezcla de orgullo y admiración. Ambos éramos igual de ambiciosos y determinados, aunque para distintas cosas: yo en los deportes, y ella en los negocios.

Arrojó su cabello negro rizado detrás de sus hombros y su tez blanca salpicada de pecas contrastaba de maravilla con sus ojos verdes que parecían tener luz propia.

Traía puesto un vestido azul de negocios que destacaba su físico atlético, reflejando su personalidad vibrante y su fuerza de carácter. Ella sabía que era atractiva, le enorgullecía. Una vez nuestra madre intentó prohibirle salir a bailar con sus amigas por la vestimenta provocativa que traía puesta.

Nancy subió a su cuarto, se puso un vestido aún más ardiente, y le miró directo a los ojos mientras se iba de la casa sin pedirle permiso.

—Sabes que estos son los vestidores de los hombres, ¿verdad? —le pregunté.

Ella rio. —Indícame alguno y puede que me asuste.

—¡Oh, demonios! —gritaron detrás de mí— Mujer, tú elegiste ser violenta este día, ¿no es así?

Nancy le lanzó una mirada cansada acompañada de una sonrisa. —Hola Khalil —saludó hacia mis espaldas.

No podía culpar a mi hermana por comerse con la mirada a mi secuaz en la cancha. Era un atleta de élite y se veía como tal. No había ni un gramo de grasa en su cuerpo, lo cual explicaría su velocidad y capacidad de atrapar cualquier balón que le lanzaran.

Claro, también dedicaba tanto tiempo en su apariencia como en su entrenamiento físico, lo que se notaba más en el cuidado de sus largas rastas.

—¿Qué tal el agua, colega? —preguntó Khalil al meterse por completo en la tina junto a la mía, que también estaba llena con agua y hielo. Cuando sacó la cabeza sus ojos se abrieron tanto que bien pudieron habérsele salido.

— ¡Ay, cabrón, está fría! ¡Ave maría purísima! ¡Ave maría santísima! ¡Ave maría poderosa! ¡Ave maría gloriosa!

—Se supone que la inmersión debe ser lenta, pedazo de animal —le dije sin aguantar la risa.

—Hombres —lamentó Nancy.

—¿En qué te puedo ayudar, hermanita? —le dije sin quitar la sonrisa— No viniste aquí solo a preguntarme cómo me va.

—Vino a visitarme, colega —dijo Khalil con voz temblorosa.

Nancy sonrió, negó con la cabeza, y giró hacia mí. —Estaba en el edificio hablando con el director deportivo viendo los últimos detalles de tu contrato —ella miró a su alrededor, encontró un banco de madera y se sentó—. Todo parece estar en orden —dijo con tono orgulloso—. Logré que agregaran una cláusula de no intercambio y una bonificación adicional si lanzas más

de cuarenta anotaciones este año.

—¿Solo cuarenta? —reclamó Khalil con voz temblorosa— Colega, nos van a regalar el dinero en esta ciudad.

—Y tú tienes un bono de tres millones si superas las mil quinientas yardas en recepciones —dijo Nancy.

—Eso sí es un reto —dijo Khalil al sumergirse hasta el cuello en el agua, y yo hice lo mismo —. Nunca he tenido una temporada de mil quinientas yardas.

—Se dice "de nada" —Nancy cogió un hielo de mi bañera y lo arrojó al rostro de Khalil, luego me miró—. Tienes una cita esta tarde con gente de Nike para los diseños de tus zapatillas para las distintas fechas especiales de la temporada.

—Mándame la hora y dirección al móvil —apoyé la cabeza en la orilla de la bañera y cerré los ojos—. No recuerdo muchas calles desde la última vez que estuve en la ciudad. Gracias a Dios que se inventaron los GPS.

—¿GPS? Aidan, tienes un servicio de chofer cortesía del Grupo Crown —escuché los golpeteos de los dedos de Nancy sobre su móvil enviándome la información—. No quiero que conduzcas en esta ciudad. Yo ya lo hice esta mañana y son unos salvajes.

—Lo usaré si necesito más tiempo para estudiar el libro de jugadas.

—¿Cómo coño puedes leer mientras vas en un coche? —preguntó Khalil— Yo me mareo horrible. Es igual en un avión o un autobús.

—Es uno de mis superpoderes, colega —sonreí, concentrándome en relajar mi cuerpo sumergido, el cual ya se había entumido por el frío y la sensación de agujas enterrándose en mi piel ya había desaparecido.

—¡Ah! —Nancy recordó algo y sonrió— Tu esposa me ha estado llamando.

—¿A quién le hablas? —preguntó Khalil.

Abrí los ojos y le miré. —¡¿Te casaste y no me invitaste a la boda?! —le pregunté con indignación fingida.

Khalil rio. —¿Yo qué sé? No sería la primera vez que una chica dice ser mi esposa o exesposa para llegar a mí. Además, hago muchas tonterías cuando me emborracho, por lo que no descarto haber cambiado mi estado civil sin darme cuenta.

Nancy suspiró y giró los ojos hacia arriba. —Le hablo a Aidan.

—¿Cuándo me volví a casar? —le pregunté sorprendido.

—¡Esmeralda me ha estado dejando mensajes!

—¡Un momento! —saqué una mano para apuntarle a Nancy con el dedo índice— Ya firmé los papeles de divorcio, así que ya no es mi esposa.

Mi hermana se cruzó de brazos. —Los casó un cura, así que, ante Dios, siempre será tu esposa.

—¡Ese cura estaba igual o más borracho que nosotros en el momento!

—¡Pues un juez dictó que su matrimonio era válido y…!

—Vale, vale, vale —ya había tenido esa discusión con Nancy y con mis abogados suficientes veces como para no querer tenerla de nuevo. Sí, ya sabía que las relaciones se me daban como la ópera a un mudo, pero ¿qué se le puede hacer? Ni modo que dejase de intentarlo—. ¿Y qué quería la hija de Satanás?

Se esforzó en ocultarlo, pero Nancy se aguantó la risa cuando dije eso. En el tiempo que duró nuestra unión jamás se llevaron bien.

—Algo sobre una entrevista.

—Paso —dije sin dudarlo.

Mi teléfono timbró en la mesita junto a la tina y supe que ya era hora de salirme de la tina.

—Es para la cadena oficial de la liga. Tu contrato dice que…

Refunfuñé mientras me envolvía en una toalla de la cintura para abajo. —No me importa lo que diga mi contrato. Sácame de eso.

Nancy suspiró. —Veré qué puedo hacer —se asomó detrás de mí—. Creo que ya deberías salirte antes de que se te encoja permanentemente.

Khalil abrió los ojos y salió de la tina con una agilidad impresionante incluso para él.

Nancy rio, me besó en la mejilla y se fue de los vestidores. Khalil y yo fuimos al área de taquillas para terminarnos de vestir.

—Colega, tengo un buen presentimiento para esta temporada —escuché a Khalil decir mientras me ponía ropa interior seca—. Esta ciudad tiene muy buena vibra. Le pedí al taxista que me llevara a la discoteca más popular en mi primera noche. ¡No te imaginas! ¡Está de locos!

Me subí el pantalón y me senté cuando vino a mi mente un recuerdo distante afuera de una discoteca hace tantos años donde me atreví a invitar a un grupo de desconocidas a acompañarme. Y recordé a la que logró captar mi atención.

—Sí —dije de manera nostálgica—. La vida nocturna en esta ciudad puede ser memorable.

—Y es que conocí mujeres de una calidad inmensurable, colega —aguanté la risa al detectar la emoción en la voz de Khalil.

—Sí, mantente ocupado y lejos de mi hermana, pedazo de animal.

Khalil soltó una carcajada y se acercó a mí, ya vestido con pantalones de vestir blancos y una camisa negra con estampado de *Hello Kitty* que le quedaba tan justa que podría explotar en cualquier momento.

—¿Sigues molesto por eso? —preguntó al sentarse a mi lado— ¡Era año nuevo! ¡Y dio la casualidad de que estábamos frente a frente cuando…!

—¡Ah! ¡No necesito más detalles!

—¡Como si tú nunca hubieras tenido un beso entre amigos! —reclamó, luego me abrazó y acercó su rostro al mío con los labios fruncidos— Venga, dame un beso y verás que no es para tanto.

—¡Maldita sea, Khalil! —grité entre risas, esforzándome por liberarme de su llave.

—¡Aligérate, colega! —dijo cuando nos pusimos de pie— Mira, mañana tenemos descanso, así que vayamos a desahogarnos que el ejercicio con pesas me pone bien cachondo.

Arqueé la ceja y recordé la sensación al pensar en Katsumi mientras estaba dentro de la tina de agua helada. —Me vendría bien la distracción.

—¡Sí, señor!

—¡Pero no a una discoteca! —le reclamé mientras caminábamos hacia la salida— Prefiero unos tragos para relajarme.

—¿Qué pasó con el Aidan Foster que me acompañó a todas las discotecas de Los Ángeles y Las Vegas?

—Creció —le contesté fingiendo un tono severo mientras sonreía—, pero supongo que una hora o dos en una discoteca no me hará mal.

—¡Eso es todo, colega!

Capítulo 4.

Katsumi

—Vale, ¿quién te cabreó? —preguntó Robert al atrapar el puñetazo que le había dirigido al rostro.

Di un salto hacia atrás y volví a levantar mi guardia. —Nadie —le contesté con la respiración agitada antes de avanzar con un par de patadas a su abdomen.

Esquivó una, y detuvo la otra al mismo tiempo que contratacaba con su antebrazo dirigido a mi pecho.

Me dejé caer al sujetarle el brazo, tirándolo hacia el suelo conmigo. Traté de atraparlo con una llave de su brazo, pero alcanzó a rodar y a ponerse de pie.

—¿Estás segura? —preguntó Robert con tono preocupado— Solo eres así de agresiva cuando alguien te hizo pasar un mal rato.

—No estoy siendo *tan* agresiva —le dije con una sonrisa, fingiendo que mi estómago no se retorcía al recordar al imbécil de Aidan—. ¿Tienes miedo de que te gane una chica, Robert?

Intercambiamos golpes por un buen rato, y terminamos tirados en la lona del ring. Yo le sujetaba la pierna, y él soltó una carcajada cuando apliqué un poco de presión.

—¡Me rindo, me rindo! —dijo, y lo solté.

Me puse de pie primero, y le ofrecí una mano para ayudarle a ponerse de pie.

—¿Algún día me dejarás ganar? —él sonrió antes de ir a las cuerdas del ring, donde teníamos colgadas nuestras toallas para secarnos el sudor.

—Ni aunque me dupliques el sueldo, Ro.

Ajusté mis guantes mientras miraba a otros empleados de la compañía entrenando en el área de pesas del gimnasio. El sonido del metal al cargar más peso a las barras hizo eco, lo cual era normal, ya que muy pocos empleados del Grupo Crown iban a entrenar durante su jornada de trabajo.

Por lo que era mi hora favorita para entrenar, igual que la de Robert.

Era lo más parecido a un gimnasio convencional como se podía ser, pues nada en el Grupo Crown era convencional. Ese era un espacio diseñado para que los empleados de la compañía pudieran llegar a ejercitarse como más les plazca y abierto las veinticuatro horas.

Un gran beneficio exclusivo.

Desde el momento en que las puertas del ascensor se abrían te recibían con un olor peculiar

de cuero, acero y ese desinfectante dulzón que usaban en exceso. El suelo era una áspera alfombra negra, que parecía absorber cada paso que dabas.

Aunque muchos gimnasios tenían los muros con espejos, éste estaba rodeado por las enormes ventanas que daban hacia la calle, permitiéndonos una vista espectacular desde el décimo piso.

Los únicos espejos cubrían los pilares de soporte, aunque yo siempre evitaba mirarme en ellos cuando me ejercitaba. Aquello siempre me pareció extraño, pues no era agradable mirarme a mis propios ojos y sentir que me estaba juzgando a mí misma.

En un rincón, la enorme pantalla de televisión montada en la pared estaba sintonizada en las noticias deportivas, aunque el silencio era roto por la música de rock que yo había puesto en las bocinas.

Mi parte favorita del gimnasio era, sin duda, el ring de box. Dentro de ese cuadrilátero con cuerdas blancas tensas y esquinas acolchadas, los cuerpos en combate podían tener conversaciones más honestas que dos personas borrachas.

Había algo en el ring que me hacía sentir viva, enérgica y, al mismo tiempo, centrada. Era mi refugio. El lugar donde podía liberar cualquier frustración acumulada. Donde los golpes expresaban más que palabras, permitiéndome reorganizar mis pensamientos y volver a la vida real con la mente despejada.

Lo malo es que solo Robert y uno que otro miembro del equipo de seguridad eran los únicos con los que podía entrenar sin contenerme.

La música se detuvo, y la voz del presentador de las noticias captó mi atención. Mi mirada se desvió hacia la pantalla en la que la engreída cara de Aidan aparecía sonriente y seguro de sí mismo, el muy hijo de puta. Un destello de irritación cruzó por mis ojos, interrumpiendo por un momento mi concentración.

Robert se dirigió a mí con una expresión de expectativa.

—¿Qué te parece nuestra más ambiciosa contratación? —preguntó Robert con tono orgulloso — No tienes idea de los malabares financieros que tuvimos que hacer para pagar su monstruoso salario, pero creo que él…

—¿Acaso en algún momento te di la impresión de que me gusta el fútbol americano? —le interrumpí más que fastidiada— Sí, qué bien que trajiste a tu jugador favorito al equipo. Te felicito —acto seguido, me encogí de hombros, salí del ring, y acomodé algunos puñetazos a un costal colgado —. Y si te soy sincera, me parece que te traerá más problemas que soluciones.

Robert rio. —¿Tienes algún problema con él? —se acomodó detrás del costal y lo sujetó mientras seguía golpeando — ¿Acaso hizo alguna tontería en la fiesta de la que no estoy enterado?

Gruñí y me detuve. —No —le dije sin aliento antes de acomodar una patada girando al costal —, pero reconozco su tipo.

—Entonces sabes manejarlo —Robert sonrió.

Soplé un mechón de cabello que había caído sobre mi boca. —¿Por qué habría de manejarlo? Dominic lleva años haciéndose cargo de la seguridad del complejo deportivo. Que él lo aguante.

—Dominic es bueno, pero preferiría tener a mi mejor persona en ello —Robert respiró profundo—. No es por el dinero. Tú has visto lo animada que está la gente con su llegada al equipo. Esta ciudad está ilusionada con…

—¡Por Dios, Ro! ¡Es solo un juego!

Robert estaba por contestar cuando la recepcionista del gimnasio, una joven que parecía estar recién salida de la universidad, entró y caminó hacia nosotros.

Robert y yo cruzamos miradas y supe que continuaríamos la conversación en cuanto se fuera la chica.

—Gracias, Lisa —dijo Robert al extender su mano para recibir el sobre que ella traía.

La chica se detuvo ante nosotros y le miró apenada. —Lo siento, señor Darcy, pero el sobre es para la señorita Katsumi.

Arqueé la ceja y me puse de pie. —¿Para mí?

Era un sobre pequeño, no como los que se usaban en la compañía para enviar memorándums o documentos importantes.

"*¡Es una carta!*" pensé asombrada. "*¿Quién envía cartas en estos días?*" El sobre decía mi nombre y la dirección del Grupo Crown, y en la esquina había una estampilla con letras japonesas estilizadas.

—¿Te mandaron una carta? —preguntó Robert, igual de extrañado que yo.

Saqué la nota del sobre y la desdoblé. El papel tenía un aroma distinto al utilizado en las oficinas, y se sentía distinto. Era más grueso, y tenía una textura distinta.

Me paralicé en cuanto vi que el contenido de la carta estaba en japonés, y aquellos caracteres de trazos elegantes y limpios me causaron una repulsión en mi estómago y una tensión de mis músculos con cada palabra que leía.

—Querida nieta, estaré de visita en Ciudad del Sol con tu hermano dentro de unos días donde debes hacer tiempo para reunirte conmigo. Es necesario que hablemos de un tema delicado. Con cariño, tu abuelo, Kenzo Okabe.

El frío se infiltró por mi espalda, oscureciendo mi pecho con una sombra desconocida. La sensación en mi estómago no eran mariposas de la emoción, eran avispas cabreadas, zumbando y picando, revoloteando en un torbellino de inquietud y ansiedad.

"*¿Debo hacer tiempo? ¿Por ese viejo bastardo? ¿Quién se ha…?*"

Imaginé un tono autoritario viniendo de él mientras me decía aquellas palabras, como si me estuviera haciendo el favor de venirme a visitar, como si debería estar agradecida por su presencia siendo que no soy digna de ella.

"*Que se meta su invitación por el…*"

—¿Quién es? —la curiosidad se filtró en la voz de Robert.

Guardé la nota, ocultándola de su mirada. Las palabras de mi abuelo seguían dando vueltas en mi cabeza, creando un torbellino de preguntas y dudas. —Ya he tenido suficiente por hoy —anuncié, recogiendo mis cosas.

—¿Estás bien? —preguntó Robert al caminar junto a mí, rumbo a los vestidores— Pareces como si alguien te hubiera robado el almuerzo.

—Estoy bien, Ro —le contesté de inmediato.

Caminé rápido, aunque resistí la necesidad de correr tan rápido como pude. Me sentía caliente, como si mi piel estuviera a punto de estallar en llamas y mis dientes cerca de quebrarse por la tensión en mi mandíbula.

Entré al vestidor de mujeres, hice bola la carta y la arrojé al cesto de basura con todas mis fuerzas.

—Con cariño —murmuré con absoluto desdén mientras me desvestía para entrar a la ducha —. Ni siquiera has de saber cómo mostrar cariño, viejo hijo de…

—¡Vale, Katsumi! —escuché a Robert gritar al mismo tiempo que abría la puerta a los vestidores.

—¡Son los vestidores de las mujeres, estúpido! —grité mientras me apuraba a cubrirme las tetas antes de que él apareciera.

No lo hizo. No escuché pisadas ni la puerta cerrarse, por lo que asumí que se había quedado en el umbral.

—¿De verdad esperas irte así de repente sin darme ninguna explicación?

—Ay, disculpe, jefe —no oculté el sarcasmo en mi contestación.

—No te estoy hablando como tu jefe, Katsumi —su voz mostraba comprensión—. Si no como tu amigo. Háblame. ¿De quién era esa carta?

—Alguien que solo me vino a arruinar el día —murmuré al sentarme en el banco frente a mí —. No quiero hablar de eso, Ro —le contesté.

—Vale, entonces quiero intentar alegrarte el día.

Sonreí. *“Por supuesto que harías eso”*.

—¿Qué necesitas? —le pregunté.

—Quiero que te encargues de organizar la seguridad alrededor del complejo deportivo y de los jugadores del equipo.

—¡¿Qué?! —le grité al ponerme de pie y caminar hacia la entrada— ¡¿Esta es tu idea de alegrarme el día?! ¡Ya te he dicho que Dominic puede hacer eso!

Sus ojos casi se salen de sus cuencas antes de girarse y darme la espalda.

Miré hacia abajo. Había olvidado cubrirme el pecho.

—¡Robert! —me quejé al apurarme a ir por mi toalla.

—¿A mí qué me reclamas? ¡Tú eres la que se me acercó con las tetas al aire!

Gruñí, respiré profundo, luego reí. Poco, al principio, pero entre más me reía, más gracioso me parecía, y lo hacía más fuerte, hasta que Robert y yo estábamos a carcajada abierta.

—Vale, esto es en serio —le escuché decir—. Necesito que…

—Ya sé, ya sé —le dije todavía sonriendo—. Mira, revisaré el complejo y qué jugadores presentan un posible riesgo de seguridad —me puse de pie y terminé de desnudar—. ¡Pero más vale que me autorices tiempo extra y un bono muy gordo en mi siguiente pago!

—Todo lo que necesites —escuché a Robert decir—. Mientras no se repita el incidente de hace unos años con aquella acosadora.

—Así será, jefe —cogí mi toalla y caminé hacia las duchas—. ¡Nos vemos más tarde!

Abrí la ducha y me quedé remojando bajo el torrente unos momentos, imaginando que el agua fresca se llevaba toda la indignación, coraje y menosprecio que sentí minutos atrás con la carta de mi abuelo y se quedó pegada a mi espalda.

“Ese desgraciado nunca me quiso, ¿acaso espera que lo reciba con los brazos abiertos? Que le den”.

Levanté la cabeza, y dejé que el agua golpeara mi cuello y bajara por el frente de mi cuerpo, relajándome a tal grado que cerré los ojos y me permití dejarme ir unos instantes.

—Necesito distraerme esta noche —dije para mí misma, pensando en los distintos bares y discotecas en la ciudad a donde podría ir.

Reí.

“Sería gracioso si me topara a Aidan en uno de ellos”.

Capítulo 5.

Aidan

—¡No me lo van a creer en la casa! —gritó el aficionado luego de mirar la foto que nos tomamos. Tenía que gritar, pues la música en la discoteca estaba a todo volumen.

Sonreí y le apuré a que se alejara. No era el único en el lugar que quería una foto conmigo.

—¡Este año ganamos el campeonato! —gritó otro aficionado.

Había algunos jugadores que odiaban ser el foco de atención y que los reconocieran en lugares públicos o les interrumpieran sus momentos de diversión. Y puedo entender por qué querrían mantener su privacidad.

A mí me encantaba. Eso de conocer a los aficionados, bromear con ellos, escuchar cómo ansían verme jugar y traer un campeonato a la ciudad. Joder, yo nací para ser el foco de atención. Fue uno de los motivos por los que se me daba tan bien ser *quarterback*.

Hace años, antes de que fuera a la universidad, yo miraba a mis héroes en la televisión y tenía sus pósteres colgados de mis paredes, siempre soñando en cómo sería estar ante ellos, estrechar sus manos, y escuchar algunas palabras de aliento suyo.

Tuve la oportunidad de conocer a uno cuando entré a la liga, y vaya que fue una experiencia sin igual. Recuerdo que fue en un evento de beneficencia, donde ambos estábamos rodeados de niños.

Él, un campeón a punto de retirarse, y yo, un novato que recién había firmado con su primer equipo y destinado a tomar su lugar. Nunca se portó grosero ni mostró indicio alguno de fastidio de estar con niños. Siempre se arrodillaba ante ellos, y les decía cosas que provocaban que sus rostros se iluminaran aún más.

—Eres más guapo en persona —escuché a una mujer decir detrás de mí, regresándome al presente. Me giré hacia ella y le sonreí.

—Es por el alcohol y la iluminación, guapa —le dije mientras me ponía a su lado para tomarnos una foto con su móvil—. Te aseguro que en las mañanas soy igual de desaliñado y apestoso como cualquiera.

—Eso lo quiero comprobar.

Ella rio y me dijo todo con la mirada coqueta que me lanzó. Cuando los rostros de guapísimas aficionadas con minifaldas mostraban esa admiración, como la chica ante mí en ese momento… Bueno, la vida podía volverse muy interesante.

"*Esta chica es más del tipo de Khalil,*" pensé, buscándolo a mi alrededor. Lo encontré a lo lejos, en la pista de baile con tres chicas pegadas a él. Todas muy guapas, debo reconocerlo. Y,

aunque estuviera la discoteca algo oscura, él tenía sus gafas de sol puestas pues, según él, la belleza a su alrededor lo deslumbraba a más no poder.

Regresé al área acordonada de la mesa de VIP que el dueño nos había dado, donde pude tener un momento de paz para disfrutar un whisky que ya tenía el hielo algo derretido.

—Qué tal, hermanito —dijo una voz femenina al mismo tiempo que me ponía la mano en el hombro.

Levanté la cabeza y seguí con la mirada a Nancy hasta que se sentó a mi lado. Traía un vestido plateado sin mangas ni tirantes tan ajustado que parecía que se lo habían pintado en el cuerpo.

"*A papá le daría una apoplejía si la viera vestida así,*" pensé con una sonrisa.

—Me gustaron los modelos que Nike nos mostró —miré cómo el hielo dentro de mi vaso reflejaba las luces de neón del techo de la discoteca.

—Yo sabía que lo harían —miré a Nancy y la pillé observando la pista de baile—. ¿Qué haces aquí sentado y no con tu secuaz?

Reí e incliné mi cabeza en dirección de Khalil. —No me apetece bailar. Solo vine a tomar una copa o dos.

Nancy sonrió e hizo un gesto que reconocí de inmediato. Siempre que bajaba la mirada y se lamía el labio inferior cuando hablaba conmigo era porque necesitaba juntar valor para decirme algo.

—Ya dilo —le dije con tono derrotado.

—¿Qué?

—Lo que sea que me va a arruinar la noche.

Ella resopló. —Eres un exagerado.

—¿Entonces no tienes nada que decirme?

—Bueno…

Dejé el vaso en la mesa y le apunté al rostro. —¡Lo sabía! ¡Siempre haces lo mismo!

—¿Hacer qué?

—Comentar sobre mi humor cuando tienes algo que decirme que no me va a agradar.

—¡No hago eso siempre! —nos miramos unos momentos, y luego ella suspiró— Bien, es sobre Esmeral…

—¡Nos vemos! —intenté ponerme de pie, pero Nancy me alcanzó a coger la muñeca, evitando que me fuera. Volví a sentarme, resignado a tener que escucharla, y no hice esfuerzo alguno por ocultarle mi fastidio.

—Como sabes, es reportera de deportes.

—¿En serio? En todos esos años casado con ella nunca supe de dónde sacaba dinero —dije con tanto sarcasmo como pude, ganándome una mirada de reproche y una sonrisa cansada de mi hermanita.

—Traté de convencer a la cadena de que mandara a alguien más, pero ella… —en cuanto noté que estaba buscando las palabras para decírmelo con su acostumbrada delicadeza, supe hacia dónde iba la conversación.

—No —lamenté—. No me digas que ella es…

—Reportera Oficial de los Fulgores —dijo Nancy con una sonrisa, como si aquello fuera a suavizar el golpe—. Lo siento, tendrás que ser entrevistado por…

Suspiré, y logré llamar la atención de un camarero que pasaba. —Creo que necesitaré algo más fuerte que esto —le dije al entregarle mi vaso vacío—. Tráeme chupitos de mi buen amigo Don Julio. Blanco, de preferencia.

—¡Tienes práctica mañana! —me regañó Nancy.

—Puedo tomarme un día.

Ella gruñó y se puso de pie. —Voy a bailar —dijo al pasarse las manos entre su cabello—. Si mañana recibo llamadas enojadas de tu director deportivo porque llegaste con resaca al entrenamiento…

—Sí, mamá —refunfuñé.

La observé irse, y noté la mirada que Khalil le echó mientras él seguía con sus aficionadas.

—Esmeralda —me quejé para mí mismo como un niño chiquito—. Lo que me faltaba, un recordatorio más de que las relaciones son un reverendo asco.

Miré a las personas en las mesas cercanas, y crucé miradas con algunas de las chicas, ganándome sonrisas, guiños, y ojos coquetos que me decían que tenía hasta para escoger con quién distraerme esa noche.

Suspiré y gruñí un poco. *“Hay días en que odio haber dejado de fumar. Me vendría bien un cigarrillo ahora”*.

Cerré los ojos y me dejé ir a mi recuerdo favorito: aquella chica con rasgos orientales y la sonrisa más hermosa y contagiosa que había visto, a punto de plantarme un beso y mostrarme los límites del placer que el cuerpo humano podía experimentar.

Y pensar que esa misma chica casi me arrancaba el brazo un par de días atrás. Joder, Katsumi sí que era diferente, pero también igual.

Sonreí, suspiré, abrí los ojos y vi que mi mesa tenía varios chupitos llenos. Cogí uno, olfateé el exquisito aroma inconfundible del tequila, y lo tomé todo de golpe.

Grité cuando mi cuerpo se sacudió y el incendio del alcohol bajó por mi garganta y explotó al llegar al pecho.

Miré hacia la pista de baile, esperando encontrar a Khalil tratando de acercarse a Nancy, pero

él seguía divirtiéndose con sus nuevas amigas.

Ella, en cambio, estaba bailando con un tipo con manos demasiado ansiosas por sujetarla y explorarla, y Nancy no parecía estarlo disfrutando.

Los ojos de mi hermana emitían fuego al mirarlo, pero el idiota parecía estar demasiado borracho para notarlo, o era de esos ridículos alfas que no les importaba.

Estaba por chiflarle a Khalil para que fuera mi apoyo, pero me congelé al ver a otra chica ponerse detrás de aquel fulano y comenzara a bailar pegada a él, deslizando sus manos por debajo de los brazos de aquel individuo y acariciara su pecho.

Traía un vestido rojo ajustado, y su cabello negro estaba suelto hasta llegar a la mitad de su espalda, pero jamás habría confundido aquellos ojos, aquellas mejillas, ni aquellos labios.

Era Katsumi.

Me quedé congelado, y algo dentro de mí detonó una rabia que nunca había sentido. Ella estaba toqueteando a ese tipo, y le estaba susurrando cosas al oído que le hacían sonreír cada vez más como un hombre que sabía que le esperaba la mejor noche de su vida.

Nancy, ya libre de los tentáculos de aquel tío, ya no estaba bailando, pero seguía observando anonadada con lo que estaba pasando.

Katsumi se movió con una gracia y precisión hipnótica, pasando de la espalda del fulano hasta quedar entre él y Nancy.

Seguía sonriendo, y le acariciaba con una mano la barbilla al sujeto, y con el dedo índice el labio inferior.

Yo estaba que me moría por ir y matar a aquel sujeto. Mis ojos no podían creer que ella estuviera…

La otra mano de Katsumi bajó por el abdomen del tipo, y mi estómago se retorció cuando llegó hasta el pantalón del tío.

Y de pronto, el rostro del sujeto cambió, borrando todo indicio de expectativa de placer sexual y reemplazando la expresión por una de puro dolor, el terrible dolor que le da a un hombre cuando una chica le sujeta las bolas y amenaza con arrancarlas de un tirón.

No sé qué le susurró al oído, pero cuando lo soltó el tipo se largó tan rápido que creí que dejaría una nube con su silueta como en las caricaturas.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Eso fue salvaje, colega —escuché a alguien decir a mi lado. Encontré a Khalil mirando en aquella dirección, y no se necesitaba un genio para saber que había visto lo mismo que yo.

—¿Qué?

—Las joyas de la realeza no se tratan así, tío.

—¿Aun cuando estaba molestando a mi hermana?

El rostro de Khalil cambió. —¿Estaba molestando a…? Debió arrancárselos y dárselos de comer.

Ambos reímos, y Katsumi y Nancy estaban hablando y riendo entre ellas, como si segundo atrás no hubieran lidiado con un imbécil.

—Esa mujer no ha cambiado en nada —dije con una sonrisa—. El día que la conocí también puso en su lugar a un tío que se atrevió a ponerle la mano en el culo sin su permiso.

Khalil giró rápido hacia mí. —¡¿La conoces?!

—Oh sí.

Katsumi y Nancy caminaron hacia nosotros mientras seguían hablando, pero cuando estaban cerca ella se detuvo y me miró a los ojos.

—Katsumi Ono —dije con mi más grande sonrisa—. ¿Acaso estás acosándome?

Capítulo 6.

Katsumi

—¿Yo? —le dije antes de soltar una carcajada— ¿Acosarte a ti? Ni que hubieras ganado un campeonato.

El chico junto a Aidan se carcajeó y dio un paso hacia atrás.

—Llegué a él —me contestó.

—Solo significa que eres el primero de los perdedores —le dije mientras seguía a Nancy a la mesa.

—¡Esta chica me encanta, colega! —dijo el chico. Ya mirándolo de cerca lo reconocí como otro de los jugadores nuevos del equipo.

—No eres el único, Khalil —dijo Aidan al sentarse y mirarme de arriba abajo.

"*¡El atrevimiento de este cabrón!*" pensé cuando era obvio por su expresión que estaba desnudándome con la mirada.

—¿Está todo en su lugar? —le pregunté, inclinándome para coger uno de los chupitos en la mesa.

—¿Por qué? —preguntó con tono coqueto— ¿Traes una faja que no quieres que se note para seguir luciendo espectacular?

—Que te den.

—Lo han hecho y sigo aquí. Igual de hermoso. Hasta mi última esposa piensa…

—¿Última? —pregunté riendo antes de tomarme el chupito— ¿O sea más de una? Debes tener serios problemas de compromiso.

Reí y me giré hacia él, mirándolo ahí sentado, relajado, viéndose tan pero tan…

"*¡Katsumi, deja de fantasear con este imbécil!*" pensé.

Tanto Nancy como Khalil estaban a carcajadas mientras nos miraban.

—¿De dónde sacaste a esta chica? —preguntó Khalil— Me he enamorado. Dime que serás mi esposa.

Le guiñé el ojo. No estaba mal el chico, pero yo no podía dejar de mirar a Aidan.

Joder, tenía algunas canas, pero se veía incluso mejor que hace años. Estaba muy delgado en aquel entonces, no como en ese momento, con esa camisa negra ajustada luciendo su torso musculoso y esos brazos gigantescos por los que el equipo había pagado aquella cantidad

obscena de dinero.

Aidan sonrió, y extendió su mano al asiento a mi lado.

"*No, Katsumi,*" pensé. "*Ya te divertiste, ya te reíste, y hasta tomaste algunos tequilas gratis. No necesitas…*"

Me senté, dirigiendo mi cuerpo hacia Aidan, y luego apoyé el codo en el respaldo.

—Así que tú eres la famosa Katsumi —dijo Nancy con una sonrisa.

Volví la mirada hacia ella. —¿Soy famosa?

—¿No eres la chica que le rompió el corazón a mi hermano en Los Ángeles?

—¡Yo no le rompí el corazón! —dije entre risas.

—¡Ella no me rompió el corazón! —dijo Aidan junto conmigo.

—Pero hay una historia aquí que necesitamos conocer —dijo Khalil, haciéndole gestos a las dos chicas con las que había estado bailando para que se fueran.

Cogí otro chupito. —No estoy lo suficientemente ebria para tocar esa historia.

—¿Qué tal la historia de cómo llegaste aquí esta noche? —preguntó Aidan con un tono acusatorio.

—No es porque te esté acosando —le contesté.

—¿Entonces?

—Frecuento este bar.

—¡No te creo nada! —dijo Aidan.

Arqueé una ceja y sonreí junto con él. —¿Quieres pruebas?

—Vale —Aidan no disimuló para nada el mirarme a las piernas, las cuales tenía expuestas hasta la mitad de mi muslo—. Si nos convences a los tres de que frecuentas este bar todos tus tragos esta noche corren por mi cuenta.

—¿Y si no? ¿Paso la noche contigo?

—Pasar la noche es un término demasiado ambiguo —Aidan hizo una mueca con demasiada confianza—. Seré más específico —él se acercó a mí y no despegó su mirada de mis ojos—. Si no puedes demostrarlo, nos vamos en ese preciso momento a mi apartamento de lujo, donde me permitirás desnudarte, saborearte, tocarte, y hacerte mía todas las veces que quiera.

—¡Aidan! —se quejó Nancy.

Nos miramos a los ojos unos largos y exquisitos segundos, durante los cuales imaginé las maneras en que me arrancaría el vestido y me haría gritar, y luego recordé otras veces en que me empotró durante aquella época loca en el pasado.

Quería decirle que no. *Debía* decirle que no, pero…

—Trato —le contesté con una sonrisa coqueta, ofreciéndole mi mano. Él la cogió, y cerramos el acuerdo.

Miré detrás de él y levanté la mano. —¡Silvio! —le grité al camarero que se acercaba.

Aidan soltó una carcajada cuando llegó con nosotros. Él sabía que ya había perdido. Después de todo, ¿cómo conocía el nombre del camarero si no tenía una etiqueta con su nombre?

—¿Podrías decirle a Claudio que me prepare la bebida de siempre? —le dije mientras le entregaba un billete en la mano.

—Enseguida, Katsumi.

Miré a Aidan. —Va a traerme un coctel llamado *Bloody María*, que es en realidad un *Bloody Mary*, pero con tequila. Llevo pidiéndole esa bebida desde que me la recomendó hace unos meses.

—Mientras tanto, ¿cómo es que ustedes se conocen? —preguntó Khalil.

—Pasamos un par de semanas en una habitación de hotel en Los Ángeles hace algunos años —dijo Aidan.

—¿Cuando eras un novato recién contratado por uno de los equipos de aquella ciudad? —dijo Khalil.

—Así es —sonrió Aidan, cogiendo su vaso—. Ya había terminado la temporada, y recién me enteré de que recibiría el premio de Novato del Año. Fui a un bar, y ahí estaba esta belleza oriental rodeada de otras tantas bellezas.

"*Creo que era la peor vestida aquella noche,*" pensé al recordarlo.

—Si la memoria no me falla, te fijaste inicialmente en mi amiga Selena —le acusé.

—¿Rubia? —preguntó Khalil.

—No, apuesto a que era pelirroja —dijo Nancy con una sonrisa—. En esos tiempos Aidan tenía una obsesión por las pelirrojas.

—Pelirroja —le aclaré, y Nancy le lanzó un guiño a Khalil, el cual le contestó con una sonrisa y con un toque de copas.

—Bueno, tu amiga Selena —Aidan se acercó demasiado a mí al acomodarse de lado en su asiento para quedar de frente conmigo— no le rompió la nariz a un tío en la fila del baño.

—¡Él estaba insistiendo y no quería aceptar un "no" como respuesta!

—¿Pero tenías que romperle la nariz?

—Él se la rompió solo —dije con una mueca juguetona—. Nadie le dijo que impactara su nariz con mi puño.

Todos reímos un poco, y luego llegó el camarero con mi *Bloody María*, y tanto Khalil como Nancy gritaron de la emoción mientras yo levantaba la bebida con una expresión de victoria en mi rostro.

Aidan asintió y aceptó su derrota. —Tal parece que sí somos nosotros quienes invadimos tu territorio.

—Tráele un campeonato a la ciudad y te perdono —le dije con tono juguetón.

—Ese es el plan, linda.

Me estremecí al escucharle decirme así, pues así era como me llamaba durante aquella época que pasamos juntos. Era increíble que después de tantos años mi cuerpo aún respondiera de esa manera al escucharlo.

Aidan terminó su trago y lo dejó en la mesa. —Esta ha sido una velada encantadora —me dijo—. Quisiera…

—Voy a detenerte ahí mismo —me incliné un poco hacia él—. Si vas a decirme que quieres que nos veamos para hablar, para contarnos cómo nos ha ido estos años que no nos vimos, lo que inevitablemente daría pie a que queramos revivir aquellas noches que pasamos juntos y…

—¿De pronto te volviste adivina?

—Te conozco, Aidan.

—Me *conociste*, Katsumi —él se acercó todavía más, y ahora su rodilla tocaba la mía—. Ya no soy ese chico.

—¿Ah no?

—No —él sonrió—. Ahora soy un hombre.

Reí, y no pude evitar mirarlo de arriba abajo, admirando lo bien que se veía. Coño, tenía razón. Ya no era un chico, sino todo un hombre.

Y sus antebrazos… Ay no, si seguía mirando esos antebrazos iba a…

—Y yo tampoco soy la misma, Aidan —le dije, inclinando la cabeza a un lado—. Y no se me olvida lo que hiciste.

Su sonrisa desapareció poco a poco, y luego suspiró. —Eso… Fue un error de un niño que no sabía cómo…

—Ahórrate el aliento, Aidan —le interrumpí, cogiendo su mano—. Te dije que no necesitaba tus disculpas.

"*¡¿Qué mierda estás haciendo, Katsumi?!*" pensé al mirar mi mano sobre la suya, y un estallido de calor recorrió mi piel. Su piel era cálida bajo la mía, y mi pecho se expandió, llenándose de una energía que desbordaba, una tormenta que retorció mis entrañas que me hizo querer salir huyendo, pero, al mismo tiempo, quedarme para siempre así.

—Debo irme —me puse de pie, y miré a Nancy y Khalil, quienes habían estado sumergidos en su propia conversación—. Fue un placer conocerlos a ambos.

—Igualmente —dijo Khalil, confundido.

No di ni dos pasos antes de que Aidan me cogiera la muñeca. —Linda, espera.

Me detuve y le miré la mano, amenazándolo con mis ojos.

Él titubeó un momento, luego me soltó.

Me alejé de ahí tan rápido como pude, sin despedirme de nadie, negando la cabeza con tanta fuerza como pude para sacarme de mis pensamientos tonterías como quedarme ahí, dejarme conquistar por las palabras de ese idiota, y caer de nuevo en sus encantos para que rompiera mi corazón una vez más.

Logré salir del bar y llegar al aparcamiento cuando volvieron a cogerme la mano.

Era Aidan.

—Te gusta tentar tu suerte, ¿verdad? —le dije con tono amenazante, mirando de reojo su mano sujetando mi muñeca.

—Y al parecer sigues creyendo que sabes más que los demás —me dijo, apretando un poco más.

—Suéltame —le ordené.

—No —se acercó a mí, y dejé de respirar por unos momentos—. No vamos a dejar las cosas así.

—Nosotros no dejamos las cosas así —le dije—. Tú lo hiciste cuando…

—¡Me fui y te prometí que regresaría! —él levantó la voz cuando me soltó— Ya te lo dije: fue una estupidez de un niño que no sabía cómo…

Y de pronto, una luz cegadora apareció detrás de mí e iluminó el rostro de Aidan, seguida de una sonora explosión.

El mundo se puso en cámara lenta y alguien presionó el botón de silencio en el control remoto. La explosión detrás de mí me arrojó hacia enfrente, impactándome con Aidan y haciendo que ambos cayéramos.

Dejé de pensar, y mis instintos tomaron el control de las cosas.

Giré para quitarme de encima de Aidan, y le tiré de la camisa para que me siguiera detrás del coche más cercano.

—¿Estás herido? —le pregunté, mirándolo a los ojos.

—Estoy bien, pero tú —él se arrodilló a mi lado y me miró la frente.

Había un cosquilleo entre mi cabello, y moví mi mano despacio hasta tocarme la parte de arriba de la cabeza.

Sentí húmedo, y cuando miré mi mano estaba empapada de algo rojo y viscoso.

Sangre.

—Creo que necesito una ambulancia.

Capítulo 7.

Aidan

—¿Qué coño haces aquí afuera? —le pregunté a Katsumi cuando salió por las puertas del hospital.

Caminaba como si nada. Traía puesto el mismo vestido, aunque algo sucio por la revolcada en el suelo que nos dimos. Pero se había recogido el cabello en una cola, y el fuego en su mirada solo parecía haberse intensificado.

Me alejé del detective que me entrevistaba por lo sucedido y puse mi mano en el hombro de Katsumi.

Ella me miró, sonrió, e hizo un gesto con su mano como si fuera a golpearse. —Tengo la cabeza más dura que conocerás —dijo con confianza, pero ha de haber notado que su broma no me simpatizó—. Los doctores descartaron una contusión, y esto —apuntó a la cortada en su frente cerca de su cabello— fue solo una herida superficial. Ni siquiera necesité puntadas.

—Ambos tuvieron suerte de estar a esa distancia de la explosión —dijo el detective al acercarse a nosotros—. Unos metros más y no estarían aquí.

—Katsumi, él es el…

—Detective Lucio Castella —me interrumpió Katsumi mientras le estrechaba la mano al policía—. Necesitamos dejar de vernos en circunstancias siniestras.

"*Es la jefa de seguridad del Grupo Crown,*" pensé, asintiendo. "*Claro que conocería a algunos policías*".

El detective era elegante e irradiaba confianza. Su cabello oscuro y la barba bien definida le daban un aire de autoridad, y la calidad de su atuendo me decía que su cuenta bancaria no estaba llena solo por su sueldo de policía.

Habría pensado que era sucio, pero sus ojos oscuros como el ébano no parecían los de un criminal, y la Katsumi que conocí no tendría trato amable con alguien así.

—¿Serás tú quien al fin me diga lo que está pasando? —preguntó— Los doctores no me dijeron ni una mierda.

—Hasta donde sabemos explotó el contenedor de basura del club, dejando inservibles cinco vehículos y causando daños considerables a otros siete.

—¿Muertos? —preguntó Katsumi.

—Ninguno, pero sí otros tres heridos, además de ustedes dos.

Katsumi me miró alarmada. —¿Qué te pasó?

—¿De qué…?

—No sabía que te habían herido —me miró de arriba abajo y luego se puso detrás de mí.

—Sabes, si querías mirarme el culo… —dije con una sonrisa y me giré hacia ella, y la seriedad en su rostro me indicó que no era momento para bromas— Un rasguño en la espalda —le dije con confianza—. Nada serio —Katsumi no se miraba convencida, y yo suspiré—. Me hicieron una radiografía y una tomografía. Estoy bien.

—Señor Foster —miré al detective cuando me llamó—. ¿Tiene conocimiento de alguien que quisiera hacerle daño?

Me quedé paralizado con aquella pregunta, y pensé por unos momentos. —Además de aficionados que estén molestos por mi desempeño el año pasado en el campeonato, no lo creo.

—¿Algún jugador que haya perdido su trabajo en los Fulgores desde que lo contrataron?

—¿Yo qué sé? ¡No soy el gerente del…!

—Un momento —interrumpió Katsumi—. ¿Creen que Aidan fue el blanco?

Aquellas palabras me golpearon como un jugador de doscientos kilos embistiéndome con todas sus fuerzas. —¡¿Qué?! —la miré, y luego al detective, el cual apretó los labios y respiró hondo— Con un demonio, ¿esa bomba era para mí?

—El contenedor lo movieron aquí —el detective sacó una fotografía, que parecía ser una toma de la cámara de seguridad del aparcamiento—. Alguien borró la parte de la grabación donde se miraría quién movió el contenedor, pero este es su coche, ¿no es así?

El detective apuntó al Porsche blanco que había comprado unos días atrás. —Sí, ese es mi coche.

—Y ese es el mío —dijo Katsumi al apuntar a un coche rojo cerca del mío—. No me digas que mi coche quedó inservible.

El detective sonrió. —Lo siento, pero tu coche, el del señor Foster, y estos otros dos fueron los más afectados por la explosión. Aquellos coches pertenecían a empleados del bar.

—Maldita sea —Katsumi se lamentó—. Ya había dado el último pago.

Su móvil sonó, y ella nos hizo un gesto de que tenía que coger aquella llamada.

—¿Entonces no tiene idea si alguien lo quiere matar? —preguntó el detective.

—La verdad no —le contesté con toda sinceridad—. Los aficionados del fútbol americano pueden ser muy intensos, pero nunca he visto que lleguen a estos extremos.

—¿Recibe mensajes de sus aficionados?

—Claro —me encogí de hombros—. En correo electrónico y en el correo normal.

—¿Sería posible que viéramos su correspondencia de los últimos meses?

Apreté los labios y asentí. —Le diré a mi agente que les dé el acceso que necesit…

—¡No me jodas, Ro! —escuchamos a Katsumi gritar antes de seguir discutiendo al teléfono.

Luego otros gritos me hicieron girar al otro lado. Encontré a Nancy gritándole de cosas a alguien por el móvil mientras se acercaba con Khalil detrás de ella.

El detective siguió mi mirada.

—¿Estás bien? —preguntó alarmada.

—Me han derribado más fuerte —le sonreí, luego la dirigí al detective—. Necesitas darle al detective acceso a nuestro correo electrónico y le hagas llegar las cartas que recibimos.

Nancy rio. —No sin una orden de…

—Hermanita —le regañé antes de que el detective protestara.

Ella refunfuñó y miró al detective. —Si alguno de esos correos electrónicos o cartas llegan a manos de periodistas…

—Le aseguro que respetaremos su privacidad —le interrumpió el detective con una mueca reconfortante.

Katsumi se acercó a nosotros, y su rostro no se miraba nada contento.

—¿Terminaste, Lucio? —preguntó al detective haciendo un esfuerzo por ocultar su enojo evidente— ¿Podemos irnos?

Él asintió. —Los mantendremos al tanto de nuestra investigación.

Los cuatro miramos al detective alejarse en silencio.

—Parece que necesitas que te llevemos, colega —dijo Khalil con una sonrisa—, ya que tu coche estalló en mil pedazos.

—Está bien —miré a Nancy—. Ella me puede llevar.

—De hecho, no —me interrumpió Katsumi, ganándose la atención de todos—. Tengo órdenes de Robert de llevarte en persona a tu casa, y no en ningún coche de tus conocidos —ella miró a Khalil y a Nancy—. Y ustedes tampoco deberían usar sus coches hasta que mi gente los revise.

—Pero si condujimos aquí —dijo Khalil, confundido.

—Una bomba puede explotar de manera remota —le dijo con absoluta seriedad y sin una pizca de sarcasmo.

—Es algo extremo, ¿no te parece? —le contesté.

—Si esa bomba fue un intento de asesinarte, los responsables esperarían que te fueras con sus amigos cercanos luego de un incidente —ella se cruzó de brazos y nos miró a todos de uno por uno—. Aunque si lo que quieren es ponerse en bandeja de plata para un asesino…

—¿En qué me llevarás a casa? —pregunté con una mueca, mirando a mi alrededor— ¿En taxi?

Katsumi me lanzó una mirada que me excitó y asustó al mismo tiempo. —¿Tienes algún problema con los taxis?

—No —dije entre risas—, pero eso implicaría que iríamos los dos sentados, lado a lado en un asiento trasero, y la última vez que eso pasó…

—¡¿Cómo puedes estar tan calmado al respecto?! —me gritó Nancy.

Katsumi se alejó negando con la cabeza mientras Nancy se acercaba a mí.

—¡Volaron tu coche! —me gritó mi hermana.

—¡Vamos! —le reclamé— ¿De verdad crees que alguien intenta matarme? Ni que fuera algún político o alguien tan importante que amerite…

—¡Te juro que hay días en que odio ser tu representante!

La abracé, y Nancy se aferró a mí como si su vida dependiera de ello.

—Hermanita, tranquila —le froté la espalda—. De seguro fue algún loco que quería hacer explotar algo y tuve la mala suerte de aparcar en el lugar equivocado. Solo son precauciones.

Escuchamos un coche detenerse cerca de nosotros.

Cuando miré hacia la calle encontré tres camionetas negras estacionarse una detrás de la otra, y Katsumi parada a un lado de una observando al conductor bajar.

Le vi entregarle las llaves, y esperaron a que los otros dos conductores se acercaran. Los tres vestían trajes negros como si fueran agentes de alguna agencia gubernamental. A pesar de ser más altos y musculosos, ellos miraban a Katsumi con un respeto parecido al que veía en los rostros de mis compañeros cuando los dirigía en el campo de juego.

Ninguno de ellos se atrevió a mirarle las piernas, el culo o el escote.

Katsumi se acercó a nosotros y me miro un momento antes de dirigirse a Nancy y Khalil.

—Esos hombres los llevaran a sus domicilios y vigilaran sus casas hasta que sepamos de la policía lo que sucedió aquí —Nancy estaba por hablar, pero Katsumi levantó su mano hacia ella y le impidió hablar—. Otro equipo revisará sus coches y los llevaremos a sus casas cuando hayamos comprobado que no explotarán.

Nancy y Khalil asintieron. Katsumi sonrió y regresó con los conductores.

Mi hermana me abrazó con todas sus fuerzas. Me conmovió tanto que casi me saca una lágrima.

Khalil, en cambio, solo sonrió y estrechó mi mano. —Nos vemos mañana, colega. Parece que la fiesta se acabó para ambos esta noche.

Los miré subirse a las camionetas e irse.

Katsumi me esperaba con los brazos cruzados en el último vehículo. Me acerqué y ella abrió la puerta a los asientos traseros.

—¿En serio? —le dije con tono juguetón— Me mareo en el asiento de atrás.

—Lástima —contestó con una sonrisa, inclinando la cabeza en esa dirección—. Sube, vaquero.

Me acerqué a ella, mirándola a los ojos, y no se movió mientras abría la puerta de pasajero en el asiento de enfrente, haciéndole un gesto de que ella entrara seguido de mostrarle mi palma abierta hacia arriba.

—¿Llaves? —le pregunté con el mismo tono juguetón.

Ella me miró estupefacta, como si mis acciones hubieran ofendido a sus ancestros.

Nos miramos por unos momentos, y nuestras voluntades se batieron en un duelo para ver quién mandaba a quién.

Maldita sea, si sus ojos no destellaran tanta energía y no estuviera vestida con ese vestido tan ajustado, o sus labios no fueran del color o forma exactos para provocarme una erección en ese preciso momento, mi voluntad habría ganado.

Pero ella tampoco ganó del todo. Sonrió, cerró la puerta al asiento trasero, y se dio la media vuelta.

—Eres un idiota si crees que te dejaré conducir —dijo al caminar.

Reí al subir al asiento de pasajeros, y chiflé al mirar los acabados de lujo dentro de la camioneta y acomodarme en el cómodo asiento de piel.

"*Si esto conduce el equipo de seguridad de Darcy, ya imagino lo que el tipo conduce,*" pensé.

Katsumi se sentó del lado de conductor y encendió el vehículo. El motor rugió con una potencia que me hizo creer que ese vehículo, a pesar de su apariencia lujosa, podría vencer a un tanque.

—¿Estás segura de que puedes con este monstruo? —pregunté con una sonrisa burlona.

Cinco segundos después de que Katsumi pisara me arrepentí de haber hecho esa pregunta.

Capítulo 8.

Katsumi

"*No quiero que lo pierdas de vista hasta que se aclare lo de la explosión"*.

Las palabras que Robert me dijo cuando llamó seguían causándome una incomodidad extraña dentro de mi cabeza, como si estuvieran tirando de algún cordón especial que tenía el maldito efecto de volverme loca las entrañas.

Y no ayudaba a que ese tarado sentado a mi lado no dejaba de sonreír ni de tararear la canción que veníamos escuchando en la radio de la camioneta.

"*Intentaron matarte,*" pensé al mirarlo de reojo. "*No deberías estar tan relajado"*.

Era perturbador… Pero, al mismo tiempo, admirable.

"*Supongo que no se puede ser un quarterback de élite sin saber mantener la calma en situaciones de alta tensión. Aunque aquello es un juego, y esto…*"

—¿Sí sabes a dónde vamos? —preguntó Aidan, sacándome de mis pensamientos.

—Por supuesto que sé.

—¿En serio? —otra vez ese maldito tono burlón— ¿Acaso sabes dónde vivo, linda?

Reí y negué con la cabeza antes de acomodarle un puñetazo en el muslo. Lo hice jugando, pero igual lo golpeé fuerte. Lo supe porque él se frotó donde lo golpeé.

—GPS, tonto —le dije, apuntando por un instante a la pantalla de la camioneta.

—Ya me había emocionado. Serías la acosadora más sexy que…

Levanté mi puño. —¿Quieres que te vuelva a golpear?

Miré de reojo que había levantado las manos en señal de rendición, y seguí conduciendo hacia la torre de apartamentos donde tenía su penthouse. Según el reloj de la camioneta, ya eran casi las cuatro de la mañana, lo que explicaba el poco tráfico que había a esa hora.

Por lo que decidí que no valdría la pena esperar a que los semáforos se pusieran en verde si no venía nadie.

—Mira, Katsumi, sé que sigues enojada conmigo.

—¿Por qué habría de estar enojada contigo? —le pregunté extrañada— No fue tu culpa que volaran nuestros coches…

—No hablo de nada de esta noche.

Mi corazón se aceleró por un momento.

—¿Entonces de qué hablas? —aquella pregunta fue una farsa. Sabía bien de qué hablaba.

—Con un demonio, ¿me harás decirlo?

"*¡Por supuesto que te haré decirlo, pedazo de animal!*" pensé mientras sonreía.

—Creo que no te revisaron bien la cabeza —dije al mismo tiempo que negaba con la cabeza —, porque no sé entiende nada de lo que me estás diciendo.

Por supuesto que sí entendía, y claro que seguía enojada con él. Por alguna razón la rabia que me provocó esos años atrás regresó como si recién hubiera sucedido.

Esperaba que él me discutiera que no estaba enojada o algo así, pero no fue así.

—Lo lamento —creo que aquellas fueron las primeras palabras en toda la noche que él decía con absoluta sinceridad.

Y aquella sinceridad me golpeó como un ariete al pecho, sacándome el aire de los pulmones y obligándome a suspirar.

Nos detuvimos en un semáforo. Podría haber ignorado la luz roja y seguir, como lo había hecho con otros semáforos, pero necesitaba detenerme un momento.

Necesitaba respirar.

Necesitaba pensar.

—¿Qué lamentas? —pregunté sin quitar la mirada de enfrente.

Yo sujetaba la palanca de cambios de la camioneta, y no pude evitar aferrarme a ella con todas mis fuerzas, como si mi vida dependiera de ello.

—La manera en que terminaron las cosas entre nosotros, ¿vale?

—¿Terminaron las cosas entre nosotros? —le contesté con una sonrisa— Eso no es lo que yo recuerdo.

Lo miré, y encontré sus ojos clavados en mí. Había un mechón de mi cabello que me cubría parte de un ojo y no me dejaba ver bien, pero no podía moverme siquiera para quitarlo de mi rostro.

Odiaba que sus ojos me paralizaran así.

—Lo siento, Katsumi.

Lo que odié más… Fue que le creí.

—Vale —le dije, mirando hacia enfrente y acelerando la camioneta—. Acepto tus disculpas.

El aire pareció adelgazarse, y cuando miré de reojo a Aidan tenía una sonrisa extraña en el rostro, como si hubiera logrado una pequeña victoria para sí mismo o algo por el estilo.

Guardamos silencio el resto del camino. Entré al aparcamiento subterráneo del edificio de apartamentos y tomé el espacio vacío más cercano al ascensor.

Cuando salimos del coche tuve que tirar de mi vestido hacia abajo ya que, al bajar, éste se subió y tuve mis bragas a la vista. Miré de reojo a Aidan y me pareció que no me había visto, pero no podía andar en vestido y no tenía un cambio de ropa.

Cogí mi bolso y caminé hacia los ascensores.

—¿No deberías esperarme? —escuché detrás de mí.

—Necesito asegurarme de que…

—Demonios, caminas rápido —escuché a Aidan quejarse al alcanzarme en instantes.

Le miré sin suprimir mi molestia. —Necesitas dejarme revisar de que todo sea seguro antes de seguirme —le dije a regañadientes.

El ascensor se abrió ante nosotros, y no había nadie adentro. Él miró de reojo, y luego me sonrió. —¿Es seguro subir? —preguntó susurrando.

Gruñí y le empujé adentró. Me crucé de brazos mientras él sacaba una tarjeta de identificación que insertó para poder subir hasta el penthouse.

"*Necesito comprobar qué tan segura es esa cosa,*" pensé al seguir con la mirada la tarjeta y cómo Aidan la guardaba en su billetera, y luego en el bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Está todo en su lugar? —le escuché, y cuando levanté la mirada él estaba sonriendo.

"*Este tonto ha de pensar que estaba mirándole el culo*".

—Cállate —volví la cabeza hacia adelante y respiré profundo, tratando de contener el bochorno que estaba haciendo que mis mejillas ardieran por dentro.

—¿Recuerdas aquella vez en el ascensor cuando…?

Resoplé. "*Por supuesto que lo recuerdo,*" pensé, viendo en mi cabeza destellos de aquella ocasión donde no aguantamos llegar a la habitación y optamos por un rapidín demasiado explosivo.

—Sigue soñando, Aidan —le interrumpí—. No volverá a pasar. Nunca.

—Nunca digas nunca —susurró para sí mismo.

No pude evitar imaginarme cómo sería, y el hormigueo en mi piel al pensar en sus manos sobre mi cuerpo fue tan intenso que por poco me estremezco.

"*Basta, Katsumi,*" pensé, tratando de imaginar lo menos sexual que podía.

Pero el aroma de Aidan encerrado conmigo en ese ascensor y sus ojos reflejados arriba de los botones clavados en mí hicieron imposible pensar en otra cosa que no fuera repetir aquella ocasión.

—Llegamos —anunció Aidan cuando las letras "PH1" aparecieron encima de la puerta.

Le detuve antes de que saliera. —Déjame revisar primero.

Esperaba otra discusión, pero él se quedó en las puertas del ascensor y me hizo un gesto de

bienvenida a su hogar.

No fue necesario encender ninguna luz, pues la pecera gigante en medio de la sala brillaba lo suficiente para verlo todo. El agua era cristalina y estaba llena de peces con colores brillantes. Nadaban con gracia, como si estuvieran bailando una canción que solo ellos podían escuchar.

"*Sí la compraste, maldito,*" pensé con una sonrisa al tocar con cuidado el cristal de la pecera.

Era idéntica a la que habíamos visto en uno de los muchos restaurantes a donde me llevó en Los Ángeles, y donde le había confesado mi amor por la vida marítima.

Mi corazón latió rápido y sonreí al esforzarme en mirar a mi alrededor, recordando que mi trabajo era asegurarme de que no hubiera nadie.

—¿Ya puedo pasar a mi propio hogar? —escuché a Aidan desde la puerta.

—No —le dije con tono fastidiado, pero con una sonrisa.

Encontré la puerta a su habitación, y al asomarme levanté las cejas, asombrada de que todo estuviera recogido.

"*Seguro le paga a alguien para hacerlo,*" pensé al entrar y recorrer la habitación.

El penthouse abarcaba todo el último piso del edificio, y la habitación principal ocupaba toda una esquina. La cama King ocupaba el centro de la habitación, y las sábanas parecían estar hechas de plata por el brillo que despedían. Admito que en cuanto vi lo acolchada que estaba quise dejarme caer en ella.

En una esquina de la habitación, se encontraba un rincón de entrenamiento personal, con pesas, mancuernas y equipos de ejercicio.

Me asomé en el armario y era una obra maestra de organización y elegancia. Albergaba una impresionante colección de ropa deportiva de diseño y trajes a medida.

El cuarto de baño tenía una bañera de hidromasaje igual a la que tenía Robert, y la regadera dentro de un cilindro de cristal transparente me permitió confirmar que el penthouse sí estaba vacío.

—¿Sigues viva o ya te mató mi impecable gusto? —le escuché, y era obvio que ya no estaba en la entrada al penthouse.

—Todo bien —dije antes de salir de la habitación y encontrarlo de pie frente a su pecera.

Estaba esparciendo comida para sus peces, y su sonrisa parecía la de un niño pequeño.

—Asumo que viste a mis bebés —dijo emocionado mientras se quitaba la chaqueta y la arrojaba a su sillón.

—Por supuesto —me detuve a la mitad del camino entre la habitación y la pecera.

—A ver, ¿qué especie es esta? —apuntó a uno con rayas azules y amarillas con aletas largas y elegantes.

—Es un pez ángel emperador —le dije, luego apunté a otro—, y ese es un pez dragón

cometa.

Él asintió y apretó los labios. —¿Aún te gustan los…?

—La casa está segura —le interrumpí—. No tenemos que hablar de otra cosa.

—Pensé que me habías perdonado.

—Lo hice —caminé hacia el sillón—, pero no lo he olvidado.

—Katsumi…

—Estoy cansada, Aidan —le dije al sentarme—. Vete a dormir.

—Pensaba dejarte que te durmieras en mi habitación y yo me quedaba en el sillón.

Reí. —De ninguna manera. Aquí puedo vigilar la entrada y tu habitación.

—¿Tienes idea de lo que me haría mi madre si dejara que una invitada en mi casa durmiera en el sillón y yo en la cama?

Reí más fuerte, y negué con la cabeza. —No soy tu invitada, Aidan —le dije, mirándolo a los ojos—. Soy tu guardaespaldas.

—Una guardaespaldas con la vestimenta más sexy que he visto.

Todo mi cuerpo se encendió por dentro. Hasta los dedos de los pies me ardían por el calor que aquel comentario provocó dentro de mí, sobre todo en mi vientre y en mi entrepierna.

—Aidan —le dije sin aliento.

—Lo sé, lo sé —él sonrió y dio un paso hacia atrás—. Si no me voy, me vas a noquear y llevarme arrastrando a la habitación. No necesitas decirlo —me aguanté la risa mientras él daba otro par de pasos hacia atrás—. Buenas noches, linda.

Suspiré. —Buenas noches, Aidan.

Cuando se fue, agaché la cabeza y me cubrí la cara con las manos unos momentos antes de coger mi bolso y sacar el móvil.

—Llámame cuando leas esto —escribí en un mensaje de texto—. Necesito un favor.

Capítulo 9.

Katsumi

—¡Eso me dolió! —le reclamé a Claudia luego de que ella me acomodara un manotazo detrás de la cabeza tras contarles a ella y a Isla lo que había sucedido anoche.

—¡El hombre ofreció dormir en el sofá para que tú durmieras en su cama! —dijo Claudia indignada— Con razón cada vez hay menos caballeros.

—¡No estoy tratando de liarme con él, boba! —le grité— ¡Mi trabajo es protegerlo! ¡Y no podía hacer eso desde su cama King con colchón ajustable y control de temperatura!

Isla estaba a carcajada abierta cuando llegó la camarera con nuestras bebidas y mi pan.

"*Menos mal que Aidan vive frente a un café,*" pensé al mirar el edificio de apartamentos cruzando la calle.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Isla.

—Ir a ponerme algo más cómodo que este puñetero vestido —le contesté al mirar de reojo la mochila que me habían traído con ropa de mi apartamento.

—¿Hasta qué hora duerme? —preguntó Claudia antes de que pudiera contestar, mirando hacia el último piso del edificio residencial.

—Hasta que le dé la puta gana, al parecer —miré la hora del móvil—. Joder, podría haber ido y vuelto de mi apartamento y él seguiría en los brazos de Morfeo —les sonreí y suspiré—. Gracias, y perdón por hacerlas venir tan temprano.

—Tú siempre has estado ahí cuando te hemos necesitado —dijo Claudia al cogerme la mano.

Isla sonrió luego de darle un sorbo a su café. —¿Tienes algún plan?

Abrí la mochila que me trajeron. —Si fuera mi decisión dejaría a alguien más de niñera con Aidan mientras busco respuestas, pero *Robert* —dije a regañadientes mientras sacaba una liga para el cabello— quiere que esté con él hasta que la policía encuentre al culpable.

—Bueno, hay que dejar a la policía hacer su trabajo, ¿no lo crees?

Miré a Isla mientras me hacía una cola de caballo. —¿En serio? ¿Tú crees que se van a tomar en serio una posible amenaza contra un deportista cuando hay una guerra de pandillas en el sur de la ciudad?

—Si ese deportista es el nuevo ídolo de la ciudad, yo pensaría que sí —dijo Claudia, y ahora yo giré a mirarla—. ¿Qué? Es lo único de lo que hablan Marco y Elena. "Aidan Foster casi rompe el récord de no–sé–qué–rayos la temporada pasada," —arremedó, y Claudia y yo reímos — "Aidan Foster cambió la mentalidad de algún equipo cuando jugó allá" —Claudia suspiró—

Les juro que cuando hablan de deportes no se distingue quién es el adulto.

—Supongo que Robert no le pagaría lo que le está pagando si no fuera bueno en su trabajo —dijo Isla con una sonrisa.

Bebí de mi café. No le puse ni azúcar ni leche, pues necesitaba el golpe de algo amargo para poderme despertar y activar mi cerebro al cien por ciento.

"*Joder, está bueno,*" pensé al mirar el oro negro que tenía dentro de la taza. "*Esto hará cuidar de aquel idiota más fácil*".

—Te he querido preguntar, Katsumi —dijo Claudia, y me giré hacia ella—. ¿Por qué lo odias?

—¿Por qué odio a quién?

—A Aidan —dijo Isla.

—¿Quién dijo que lo odiaba?

—Pues así parece cuando hablas de él.

—Así hablo de todo el mundo.

—No —Claudia apoyó el codo en la mesa y se inclinó hacia mí—. Hablas con algo más de… Desdén… No sé, hablas distinto de él, como si te debiera dinero y jamás te lo pagó.

Suspiré. —No lo odio —negué con la cabeza—. No es mi persona favorita en el mundo, pero… —las miré a cada una a los ojos, y supe al instante que no dejarían el tema por la paz. Eran mis mejores amigas, y claro que sabrían que algo me molestaba—. Vale —respiré profundo y asentí—. ¿Quieren la verdad? Aidan y yo nos conocemos de antes.

—¿Qué tan "antes"? —preguntó Isla.

—*Antes* —le contesté con una sonrisa—. Cuando estaba por graduarme de la facultad. Cuando era apenas una muchacha sin una puta idea de lo que haría con mi vida.

—¿Qué estudiaste? —preguntó Claudia sin hacer el mínimo intento de ocultar su curiosidad.

—Eso no importa —le dije un tanto apenada.

—Anda, dinos —insistió Isla.

Las conocía lo suficiente como para saber que no dejarían de joder hasta obtener su respuesta.

—Biología marina —dije, resignada.

—¿Qué? —dijeron ambas al mismo tiempo con el mismo rostro sorprendido.

—Sí, sí, búrlense de la que quería estudiar peces por el resto de su…

—No nos estamos burlando —Isla sonrió—. Es solo que esperábamos que estudiaras leyes o administración o algo más…

—Corporativo —añadió Claudia—, pero ahora entiendo por qué te encantan los

documentales de los océanos y cosas así.

Reí. —En fin, lo conocí en mi último año. Unas amigas me llevaron a rastras a una discoteca para animar a una de ellas tras haber dejado a algún papanatas.

—¿A rastas? —preguntó Claudia incrédula— Seguro fuiste tú quién las organizó.

No serían muy buenas mejores amigas si no me conocieran tan bien.

—Fue hace tanto tiempo que no recuerdo —mentí, por supuesto que había sido yo quien las organizó—. Esperábamos en la línea fuera de la discoteca cuando llegó un coche deportivo color amarillo que parecía recién pulido por cómo reflejaba la luz.

—Y era Aidan —dijo Isla.

Asentí y sonreí. —Dejó su coche con el aparcacoches y antes de entrar nos miró, y le dijo al guardia de la entrada que veníamos con él.

—¿Alguna de tus amigas lo conocía?

—Una de ellas, Amara, era rubia y le encantaba usar vestidos tan ajustados que no sé cómo no se le ponían las piernas azules por baja circulación —sonreí al recordarla—. Yo supuse que ella era quien le había llamado la atención.

—Pero no fue así —dijo Claudia con una mueca emocionada—. Fuiste tú, ¿verdad?

Me encogí de hombros. —Yo no tengo la culpa que los hombres crean que las mujeres orientales poseemos secretos ancestrales del sexo —las tres reímos un poco—. Ya adentro él nos invitó todo lo que quisiéramos tomar por acompañarlo a celebrar… Algo, ya ni me acuerdo.

—Ajá, ¿y luego? —Isla apoyó la cabeza en sus manos, mirándome como una niña pequeña.

—Cuando fui al baño un tipo me habló, y por más que le rechazaba él no parecía conocer el significado de la palabra “no”. Tuve que recordárselo con una rodilla en las bolas —sonreí al recordar el rostro de Aidan—. Él me vio y, aun así, tuvo el valor de acercarse y atreverse a besarme.

—¿Y qué tal?

Soplé, negué con la cabeza y sonreí al recordarlo. Fue la primera vez que el beso de un hombre me encendió como un cerillo lanzado dentro de un bote de gasolina. Aquella explosión me sacudió todo por dentro y detonó sensaciones que no sabía que se podían tener al besar a alguien por primera vez.

Mi sonrisa fue toda la respuesta que Claudia e Isla necesitaron.

—¿Y después?

—Después follamos como locos esa noche —dije sin dudarlo—. En la discoteca no, obviamente, pero sí nos encerramos en su habitación de hotel por dos semanas donde conocimos íntimamente cada centímetro de nuestros cuerpos.

Isla estaba sonriendo de oreja a oreja. A ella le encantaban las historias de amor. Claudia, en cambio, me miraba con ojos entrecerrados.

—¿Qué pasó después de dos semanas? —preguntó, inclinándose hacia delante— Porque por algo lo odias.

—Ya te dije que no lo odio.

—¿Entonces?

—Me fui —dijo una voz masculina detrás de mí.

Una voz que reconocí al instante y que me dejó más helada que una paleta de hielo.

—Señora Darcy —saludó Aidan al acercarse a nuestra mesa—, señora Albanesi.

—Todavía no me caso —dijo Claudia con timidez y algo de pena.

Aidan se sentó junto a mí, apoyó la espalda en el respaldo y me miró con esa puñetera sonrisa que me daban ganas de borrársela de un puñetazo al mismo tiempo que me hacía querer observarlo todo el día. Ya estaba duchado y traía puesta ropa deportiva ideal para ejercitarse.

—¿Te fuiste? —preguntó Isla, y yo le lancé una mirada que la hizo encogerse en su asiento.

—Me fui —continuó Aidan como si nada—. Tenía que presentarme a los entrenamientos de pretemporada con mi equipo, así que cogí mis cosas y me fui.

—Sin despedirte —le recordé, y tanto Claudia como Isla soltaron un grito ahogado.

—Te dejé una nota.

¡Casi le arrojo mi vaso con café! —¡Decía “me divertí, te llamo después”!

Aidan se encogió de hombros. —Te dibujé florecitas en lugar de los signos de admiración —dijo con el tono de timidez más falso que había escuchado, pero recuperó la compostura al notar que estaba asesinándolo con la mirada.

Aidan bajó la cabeza y apretó los labios. —Como el niño tonto que era en aquellos tiempos no le di importancia a los sentimientos de otra persona y, en lugar de hacer lo que los adultos responsables deben hacer…

—Qué mierda de tu parte —dijo Claudia.

—Soy el primero en estar de acuerdo contigo, señora Albanesi —Aidan sonrió, y me miró—. Me arrepiento de muchas cosas, pero ese se lleva por el título de la mayor metida de pata de mi vida, y no me cansaré de disculparme por ello siempre que pueda.

—Ya te dije que te perdono —dije, luego apoyé los codos en la mesa—, ¿y qué haces despierto tan temprano?

—¿Acaso piensas que me levanto hasta que el sol está en su cenit? Estamos en pretemporada y tengo entrenamiento después de mi sesión de estudio.

—¿Estudio? —preguntó Isla.

—Ver partidos de oponentes, tomar notas sobre sus defensivas, cosas aburridas que un *quarterback* debe hacer. No es solo arrojar la pelotita, señora Darcy —él le guiñó el ojo.

—¿A qué hora necesitas estar en el complejo? —le pregunte antes de darle un sorbo a mi café.

—En una hora.

Casi me atraganto por el esfuerzo de no escupir mi café, y le miré. —¿Y por qué coño no me lo habías dicho?

—¿Tengo que darte mi itinerario?

—¡Sí, pedazo de animal! —le regañé— ¡Soy tu…! —gruñí y me puse de pie— Vámonos.

—No hacemos ni veinte minutos de camino —dijo Aidan mirando de reojo a Claudia e Isla —. Relájate. Tomémonos un café antes de…

Levanté mis manos a los lados y rechiné los dientes un poco. —¡Ve cómo estoy vestida!

Aidan me miró de arriba abajo y su sonrisa se hizo aún mayor. —Muy sexy, aunque algo inapropiado si vas a ser mi guardaespaldas.

—Lo sé —le dije a regañadientes—. Tengo que ducharme y cambiarme.

Él suspiró. —Bien, vámonos.

Miré a Claudia y a Isla, las cuales estaban sonriendo y aguantando la risa.

—Gracias —les dije cuando me eché la mochila al hombro—. ¿Seguimos en pie para más tarde?

—Definitivamente —dijo Claudia, luego miró detrás de mí—. ¡Adiós, Aidan!

—¡Adiós, Aidan! —repitió Isla.

—Bonito día, señoras —le escuché detrás de mí.

Suspiré al mirarlo esperándome en la entrada al café sosteniendo la puerta abierta, y cuando salimos cruzamos la calle y nos dirigimos a la camioneta aparcada en el subterráneo.

Me di cuenta de que ya no traía mi café en la mano. Hice memoria y recordé haberlo dejado en la mesa antes de irme.

"*Qué bonita manera de comenzar mi día,*" pensé.

Capítulo 10.

Aidan

—¡Es todo por hoy! —gritó uno de los asistentes del entrenador tras sonar su silbato— ¡Ofensiva, pueden irse a descansar! ¡Defensivos, el entrenador Solinsky quiere hablarles *ahora*!

Me levanté y sacudí el pasto del uniforme mientras miraba a los defensivos acercarse cabizbajos con el entrenador en jefe, el cual tenía una expresión fría en su rostro.

Oliver Solinsky parecía un gigante en el extremo del campo junto al resto de sus asistentes. Vestía su característica boina de tela y una camiseta que se ajustaba a su amplia contextura. Su bigote denso y canoso, además de su cabeza calva y sin barba, lo hacía parecer una morsa con todo y mirada intimidante.

Aunque imponía respeto, había una suavidad en sus facciones que transmitía calma y experiencia, al menos cuando hacíamos lo que él quería.

No quise saber lo que les esperaba a los defensivos víctimas de su mirada asesina.

—Diablos, colega, ¿tenías que humillarlos de esa manera? —escuché detrás de mí a Khalil. Noté que traía consigo el balón del último pase que había arrojado.

Reí. —Ellos tienen la culpa por tratar de cubrir por zonas cuando atraviesas el campo —me giré y caminamos juntos hacia las mesas donde los aguadores del equipo ya nos tenían listos nuestras botellas con agua—. Es mejor que les pase aquí y ahora, donde los entrenadores están a tiempo de corregirlos, y no durante la temporada, cuando los partidos ya cuentan.

—Dicho como un verdadero campeón —Khalil le sonrió al muchacho que le entregó su botella—. Gracias, colega —le arrojó el balón, y el chico se alejó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estuvo increíble esta mañana, señor Foster —me dijo el chico que me entregó mi agua.

—Gracias, chico —le sonreí y me alejé hacia los vestidores seguido de Khalil.

— Hoy estabas inspirado, colega —dijo con tono animado.

Apreté los labios y asentí. —Puede que sí, un poco.

—¿Tiene algo que ver con cierta *femme fatale* oriental que te ha estado siguiendo desde anoche?

Titubeé un poco antes de contestar. —No, por supuesto que no.

—Eres un pésimo mentiroso, colega —él levantó la cabeza, miró detrás de mí y sonrió de oreja a oreja—. ¡Hola Katsumi! ¡Buenos días!

Mi pulso se aceleró en un instante y el aire abandonó mis pulmones al girar hacia aquella dirección.

No estaba Katsumi, y aquello le provocó una carcajada abierta a Khalil.

—Te recuerdo que necesitas que te lance pases si quieres ganarte esos bonos de productividad a finales de la temporada —le dije a regañadientes.

—¡Joder, colega! —el maldito estaba llorando de la risa— ¡Deberías mirarte la cara! ¡Parecías un chaval del instituto sorprendido por la chica que le gusta!

—Vete al diablo —le dije sonriendo cuando entramos a los vestidores.

—Vale, el sexo debió ser increíble si te estás poniendo así —dijo, y yo reí, le miré de reojo, y regresé mi atención a mi casillero—. Un momento, ¿no hubo sexo anoche?

—Eso no es de incumbencia —le dije después de quitarme la camiseta.

—Demonios, si así te tiene ahora, cuando haya sexo vas a…

Lo miré, y Khalil se calló. El resto del equipo llegó mientras me quitaba los protectores y cogía mis cosas para darme una ducha rápida.

—¡Washington! —gritaron a lo lejos.

—Nos vemos luego, colega—dijo Khalil, y yo solo levanté la mano con un gesto de pulgar hacia arriba.

Suspiré al ponerme bajo la ducha y abrí el agua fría al mismo tiempo que cerraba los ojos, rogando que eso ayudara a disipar los pensamientos que estaba teniendo con Katsumi.

Un torrente de agua fresca golpeó mi cuerpo. La sensación fue casi un shock, y en cuestión de segundos esa sorpresa inicial se transformó en alivio.

El agua me refrescó y revitalizó. La frescura penetró en mi piel, reactivando mi circulación. Mi respiración se aceleró un poco, pero con cada exhalación, sentía cómo se desvanecían las tensiones de mi cuerpo.

Pero no de mi mente. Cerré los ojos y ella seguía ahí, sonriente y coqueta, en ese vestido ajustado de anoche, y yo solo quería arrancárselo y volver a explorar su cuerpo como lo hice todos esos años atrás.

Por más que trataba, no dejaba de comparar su apariencia pasada con su presente. Era más dura ahora, más seria, más agresiva, pero aún había chispazos de esa chica juguetona que me cautivó por semanas y que, hasta la fecha, se había vuelto el punto de comparación con todas mis parejas.

“*Con razón mis matrimonios fracasaron*,” pensé.

—Contrólate, Foster —susurré al agachar la cabeza y dejar que el chorro de agua golpeara mi nuca y el agua cayera por mi espalda.

Debería estar preocupado.

Habían intentado matarme.

Mi coche explotó, y necesitaba protección las veinticuatro horas hasta que la policía resolviera el asunto. Nadie me culparía si quisiera quedarme en la seguridad de mi penthouse.

Había un vacío en mi pecho al pensar esas cosas, uno que desaparecía cuando me recordaba que gracias a ello Katsumi estaba en mi vida otra vez.

Por órdenes de su jefe, claro, pero ahí estaba.

Ahí estaba.

Joder, abrí los ojos, di la media vuelta al cerrar el agua, y ahí estaba Katsumi parada en la entrada a las duchas.

Ese pantalón y chaqueta negra que era típico en el personal de seguridad no se suponía que le favorecería, pero, joder, sí que se miraba sexy con su cabello recogido y su expresión seria.

Cogí mi toalla y caminé hacia ella mientras me secaba el cabello. Lo hizo solo por un momento, pero noté que miró de reojo hacia abajo. Su expresión no cambió al mirarme desnudo acercándome, pero su piel blanca estaba poniéndose un poco más roja de lo normal.

Sonreí al secarme la espalda. —No creo que deberías estar aquí.

—Si contestaras el móvil no habría tenido que hacerlo —estaba enojada, o al menos fingía estar enojada.

—Lo tengo en mi casillero —le dije, colgando la toalla de mi hombro—. Nunca lo tengo conmigo cuando estoy entrenando.

—No estás entrenando ahora.

—Mi móvil no es a prueba de agua —hice un gesto con la mano indicando mis alrededores.

Ambos sonreímos, y logré pillarla mirando hacia abajo por menos de un instante, y ella logró pillar el efecto que estaba teniendo en mí.

—¿Para qué me buscabas? —dije, dando un paso hacia ella.

—No tenía idea de que te tomara tanto tiempo ducharte y cambiarte —colocó sus manos en las caderas, como si estuviera retándome a acercarme más.

—¿Te preocupaste? —acepté su reto, y di un paso más hacia ella. Un paso corto que se sintió más largo de lo que fue.

Ella rio, negó con la cabeza y se dio la media vuelta al mismo tiempo que miraba hacia abajo.

No sé qué me poseyó que me hizo cogerle la mano.

No se movió, y yo tampoco.

Ambos guardamos silencio.

No podía soltarla. Le ordenaba a mi mano que la soltara, pero mi puñetera mano no

obedecía.

Esperaba que su reacción fuera alguna llave secreta oriental que me pusiera contra la pared o me derribara al suelo, pero Katsumi se giró despacio, y arqueó una ceja al mirarme la mano, advirtiéndome con una mueca.

—Lo siento —le dije con tono serio—. Trataré de avisarte la próxima vez que vaya a tardarme haciendo algo —me acerqué, y ella no se movió—. No quisiera hacerte tu trabajo más difícil de lo que ya es.

—Este trabajo no es difícil —susurró—. Es como cuidar a un bebé gigantesco —reí, y me pareció sentir que había apretado mi mano antes de soltarla—. Necesito ir a casa. Otros miembros del equipo de seguridad te seguirán el resto del día y habrá alguien en el vestíbulo de tu edificio durante la noche, y yo llegaré en la mañana.

—¿Ya te cansaste de mí tan rápido?

Ella rio. —Quiero ducharme en mi propia casa, tonto, y tengo una vida fuera del trabajo.

—¿Y si no me agradan los sujetos que me siguen?

—Ni siquiera notarás que están ahí —dijo antes de irse—. Hasta mañana, Aidan.

"*Maldita sea, necesito otra ducha fría,*" pensé al colocarme las manos detrás de la cabeza, morderme el labio inferior, respirar profundo e ir a darme otro remojón.

Aunque el agua fría ayudó a bajarme el mástil no pude sacarme de la cabeza esa mirada de Katsumi al final. Fue idéntica a aquella de hace años, cuando lo único que tenía que hacer para ponerme como soldado en formación era mirarme.

Reí, cerré la llave, y me sequé mientras regresaba a mi casillero, pero me detuve en las tinas de agua helada, donde encontré a Khalil sumergido de la cintura hacia abajo mientras miraba algo en el móvil.

—Te tomaste tu tiempo allá adentro, colega —dijo con un tono mezclado de humor y acusación—. ¿La visita de tu chica te dejó con la necesidad de darte algo de amor propio?

—Entró a regañarme por no contestar el móvil —le dije con una sonrisa.

—¿Es tu novia, tu asistente o tu guardaespaldas?

Apreté los labios, y encontré una cubeta con hielos junto a la tina. —Creo que esa agua necesita más…

La expresión de Khalil cuando vacié el contenido en su tina no tuvo precio.

—Eres un hombre frío, Aidan Foster —dijo con una sonrisa burlona.

Capítulo 11.

Katsumi

—El Porsche no —se quejó Robert deteniéndose frente al coche que yo había elegido.

—Tú dijiste que podía llevarme el que quisiera —miré alrededor de su cochera, donde tenía por lo menos quince vehículos de lujo junto con los otros usados por el personal de la mansión —. Si te incomoda me voy en taxi, de verdad no tienes que prestarme un coche.

—Es solo que ese es mi favorito —Robert retorció los labios como si estuviera pensando una solución a una ecuación de matemáticas—. Llévate el Ferrari. Casi no lo uso.

Miré la lujosa monstruosidad a la que se refería. ¡Parecía una puñetera nave espacial! —¡Va a resaltar como una espinilla en la frente! —le dije— Si fuera negro, quizá lo pensaría, ¡pero es rojo, recién pulido, y las llantas parecen hechas de oro!

—De acuerdo, de acuerdo —cedió Robert, suspirando con resignación—. Llévate el Porsche. Eres mi jefa de seguridad. En teoría, debería estar seguro en tus manos.

Alcé una ceja. —¿Estás sugiriendo que no sé conducir, Robert?

Él se encogió de hombros y una sonrisa juguetona cruzó sus labios. —Sólo digo lo que es obvio.

Le quité las llaves y dejé que mi mueca expresara mi burla hacia él. —Yo te dije muchas veces que tuvieras algunos coches de la compañía aquí adentro.

—Están las limusinas —dijo aguantando la risa—. Si quieres llévate una de ellas.

—¡No voy a llevarme una limusina a mi casa! ¡No tendría en dónde aparcarla!

—Vale —Robert asintió.

Al arrancar el motor, el rugido del Porsche inundó la cochera. Sin dudarlo un segundo más, aceleré hacia la salida.

Cuando me detuve en el primer semáforo me quité la chaqueta y desabroché un botón de mi blusa, dejando entrar el aire fresco que soplaba aquella tarde.

Miré el móvil y me detuve luego de encontrar entre mis contactos el número de la persona que vigilaba a Aidan en esos momentos. Esa estúpida preocupación me había seguido todo el día como un maldito espectro.

Y no solo la preocupación. Me estremecí al dejar que una imagen de Aidan invadiera mis pensamientos.

Y no se trataba de una imagen decente y bien vestida.

Era una imagen de él, recién salido de la ducha, con el agua escurriéndole por el cuerpo desnudo y con vapor emanando de su miembro.

"*Vale, quizá el vapor es una exageración, pero, madre mía, qué bien se veía,*" pensé al reír y morderme el labio inferior.

Y luego me inundaron recuerdos dulces y provocadores de nuestro tiempo juntos. Cada vez que parpadeaba, veía sus ojos, sus labios, imaginaba sus manos… Su esencia estaba allí, como un perfume que no podía dejar de oler, o como una energía que no dejaba de erizarme la piel.

Por un momento, olvidé el peligro que le acechaba, centrándome en lo que desencadenaba en mí.

El rugido de la ciudad se convirtió en un murmullo lejano mientras aparcaba frente al edificio donde estaba mi apartamento.

El latido de mi corazón retumbaba en mis oídos por lo que el pensar en Aidan provocaba en mí. Crucé la calle y me detuve ante la entrada al edificio residencial cuando vi por el rabillo del ojo que algunas personas vestidas con chaqueta bajaron de un coche lujoso.

Esa exquisita atracción y deseo por Aidan se convirtió en una bola infernal de indignación al contemplar la figura del hombre oriental que había bajado del coche.

—*Mouto–chan*—me llamó con un tono fastidiado, como si dirigirme la palabra fuera algo indigno para él.

"*¿Hermanita?*" pensé al mirarlo.

Los ojos oscuros que me escudriñaban eran idénticos a los míos y a los de nuestra madre. Estaba impecablemente vestido y pulcro, como si cada fibra de su ropa estuviera hecha a la medida de su aparente ego. Su cabello negro, tan pulido y perfecto, no tenía un solo pelo fuera de lugar.

No tenía la mínima duda que compartíamos, aunque sea, la mitad de nuestra sangre.

—Toshiro —dije, más como una declaración que como un saludo.

Subió y bajó sus cejas, como si el que yo supiera quién es fuera algo impresionante. —¿Cómo supiste quién era, *mouto–chan*?

—No me digas así —caminé hacia él, mirándolo a los ojos, y atenta a los movimientos de sus gorilas—. El que tengamos la misma madre no nos hace hermanos.

Él rio. —Asumí que tendrías una educación básica. El que ambos tengamos la misma madre *sí* nos hace hermanos… Katsumi.

—Sabes bien que no me refiero a la biología, Toshiro —me detuve a menos de un metro de él.

Él suspiró y me miró de arriba abajo, sin duda analizándome de la misma manera en que lo estaba analizando yo a él y a sus acompañantes.

—Necesito hablar contigo —dijo en japonés—. En privado.

—¿No hablas español? —le pregunté con tono burlón.

—No cuando no necesito hacerlo —a pesar del tono creído que usaba, casi no noté un acento cuando me contestó.

—Pues mi japonés no es muy bueno, así que necesitarás hacerlo, *hermano* —le mentí. Era claro que le incomodaba hablar en otro idioma que no fuera el suyo.

Él suspiró. —Como digas, ¿no me invitarás a pasar a tu apartamento?

Mis ojos viajaron entre él y los hombres a su lado, y una ola de defensa envolvió cada fibra de mi ser. —Si quieres hablar, será aquí.

Se quedó mirándome unos momentos, luego dirigió la mirada a la entrada del edificio. Su expresión reflejaba una combinación de ofensa e incredulidad. —¿En serio me vas a hacer hablar en la calle? —dijo con desdén, mientras miraba con evidente desagrado el entorno—. Pensé que al menos tendrías la decencia de ofrecerme entrar.

—Decencia —repetí, saboreando la palabra con ironía—. Toshiro, si tienes algo que decir, será aquí y ahora.

Toshiro frunció el ceño, la ira palpable en su mirada. —Nuestro abuelo está enfermo…

"*Conque ese es el tema delicado del que quiere hablar,*" pensé.

—Recibí su carta —le interrumpí.

—Requiere un trasplante de médula ósea —él agregó.

Las palabras hicieron un eco extraño dentro de mi cabeza. Por un instante, el tiempo se detuvo.

—Déjame adivinar —me crucé de brazos—. Ninguno de ustedes es un donante compatible.

—No, pero tú sí.

Dejé salir una carcajada. —¡Claro, hermanito! ¿Por qué no se llevan de una vez un litro de sangre? ¿O qué tal uno de mis riñones? Me sobra uno.

Toshiro resopló y negó con la cabeza. —Me advirtieron que serías así.

Dejé de sonreír al instante. —Y, aun así, viniste —mi voz era firme, y no tenía dudas de que él podía ver toda mi ira e indignación en la mirada—. No soy su salvavidas, Toshiro. Mi respuesta es…

—Es tu familia —me interrumpió—. Es tu deber…

Reí. —¡Me quitó a mi madre! —le reclamé, cerrando la distancia entre nosotros.

—¿Te quitó? —pareció que las palabras le habían abofeteado y detonado una bomba de indignación en su interior— ¡Él recuperó a nuestra madre del sucio ladrón que la alejó de mi lado y de…!

Una bofetada no habría sido suficiente. El imbécil se mereció el puñetazo que le acomodé en

la mandíbula y que lo derribó.

Retrocedí de inmediato, pues sus dos guardaespaldas se apuraron a ponerse entre nosotros.

—¡No! —Toshiro les gritó antes de ponerse de pie.

Debía reconocerlo, mi hermanito no parecía alterado por el golpe.

—Vuelve a hablar mal de mi padre y…

—De acuerdo —Toshiro se abrió paso entre los guardaespaldas mientras se frotaba el lugar donde conecté mi ataque.

—No voy a donarle nada —le dije, aguantando las lágrimas—. Ese anciano se puede pudrir.

Toshiro respiró profundo, y asintió. —Lo que nuestros padres y abuelo hicieron es asunto entre ellos —dijo como si le causara dificultad cada palabra—. Yo solo conozco al gran hombre que me llevaba a los festivales del pueblo, que me educó para hacerme cargo de la compañía de la familia, y que me… Me volvió en el hombre que soy ahora.

Su voz estaba quebrándose, como si estuviera resistiendo el derrumbarse en lágrimas con todas sus fuerzas.

—No te pido que lo perdones, Katsumi —él continuó—, pero es imposible que esa rabia que cargas no te esté afectando. Te pido que reconsideres, porque yo no quiero perder a mi abuelo, y tú necesitas más tiempo para dejar ir esa ira que cargas.

Mi primer impulso fue mandarlo a comer mierda, pero había algo en su mirada que me hizo detenerme y pensar por unos momentos.

—Lo pensaré —le dije a regañadientes.

Él sonrió y sacó una tarjeta del interior de su chaqueta mientras se acercaba. —Por favor piénsalo rápido, Katsumi —me la entregó, y luego rio al frotarse la mandíbula de nuevo—. Eres mucho más impresionante de lo que esperaba.

Nos miramos a los ojos unos momentos antes de que él me hiciera una ligera reverencia y se fuera.

Me quedé afuera del edificio sujetando la tarjeta que él me había dado hasta que su coche se alejó.

Me pareció que el aire se había vuelto más frío, y entré al edificio residencial. La tarjeta que Toshiro me entregó se sentía pesada en mis manos, como si cargara con todo el peso del rencor que le guardaba a ese lado de mi familia.

La sangre que había corrido caliente y rápida durante nuestro encuentro ya estaba enfriándose. El aire fresco del clima artificial dentro del edificio mientras subía las escaleras me acarició la cara, llevándose consigo una parte de mi agitación.

Cuando entré a mi apartamento contemplé la tarjeta unos momentos antes de dejarla caer en la mesita junto a la entrada antes de dejar las llaves del coche.

“*Quizá sí deba al menos sentarme a hablar con el viejo,*” pensé.

Me quité la blusa y el sujetador, y me dirigí al refrigerador por una botella de agua fría. Miré de reojo la puerta abierta a mi baño, y recordé la bañera de hidromasaje que Aidan tenía en su apartamento.

Y así de rápido regresaron esos sentimientos que me han acompañado desde que lo vi en las duchas del centro de entrenamiento.

La imagen de Aidan, con su sonrisa torcida y sus ojos llenos de ideas tentadoras, se apoderó de mis pensamientos, y me permití dejarme llevar por ellos con tal de sacar la cabeza de mi pasado.

Entré a la habitación, me acerqué a la cama, y me dejé caer de espaldas en ella. Un suspiro escapó de mis labios al cerrar los ojos, y me permití desear que Aidan estuviera ahí.

Me permití imaginar su rostro al mirarme semidesnuda en la cama, y que sus manos me tocaban como las mías lo hacían, y que me sacaba los gemidos que llenaron mi habitación aquella tarde.

Total, fantasear no cuesta nada, ¿o sí?

Capítulo 12.

Aidan

—¿Otra vez jodes con esto? —me quejé mientras servía un par de copas con el vino que trajo Nancy.

La miré sonreír sentada en el sillón de la sala frente a la pecera. —Aidan —usó el mismo tono que nuestra madre usaba cuando quería ordenarnos de manera amorosa que hiciéramos lo que nos estaba pidiendo—, debes decidir quién te acompañará a la gala.

Caminé hasta ella y le entregué su copa antes de sentarme a su lado.

—Todavía hay tiempo, Nancy —respondí a regañadientes y luego le di un sorbo a mi bebida —. Además, el año pasado tú fuiste mi cita. ¿Por qué no puedes serlo este año?

Chasqueé un poco la lengua al darme cuenta del sabor e hice una nota mental de jamás volver a comprar ese vino en mi vida.

—¡Porque el año pasado me abandonaste para irte con…! —me puse de pie— ¿Qué?

—¿De dónde conseguiste esta mierda? —le dije, levantando mi copa— Sabe a culo sucio de tres días.

—¡Es una botella de más de mil dólares!

—Vale —llegué a la cocina, vacié la copa en el fregadero, y saqué una cerveza fría de la hielera—. Sabe a un culo de mil dólares.

—No te atrevas a tirar lo demás —me advirtió cuando notó que me acercaba a la botella.

Reí y regresé negando con la cabeza hasta el sillón. —Llévatela, yo soy feliz con esto — incliné mi cerveza hacia ella.

Nancy suspiró resignada, y tocó su copa con mi botella antes de que ambos le diéramos un trago a nuestras bebidas.

—¿Ves? Esto es agradable —le dije— Por eso deberías ser mi acompañante…

—¿Para que me vuelvas a abandonar por irte con Miss Texas?

—Creo que era Miss Arizona… —sonreí y reí.

—Así que no, Aidan —negó con la cabeza y me lanzó una mirada de reproche—. No seré tu cita a la gala de tu propia beneficencia este año. Busca alguien más a quien dejar plantada.

Me revolví en la silla, incómodo. —No necesito una cita.

Nancy casi se ahogaba con el vino que acababa de tragar. —¡Por supuesto que no irás solo!

—me regañó— Necesitamos que las donaciones fluyan. Y el que lleves de acompañante a una actriz o a una atleta de renombre causará un buen escándalo o chisme. Eso siempre ayuda a abrir las billeteras.

Giré la botella en mis manos, sintiendo cómo el frío cristal se adhería a mi piel.

Visualicé la recaudación de fondos. Yo en el centro del salón, en medio de una nube de fotógrafos y reporteros haciendo preguntas, con alguna mujer del brazo que apenas conocía, sonriendo para las cámaras. Las luces brillando, los susurros, las risas… Dios, se me revolvió el estómago. Me gustaba gastar el dinero en buenas causas, pero no me apetecía tener que recaudarlo fingiendo que me agradan personas que no quisiera ver ni en pintura.

—¿Qué te parece si solo sacamos un nombre al azar de un sombrero y ya está? —sugerí, con una pizca de ironía.

Nancy me miró, con sus ojos chispeando de diversión. —Vale, mientras elijas a alguien, y metas el nombre de Esmeralda en el sombrero.

Pasé una mano por mi cabello. —¿Por qué tienes que arruinar el momento mencionándola? —dije antes de darle otro trago a mi cerveza —. Aunque, si me intentan matar otra vez, podría usarla como escudo humano.

Nancy puso una expresión de duda, con la cabeza ladeada. —¿Aún no han encontrado al responsable?

Negué. —Creo que sí debería ir solo, Nancy —esperaba que fuera a interrumpirme y decirme algo, pero guardó silencio mientras me observaba—. Sería egoísta de mi parte arriesgar a alguien más solo por donaciones.

Nancy suspiró, dejando la copa en la mesa. —Vale, hermanito. Haz lo que quieras. Pero recuerda que las apariencias importan, te guste o no. Si vas a ir solo, más vale que enciendas el encanto al máximo.

Me levanté de la silla, sintiendo una opresión en el pecho y sonreí resignado. —Conocí a Esmeralda la última vez que fui solo a un evento.

Nancy rio. —¿Y temes conocer a tu siguiente esposa así?

—Creo que ya dejamos en claro de que no soy una pareja ideal para nadie, Nancy.

—Ya me confundiste, Aidan —Nancy se cruzó de brazos—. ¿No quieres llevar a nadie porque no quieres arriesgar su vida? ¿O porque te convenciste de que no hay nadie en el mundo para ti?

—¿Un poco de ambas? —dije, pero entonces fue como si un relámpago hubiera caído en mi cabeza, y yo reí. —¿Y si invito a Katsumi?

Nancy rio por unos momentos, pero luego se quedó callada. —¿Estás hablando en serio?

—¡Ella es perfecta! —dije emocionado— Es mi guardaespaldas, así que su trabajo es proteger mi vida, así que…

—Aidan, de todas las ideas que has tenido… —Nancy negaba con la cabeza y frotaba sus

párpados.

—Esta es la más brillante, ¿no lo crees?

—¡No! —me gritó— Aidan, es poco ético e inapropiado. Además, no creo que le agrades mucho.

—Creo que le agrado bastante. ¿Has visto cómo me mira?

Nancy suspiró. —Sí, como un saco de boxeo al que quiere golpear sin parar.

—Es solo que no la conoces —le hice un ademán con la mano—. Es su manera de mostrar afecto.

Nancy me lanzó una mirada aguda que pareció penetrarme el alma. —Aidan, ella te acompañará de cualquier manera. Es su trabajo.

—Y estar cerca de mí facilitaría su trabajo. Además, no la has visto en un vestido de noche.

El imaginarla hizo que mi piel ardiera como si estuviera bajo el sol del mediodía.

—¿Por qué insistes tanto? —preguntó Nancy— No te hizo bien estar con ella. Ella nunca te llamó, y se mudó sin decirte a dónde se iría. Hazme caso: ella no tiene el mínimo interés en ti.

Suspiré. "*Ella cree que yo nunca le hablé,*" pensé.

—Puede que tengas razón —me quedé callado unos momentos, considerando mi respuesta.

¿Por qué insistía tanto? Sí, ya le había pedido disculpas, pero tenía la sensación de que había algo roto en mi vida, y mi alma parecía dirigirme hacia Katsumi, como si ahí estuviera eso que necesitaba arreglar.

—Ella te romperá el corazón otra vez —me advirtió Nancy—. O tú se lo romperás a ella, y luego te romperá el brazo.

—Quizá —dije, buscando mi móvil palpándome encima de las bolsas de mi pantalón, y tuve un mini infarto al no encontrarlo, pero luego lo encontré en la mesa frente a mí y sonreí—. Pero no lo sabré hasta no intentarlo.

Cogí el móvil, y Nancy se puso de pie.

—¿Qué vas a hacer?

El aire se volvió tenso cuando marqué el número de Katsumi. Con cada tono de llamada, sentía como si un piano colgara sobre mi cabeza, listo para caer.

—Diga —respondió Katsumi. Tenía la respiración agitada, y aquello me hizo pensar que estaba con alguien más.

Ese pensamiento me retorció las entrañas peor que si alguien hubiera metido unos ganchos en mi estómago y las arrancara de golpe.

Respiré profundo y me esforcé en sonreír. —No interrumpo nada, ¿o sí, linda? —dije con tono juguetón.

Ella rio. —Aidan —la manera en que dijo mi nombre hizo que mi corazón se acelerara—. ¿En qué te puedo ayudar?

—No contestaste mi pregunta.

—¿Cuál pregunta?

—Si estaba interrumpiendo algo.

La escuché reír. —Eso no es de tu incumbencia.

—Entonces me disculpo contigo y con tu compañía —dije al ampliar mi sonrisa—. Te llamo maña…

—Espera —me interrumpió, y ella estaba riendo—. No estaba con nadie. Hago yoga todas las noches antes de dormir.

Sonreí y caminé alrededor de la pecera, mirando mis peces moverse despacio.

—¿Sigues haciéndolo en ropa interior?

Ella resopló. —No voy a contestar eso.

—Ese tono de voz me dice que sí.

—¿Ahora eres un experto en tonos de voz? Eres un hombre de muchos talentos, Aidan Foster.

—Me has dado algo en qué pensar para relajarme cuando me acueste en un rato.

La risa que escuché era relajada, casi idéntica a la que recordaba. Darme cuenta de eso me animó más.

—Es tarde, Aidan —dijo—. ¿Necesitas algo?

—Sí —noté que Nancy estaba con las manos en la cadera y no dejaba de mirarme—. Necesito una cita.

—Soy tu guardaespaldas, no tu casamentera, tonto.

—Una cita contigo.

—¿Qué?

—Espera, vuelvo a empezar —dije entre risas—. Tengo un evento benéfico en Dallas la próxima semana.

—Lo sé —podía escucharla sonreír.

—Quiero que vengas conmigo.

—Por supuesto que iré contigo, tonto —reí al escucharla—. No te puedo vigilar si estamos en ciudades separadas.

Su respuesta me dejó sin palabras por unos momentos.

Me ruboricé, tomando un segundo para procesar lo que acababa de decir. Nancy ya se había dado la media vuelta y se servía otra copa de vino.

Resoplé. —Lo sé, —admití, un poco avergonzado—. Pero no quiero que vengas como mi guardaespaldas, sino… como mi cita.

Otro silencio.

—Como tu cita —dijo Katsumi.

—Así es.

No dijimos nada por unos momentos.

—Claro —dijo por fin, y aunque intenté descifrar su tono, no pude.

—Vale.

—Vale —podía escucharla respirar fuerte.

—Vale —reí como un idiota—. Nos vemos mañana en el centro deportivo.

—Buenas noches, Aidan.

—Dulces sueños, linda —me despedí y colgué de inmediato.

Levanté los brazos de manera victoriosa, pero cuando me giré Nancy parecía que estaba a punto de explotar.

—¿En serio vas a…?

—Tú querías que llevara una cita, ¿no?

—¡Sí, pero…! —Nancy se quedó muda, tratando de encontrar palabras.

—Pero nada —me senté en el sillón, sonriendo, satisfecho conmigo mismo, y deseando que el tiempo se adelantara a la gala.

“*Me pregunto qué se pondrá*” pensé.

Capítulo 13.

Katsumi

—¡Dios mío, eso es un diseño de Mario Ledezma! —la voz dulce de una desconocida me sobresaltó mientras me arreglaba en el espejo del baño— ¡Lo siento! No quise asustarte.

—No hay problema —le dije tras esforzarme en sonreír—. ¿Pero de qué hablas?

—¡Tu vestido! —exclamó, mirándome de arriba abajo— ¡No me cabe la menor duda que es un vestido de Mario Ledezma!

Me pudo hablar en árabe y habría tenido la misma reacción. —¿Quién?

—¡El famoso diseñador!

Tomó todas mis fuerzas el no reaccionar. Aquella conversación solo sirvió de recordatorio de que yo no pertenecía a ese lugar, aunque la reacción de la mujer explicaba el por qué Isla me había insistido tanto que cuidara aquel vestido como si fuera de oro.

—¿Este trapo? —dije con tanta falsa humildad como pude— Es solo algo que me compré de último momento.

La chica rio a carcajadas. —Bueno, pues tienes buen ojo porque el señor Foster no te ha dejado de ver en toda la noche. El verde esmeralda sin duda es tu color.

—Gracias —forcé una sonrisa mientras ajustaba los tirantes del vestido.

La tela parecía brillar con intensidad, más de lo que había imaginado cuando me lo probé en la habitación de Isla.

Se ajustaba a mi cuerpo casi a la perfección. Los pliegues que se entrelazaban alrededor de mi cintura hacían un fantástico trabajo en resaltar mi figura.

Lo había elegido porque el escote en V que se formaba no requería unas tetas enormes como las de Isla para mirarse bien.

Y esa abertura al lado de la falda lo hacía ser bastante cómodo, y la forma en que se me asomaba la pierna cada que caminaba me hizo sentir… Sexy.

Estiré los dedos de los pies lo más que pude dentro de aquellos instrumentos de tortura que se hacían pasar por zapatos. Pero, bueno, la belleza duele, ¿o no?

A medida que me alejaba del baño, el bullicio del evento se intensificaba, con voces y risas mezclándose en el aire.

Miré hacia arriba y me tuve que detener ante la obra de arte que era el techo de aquel salón.

Con qué razón se llamaba Salón Neptuno. Cada detalle parecía evocar la majestuosidad del

mar: desde las delicadas molduras que serpenteaban como corrientes marinas hasta los matices azulados de la iluminación, que se filtraban a través de las lámparas, como rayos de sol a través del agua.

Los cristales colgantes, con su resplandor hipnótico, me recordaban a los destellos de luz que se refractan en la superficie del mar al atardecer, un espectáculo que hace mucho no miraba.

Suspiré antes de volver a la maraña de personas con copas en mano y risas adornadas. A pesar de la animada atmósfera, mi atención se fijó de inmediato en Aidan.

Su figura alta y musculosa estaba envuelta en un esmoquin que parecía haber sido cosido a medida, delineando cada curva y ángulo de su físico con una precisión que rozaba la insolencia. Debería ser ilegal que un hombre tan guapo se vistiera tan bien.

Una sonrisa jugaba en sus labios, esa clase de sonrisa que sugería que estaba en la conversación, pero no atrapado por ella. Lo escondía bien, pero yo podía ver que estaba un poco incómodo.

Se encontraba en medio del salón, rodeado de invitados: el alcalde de Dallas, el gobernador de Texas, creí escuchar que algunos de los otros eran dueños de ranchos en el noroeste del estado, y, por supuesto, no faltaban las socialités.

No podía reprocharles a las mujeres a su alrededor la manera en que lo miraban. Y si supieran lo que escondía debajo de ese atuendo se desmayarían.

—…mi madre tuvo que improvisar mucho —Aidan se dirigió a los invitados, repartiendo su atención a todos por igual—. Confió en vecinos, amigos, incluso uno que otro exnovio. Era un continuo vaivén de favores para asegurarse de que mi hermana y yo estuviéramos bien al salir de la escuela mientras ella trabajaba después de que mi padre la dejó —explicaba Aidan con una mirada nostálgica.

Una señora con un vestido del mismo color que el vino que estaba tomando suspiró: —Debe haber sido difícil para ella, ¿no?

—No se imaginan cuánto —Aidan bajó la cabeza un momento y luego tomó una expresión seria—. Por eso esta organización me toca tan de cerca. Mi madre es una abogada brillante, pero tuvo que dejar pasar grandes oportunidades en su carrera porque, simplemente, no tuvo quién nos cuidara. Mi organización se encargará de darles a esas madres solteras una opción para poder sacar adelante a su familia.

Sonreí mientras una calidez brotaba en mi pecho al escuchar sus palabras. Recordé las luchas de mi padre antes de trabajar para la familia de Robert. Nadie quería darle trabajo a un hombre que ni siquiera hablaba bien el inglés. Pero eso no lo detuvo, y yo seguí su ejemplo.

Al escuchar aquellas historias del pasado de Aidan me di cuenta de que no fui la única que pasó noches en la que cené solo pan, sopa instantánea, o lo que mi padre pudiera conjurar de una alacena casi vacía.

Dejé de recordar cuando miré a Aidan sonreír y alejarse del grupo, dirigiéndose hacia mí.

—Parece que todo va bien —le dije.

—De maravilla.

Lo miré con ojos entornados. —¿Lo que dijiste es verdad? —me miró confundido— Esas historias que estabas…

—Ah —él rio—. Me gustaría decirte que las inventé para tocar los corazones de posibles donantes, pero cada palabra que dije es verdad.

—¿Dónde está tu mamá ahora?

—En algún lugar de Europa —él rio—. Disfruta de su retiro junto a un irlandés llamado Patrick que la cuida como el haragán de mi padre debió hacerlo en lugar de dejarnos.

—Es un retiro que tú patrocinas —dije, y él asintió.

Respiró profundo y le entregó su copa a un camarero que pasaba junto a nosotros.

—Baila conmigo —aquella petición de Aidan interrumpió mis pensamientos.

Giré hacia él, encontrando sus ojos azules fijos en mí, tan brillantes como el mar bajo el sol.

—¿Qué dijiste?

—No tartamudeé y sé que me oíste —él sonrió, levantando su mano abierta frente a él.

—Estoy segura de que vi una viejita que le encantaría…

—Katsumi —me interrumpió con una seriedad que no le reconocí en ese momento, y como no la reconocí frenó mis pensamientos—. Baila conmigo.

De todas las cosas que pude haber hecho en ese momento, cogerle la mano tras titubear unos instantes no era lo que esperaba hacer.

Lo seguí a la pista, y la música de la orquesta nos envolvió. Era una versión de vals de una canción de pop que no reconocí en el momento, pero me di cuenta de algo:

Aidan sabía bailar vals. Y, joder, sí que lo hacía bien. Yo sabía hacerlo por ser la compañera de las lecciones que Robert tomó cuando era un adolescente, pero nunca me habría imaginado que Aidan supiera hacerlo tan bien.

Sus pies se movían como los de un bailarín nato. Mi sorpresa fue tal, que mis labios se curvaron en una sonrisa amplia.

Él rio. —¿Sorprendida?

—Cállate y no me pises.

—Imposible —su risa era contagiosa y resonó con calidez en mi oído—. Soy un as en esto. Aprendí que un buen baile suele abrir las carteras de los más tacaños —explicó, sus ojos brillando con picardía— y las bragas de las más…

—Tenías que arruinarlo, tarado —le dije entre risas.

—Ya pasé de “imbécil” y “pedazo de animal” a “tarado” —él rio al soltarme la cadera y darme una vuelta elegante—. Vamos progresando.

Ninguno de los dos dejamos de sonreír ni de mirarnos a los ojos. Parecía que los invitados habían desaparecido para darnos todo el espacio del mundo. El aire pareció encenderse entre nosotros, como si le soplara a una brasa que parecía estar apagada, pero, en realidad, solo necesitaba una brisa para reavivar las llamas.

—¿Por qué me invitaste, Aidan? —pregunté mientras me dejaba guiar.

Se acercó hasta tener su rostro a centímetros del mío. Podía percibir el calor que irradiaba. Sus ojos me escudriñaron como si intentaran descifrar un enigma.

Pensé que sus labios se encontrarían con los míos. Me di cuenta de que tenía mi boca entreabierta, como si mi cuerpo estuviera preparado para recibirlo.

Pero en vez de eso, él retrocedió y me dijo: —Quizá sea el momento de retirarnos.

Mi corazón latía de forma salvaje, como un caballo vuelto loco. Por un lado, el alivio de no haber cruzado una línea, y por otro… Joder, lo que pudo haber sido.

Salimos del Salón Neptuno y llegamos al vestíbulo del lujoso Hotel Olympus sin decirnos una palabra. Aún alcanzábamos a escuchar las voces amortiguadas y el tintinear ocasional de copas de champán.

—Tengo hambre —dijo Aidan al girar hacia la salida del hotel—. Creo que vi un restaurante de comida rápida a un par de cuadras.

—¡Espera! —quise arrojar los zapatos que traía puestos, pues no me permitieron acelerar lo suficiente para alcanzarlo antes de salir a la calle.

Le cogí la mano, y él se detuvo.

Debí meterle un regaño, pero alguna fuerza misteriosa hizo que nuestros dedos se entrelazaran, y nos quedamos frente a frente. La noche era callada, más de lo que esperaba de una ciudad tan grande como Dallas, incluso a esa hora.

Podía escuchar el retumbar de mi corazón en ese momento, cuando nuestras manos compartían calor y electricidad.

Él sonrió. —Yo invito.

No me moví, y él se detuvo cuando sintió el tirón de mi mano. —No es seguro, Aidan.

Giró hacia mí, y seguía cogiéndome la mano. —Solo iremos por una hamburguesa.

—Podemos… Podemos pedir servicio al cuarto.

Él se quedó callado unos momentos. —Me gusta como piensas —dijo, y luego me ofreció esa sonrisa coqueta— ¿En tu cuarto o en el mío?

Reí. —Eres un…

Aidan sonrió, y una punzada de intuición me hizo mirar hacia la avenida.

Un vehículo encendió sus luces, y la manera en que aceleró hacia nosotros llamó mi atención.

Mi corazón era como un tambor en mi pecho. Sin poder evitarlo, mi entrenamiento se activó, y mi mirada se afinó, percibiendo en la oscuridad la figura de un hombre enmascarado conduciendo aquel coche, asomando un rifle por la ventana del coche.

—¡Al suelo! –grité, empujando a Aidan.

Capítulo 14.

Katsumi

—Esto es una puta pesadilla —murmuré para mí misma mientras avanzábamos hacia el ascensor del hotel.

Aidan caminaba frente a mí. Traía su chaqueta en el hombro, y le noté quitándose la pajarita antes de presionar el botón de nuestro piso.

—¿No deberíamos esperar a que la policía nos permita irnos? —preguntó con tono preocupado.

Suspiré. —Aidan, ya intentaron matarte en dos ciudades distintas —me giré hacia él y nos miramos a los ojos—. Van a involucrar a agentes federales a investigar esto. No importa si nos quedamos o si regresamos a Ciudad del Sol.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor entramos, y presioné el botón para cerrarlas como si hacerlo tan rápido las hiciera cerrarse más rápido.

Pulsé nuestro piso, y miré hacia arriba, fijando la atención en los números subir mientras ascendíamos.

Mi corazón se aceleró tanto que creí que me daría un infarto. Estaba pensando tantas cosas tan rápido que no podía concentrarme en una sola cosa. Tenía que llamar a Robert, tenía que llamar al piloto para que preparara el avión, tenía que revisar el pasillo cuando las puertas se abrieran, y la habitación de Aidan…

—Oye —le escuché, y su mano cálida descansó sobre mi hombro.

Aquel gesto. Aquel simple contacto casi hizo que se me salieran las lágrimas de todas las emociones que estaban remolineando dentro de mi cuerpo.

—Lo mejor será cambiarnos en el avión —le dije, y tragué fuerte al notar que mi voz estaba quebrándose.

—Está bien si tú…

—No —me giré hacia él y apreté la mandíbula—. No está bien que yo me desmorone o me suelte llorando como una niña pequeña asustada.

—Casi nos matan, Katsumi —él dijo, y la serenidad en sus ojos provocó que un calor ardiera con una intensidad que casi me consumía.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —le pregunté, avanzando hacia él y deteniéndome tan cerca de él que mis pechos lo alcanzaban a rozar— Pudiste mo…

—Katsumi, estoy aterrado —me interrumpió—. No quiero morir, y el pensar que alguien allá

afuera está esforzándose para cancelar mi suscripción a la vida me hace querer encerrarme en una habitación y nunca salir de ahí.

—¿Entonces por qué…?

—Porque estoy contigo —me contestó, serio y sin pensarlo—. Y al igual que hace años, siento que puedo enfrentar lo que sea cuando estoy contigo, incluso a un fan psicópata.

Estaba boquiabierta. Sus palabras me congelaron al instante, y no podía siquiera pensar. Solo podía perderme en su mirada, la cual él desvió antes de dar un paso hacia atrás.

—Sería mejor cambiarnos rápido y luego irnos —dijo con una sonrisa—. Me incomoda un poco imaginar el tener mis bolas al aire en un espacio tan reducido como el de un avión.

Reí a pesar de la situación. Fue una risa ligera y libre, como si esa conexión eléctrica entre nosotros me hubiera desconectado del peligro que enfrentábamos.

—En este momento me importa más que estés a salvo a que estés cómodo —le dije con un tono de preocupación que le borró la sonrisa —. Además, el jet tiene una cabina privada donde podrás airear tus bolas todo lo que quieras.

Reímos un poco. Fue una mala broma, pero al menos rompió la tensión que teníamos en ese momento.

El susurro de la puerta del ascensor al abrirse nos devolvió a la realidad y nos dirigimos hacia nuestras respectivas habitaciones, las cuales estaban en direcciones opuestas.

—¿A dónde crees que vas?

Él se detuvo. —¿A mi habitación? —preguntó confundido.

—Solo no —le ordené, e hice un gesto con la cabeza para que me siguiera—. No nos separamos. No puedo cuidarte si no estoy presente.

Aidan me siguió de cerca y no dijo nada cuando entramos a mi habitación. Tenía el contenido de mi maleta afuera y encima de la cama. Ni me molesté en doblar o en acomodar nada. Solo arrojé todo en la maleta y la cerré.

—Ni una palabra —le advertí a Aidan cuando noté esa mueca burlona mientras salíamos de mi habitación.

Esperaba encontrar un desastre en su habitación, pero quedé sorprendida al ver que tenía su maleta ya hecha.

—¿Por qué…? —comencé.

—El equipo siempre se hospeda en un hotel desde el día antes de un partido —explicó—. A veces pasamos la noche después del partido, o a veces regresamos a casa de inmediato. Después de tantos años me he dado cuenta de que es más práctico tener la maleta lista para irse en todo momento.

—Vale —dije, tomando un aliento profundo y sacudiendo mi cabeza para despejarla.

No nos dijimos nada de regreso al coche ni al conducir de regreso al aeropuerto privado

donde estaba el jet del Grupo Crown. La ciudad quedaba atrás, una amalgama de luces y sombras que se desvanecían en el retrovisor.

La silueta de Aidan apenas se delineaba por la luz intermitente de los postes al pasar. El ambiente en el coche poseía una tensión palpable, una mezcla de adrenalina, miedo y determinación. A pesar de la velocidad, el tiempo parecía dilatarse, y la puta carretera no tenía fin.

Entre la concentración en la carretera y la vigilancia constante del entorno, mi mente no podía evitar divagar hacia los "qué pasaría si". ¿Y si no hubiéramos logrado escapar? ¿Y si nuestra suerte se agotaba? Cada posibilidad se desplegaba en mi cabeza como una película de terror.

Cuando llegamos nos recibió el rugido de los motores del avión llenando el ambiente. El lujo del interior del avión contrastaba con el caos que acabábamos de dejar atrás. El cuero suave de los asientos, la luz tenue que creaba un ambiente cómodo e íntimo, y los asientos de avión más cómodos que conocía… Joder, amaba viajar en esa cosa.

Me acomodé en un asiento junto a la ventana, el vidrio frío al contacto con mi mano, y mi reflejo me devolvía una mirada cansada. Las luces de la ciudad a lo lejos, con su brillo intermitente, me parecieron luciérnagas bailando en la oscuridad.

—Puedes usar el camarote privado —le dije a Aidan, indicándole con la cabeza hacia el pasillo detrás de mí—. Yo me quedaré aquí.

—Yo pensé que…

—Trata de descansar, Aidan —le dije al apoyar la cabeza contra el asiento—. Aquí estarás a salvo.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, una chispa eléctrica saltó entre nosotros.

Él solo asintió y se fue.

El cansancio por fin se apoderó de mí, y mis párpados se volvieron pesados cuando el avión comenzó a moverse. Mi mente divagaba hasta que ya no pudo más.

Fui arrastrada al mundo de los sueños, donde la realidad y la ficción se entrelazaron. Las imágenes de Aidan y yo, en situaciones diversas, me inundaron.

Un sobresalto me sacó de mis sueños, el avión había atravesado una turbulencia. Mis ojos se abrieron de golpe y me percaté de una suave manta sobre mí. La calidez de la cobija y el considerado gesto detrás de ella hicieron que una sensación reconfortante se apoderara de mí.

—Veo que te has despertado —dijo una voz familiar.

Alzando la vista, encontré a Aidan sentado frente a mí, observándome con sus penetrantes ojos que, en ese momento, parecían esconder un océano de sentimientos.

—Estaba más cansada de lo que pensaba —confesé, sin poder evitar una sonrisa—. ¿Tú…? —pregunté al levantar un poco la cobija.

—Sí —respondió con una media sonrisa—. Estabas temblando en tu sueño. No me parecía

adecuado dejarte ahí, no después de que me salvaras el pellejo otra vez.

Mi corazón se volvió un caballo desbocado queriendo tirar a su jinete.

—Gracias, Aidan. Eso fue… —busqué la palabra adecuada mientras él aguardaba con una expectación palpable—. Inesperado.

Sus ojos brillaron con un atisbo de diversión. —¿Qué pasa? ¿Pensabas que el *quarterback* famoso solo pensaba en sí mismo?

Reí, y aquella electricidad entre nosotros regresó a llenar el ambiente, cargado de una conexión que no había sentido en mucho tiempo.

—Quizás en otro momento lo pensé —confesé—. Pero ahora… No sé, han pasado tantas cosas.

Aidan suspiró, retorció la boca, y luego sonrió. —Hay algo que olvidaste mencionarme, Katsumi.

—¿Qué?

—¿Dónde está el licor en este avión?

Dejé salir una carcajada. Debía reconocer que yo también necesitaba un trago.

—Espera —me puse de pie, giré y dejé la cobija encima del asiento—, iré por…

El avión se agitó por una turbulencia que me hizo tropezar y caer de espaldas.

Justo encima de Aidan. Él me abrazó de la cintura, y yo giré la cabeza para alcanzar a mirarlo a los ojos.

—¿Estás bien? —susurró.

Pude sentir el calor de su aliento mezclándose con el mío, y mis pensamientos se disiparon, quedando solo ese momento, esa conexión.

Mi piel se erizó, y un deseo ardiente, uno que había reprimido durante mucho tiempo, burbujeó desde lo más profundo de mi alma y llegó hasta la superficie.

Estaba atrapada en ese magnetismo que irradiaba de él.

Un leve temblor en mis labios traicionó mi ansiedad, y en respuesta, una mano de Aidan se alzó para enmarcar mi rostro.

Sus dedos acariciaron la línea de mi mandíbula. Un relámpago lleno de potencia me atravesó el cuerpo y mató todo pensamiento en mi cabeza, dejando vivo solo un impulso, un deseo, una necesidad.

Sus ojos buscaron los míos, buscando permiso, una señal.

Y yo se la di.

Al acercarse, cerré mis ojos, sintiendo cómo la distancia entre nosotros se redujo hasta que solo nos separaba el aliento agitado escapando de nuestras bocas.

Nuestros labios se encontraron.

Fue suave al principio, exploratorio, como si estuviéramos descifrando el lenguaje secreto que nuestros cuerpos tenían entre ellos y que no necesitaba recordar.

Pronto, ese beso se volvió más profundo, más intenso, alimentado por toda la pasión y el deseo que había reprimido.

Y la manera en que él me besaba. Su hambre, su necesidad, su deseo… Supe que no había vuelta atrás.

Sus manos me abrazaron con una firmeza exquisita que me hizo moverme encima de él, acomodándome para que mi culo se acomodara mejor contra su pantalón.

Nuestros cuerpos parecían estar hechos uno para el otro, por la facilidad con la que me acomodé y disfruté sus roces contra mí, como si quisiera escapar y esconderse dentro de mí.

Sus manos encontraron mis pechos, y gemí dentro de su boca cuando metió las manos bajo el vestido y sujetador, aferrándose a mis pechos con ambas manos, dando inicio a un exquisito masaje con la justa presión para volverme más loca.

Y con mis manos encima de las suyas y mi culo poniéndolo más duro, grande y caliente las cosas se salieron de control.

Deslizó una mano sobre mi cuerpo, bajando hasta mi vientre, y cuando sentí que tiraba de mi vestido y revelaba más de mis piernas me puse de pie.

Aidan me miraba confundido, pero luego sonrió cuando me lamí los labios.

Cogí los tirantes del vestido y lo deslicé hacia abajo. Una parte de mí quería que me desvistiera de él lo más pronto posible para ya sentir el cuerpo de Aidan contra el mío, pero la otra quería que aquel momento durara tanto como fuera posible.

Me quité el vestido ni muy rápido, ni muy despacio. Quedé ante él solo con la tanga negra que me había puesto, y le miré a los ojos cuando me quité el sujetador.

Le ofrecí la mano, y él la cogió. Le llevé hasta el camarote del avión y le esperé en la puerta para cerrarla luego de que él pasara.

Las luces estaban apagadas, y la única luz que entraba era la de la luna por las ventanillas del avión. Aquello era toda la iluminación que necesitábamos.

Mis entrañas ardían, y mi respiración estaba más agitada de lo que alguna vez lo había estado al mirar a Aidan quitarse la camisa.

—Detente —le ordené cuando se había desabrochado el cinturón.

Miré a sus ojos, que parecían brillar entre la oscuridad, y luego me acerqué despacio hasta estar justo ante él.

Reí un poco. —Aidan, esto…

—No te atrevas a decir que es un error —susurró.

—Pero lo es, Aidan… —extendí las manos hacia su pantalón, abriéndolo y bajando despacio la cremallera—. Tú y yo no deberíamos…

—Joder, Katsumi —gruñó cuando metí la mano bajo su bóxer y le masajeé el miembro con la suficiente presión para hacerlo estremecer.

—Pero no me puedo controlar contigo, maldita sea —cerré los ojos y pegué mi frente contra la suya—. Aidan.

—Te necesito, Katsumi —susurró entre gruñidos antes de levantarme y arrojarme encima de la cama.

Le miré mientras me despojaba de mis bragas, y le abracé la cadera con mis piernas cuando se colocó ante mí.

Cuando me hizo suya la explosión de éxtasis fue acompañada por una sensación de plenitud que no esperaba sentir. Como si el vacío que había tenido en mi alma toda la vida por fin estuviera siendo llenado con cada embestida llena de pasión.

Jamás había gritado con semejante alivio como cuando me llenaba por completo. Nunca había gemido con tanta intensidad como con las exquisitas vibraciones y explosiones en mis entrañas que sus movimientos provocaban.

Usé todas mis fuerzas para empujarlo hacia mi lado con la intención de dejarlo acostado de espaldas y yo encima de él… Pero la puñetera cama era de tamaño individual, y Aidan cayó hasta el suelo.

—¡¿Estás bien?! —grité entre risas al mirarlo retorcerse.

Estaba riendo cuando extendió su mano hacia mí y tiró de mi brazo, haciéndome caer encima. Seguíamos riendo mientras me acomodaba a horcajadas y descendía sobre su miembro, llenándome de él.

Las risas se mezclaron con los gemidos y gruñidos mientras me movía con él llenándome por completo.

Dejé que mis caderas se movieran por su cuenta, hacia delante y hacia atrás, llegando a un ritmo ideal para hacerme gozar como nunca.

Aidan me sujetaba el culo fuerte, y aquello me hizo acelerar mis movimientos.

—¡Katsumi!

—¡Aidan! ¡Joder, Aidan!

Él gruñó, y cuando lo hizo cerré los ojos. Lo que siguió fue más que un orgasmo intenso. Fue un terremoto que me sacudió hasta el alma. Fue una explosión que me dejó frita por dentro.

Y cuando su miembro disparó en mi interior causó una sobrecarga de todos mis sentidos y sensaciones que provocó una tensión en todo mi cuerpo que me dejó temblando mientras su calidez me llenaba y se esparcía por todo mi interior.

Aidan me envolvió con sus brazos, y cuando sentí su aliento contra mi frente y el beso

cariñoso que me dio, me restregué contra su pecho desnudo.

—Te extrañé, Katsumi —susurró.

Cerré los ojos. —Yo también, Aidan.

Capítulo 15.

Aidan

—¡No es suficiente, detective! Necesitamos respuestas y las necesitamos ya —dijeron los gritos fuera de mi habitación que me despertaron.

No pude contener la sonrisa. Aquellos gritos llenos de furia solo podían venir de una persona.

Me senté en la orilla de la cama y traté de escuchar las palabras de Katsumi, pero lo que sea que le hayan dicho la tranquilizó lo suficiente como para dejar de desgastar esas cuerdas vocales que tanto trabajaron anoche en el avión, en el ascensor de mi edificio, y varias veces durante la noche.

Joder, me palpé los huevos para asegurarme que no estuvieran marchitos. Miré la cama, deshecha y cálida, y mi corazón se llenó de calor al mirar el espacio vacío que ella ocupó toda la noche. La luz que entraba por la ventana daba en ese lugar, como si el mismísimo Dios me estuviera dando una señal.

—¡No, no me pida paciencia! —volvió a gritar, y esa vez reí— Si el FBI quiere su cooperación, más le vale que se la dé.

Me froté la cara mientras me dirigía al baño. Mojé una mano y la pasé por mi cuello, recordando las sensaciones de la noche anterior.

—Está bien —escuché que decía Katsumi, su voz temblorosa, pero aún firme—. Pero espero resultados pronto.

Aquel tono tembloroso fue el golpe de realidad que rompió la burbuja en la que estaba viviendo. Sí, la noche anterior había sido nada menos que espectacular, pero no podía negar que estaba cagándome de miedo.

—Alguien te quiere matar —le dije a mi reflejo en el baño.

No pude mirarme por más de un momento. Me asomé fuera del baño y por la puerta abierta de la habitación hacia la pecera en mi sala.

Ahí estaba ella. De espaldas a mí, como Dios la trajo al mundo, con el sol de la mañana haciéndola deslumbrar. Tenía una mano entre el cabello y con la otra sujetaba el móvil.

Di un paso afuera de la habitación, y ella dio la media vuelta.

—Ninguna noticia, ¿verdad? —murmuré.

Katsumi asintió, pasándose la mano por el cabello, y sentí mucho orgullo al saber que fui yo quien la despeinó anoche.

—Nada —dijo llena de frustración e ira reprimida—. Como si nos hubieran disparado fantasmas.

—Joder, ¿Casper me quiere muerto?

—O uno de sus tíos —me contestó con una mueca que se notaba era forzada.

—Con la cantidad de gente que me quiere ver en problemas, sorprende que no tengan al menos una docena de sospechosos —le dije al cogerle la mano.

Ella me devolvió una mirada reprobatoria, pero pude notar cómo el rabillo de sus labios se torcía en un leve intento de sonrisa.

Fue cuando detecté el aroma del café recién hecho.

—¿Usaste mi cafetera para preparar café? —le pregunté con una sonrisa.

—No la voy a usar para hacer chocolate, tonto —ella sonrió al dirigirse a la cocina.

Me dirigí hacia ella y la abracé por la espalda. Su silueta había cambiado con el tiempo, pero seguía siendo Katsumi.

Mi Katsumi.

—Joder, de verdad usaste mi cafetera —dije al mirar el aparato emanar vapor y aroma exquisito.

—¿Por qué te sorprende tanto? —me reclamó al mismo tiempo que se apoyaba más contra mí— Sé usar una estúpida cafetera.

—Me sorprende porque ni yo la sé usar —dije entre risas—. Esa cosa es como un artefacto de una nave espacial alienígena que solo Nancy sabe usar.

Katsumi soltó una carcajada, y noté la reacción de su cuerpo cuando deslicé mis manos sobre su cintura al mismo tiempo que emitió un gemido sutil.

—Me encantan los ruidos que salen de tu boca cuando te toco —susurré en su oído, deslizando mis dedos sobre su brazo hasta llegar a la piel expuesta de su cuello. Su respiración se volvió más agitada, y por poco pierdo el control una vez más.

—Aidan, esto… esto no es profesional —protestó, aunque no se alejó.

—Tal vez deberíamos dejar de intentar serlo por un momento —repliqué sin pensarlo.

Ella se giró para enfrentarme, con esos ojos intensos que hacían que mi cerebro dejara de funcionar mientras lo hacía. —¿Para que vuelvas a dejarme?

Tragué saliva mientras la culpa pinchaba mi corazón, amenazando con despedazarlo.

—Pediré disculpas tantas veces sea necesario —le dije—. Pero…

—¿Pero qué?

—Pero capté la indirecta.

Sus ojos se entornaron, y se alejó un paso de mí. —¿Cuál indirecta?

Resoplé y negué con la cabeza, tratando de cogerla de las caderas de nuevo. —Es historia antigua. No tenemos que…

—¿Cuál indirecta, Aidan? —ella repitió, y parecía cabreada— No seré la chica más femenina, pero estoy segura de que no te di indirectas sugiriendo que no quería esperarte.

Aquellas palabras me dieron como piedras en la cara. —Te llamé, Katsumi —le dije sonriendo—. Te llamé, y no me contestaste.

Sus ojos se abrieron sorprendidos. —¿Cuándo me llamaste?

—Una semana después de irme —le dije al pasar junto a ella antes de sacar un par de tazas —. Te llamé, y no me contestaste. Ni siquiera me dio la opción de dejarte un mensaje.

Ella se giró hacia mí, boquiabierta. —Aidan, nunca recibí una llamada tuya.

Reí, y serví dos tazas. —Es historia antigua, Katsumi —le dije al sacar el azúcar y la crema —. Pude haberte insistido, pude haberte buscado, pude haber hecho muchas cosas, pero no las hice.

Le puse azúcar a mi café, y luego bastante crema en el suyo. Revolví el polvo, luego deslicé su taza hacia ella.

Sus ojos entornados no dejaban de examinarme cuando cogió su taza. La sonrisa que dibujaron sus labios tras darle un sorbo fue la misma que años atrás.

—Lo recordaste —susurró al mirar su café.

—Nunca fue mi intención lastimarte, linda. Solo quiero que sepas que no cometeré el mismo error dos veces. —confesé, buscando sinceridad en cada palabra.

Katsumi suspiró, acercando su cara a la mía, rozando apenas mis labios con los suyos. —Tienes que demostrarlo, no solo decirlo.

Mi corazón latía con fuerza. —Tienes razón, no basta con palabras —acorté la distancia entre nosotros—. Por fortuna, soy un hombre de acción.

Podría pasarme perdido en sus ojos toda la vida. Seguían siendo el mismo pozo de emociones que recordaba, y me perdía en ellos con una facilidad que jamás había tenido con nadie. El deseo, la incertidumbre, la esperanza… Todo era visible allí, y sabía que ella leía las mismas emociones en los míos.

—Entonces, ¿qué propones? —desafió, pero su postura revelaba que estaba dispuesta a escuchar.

Me acerqué hasta que nuestros labios estuvieron a punto de rozarse. El calor entre nosotros era palpable. —Que me dejes demostrártelo. Cada día, con cada acción.

Ella rio antes de dar un paso hacia atrás. —Suena a que me estás pidiendo matrimonio —dijo antes de darle un sorbo a su café.

Solté una carcajada. —Vale.

Katsumi se atragantó con su trago. —¿Es en serio?

No dije nada. Me quedé inmóvil mientras seguíamos mirándonos a los ojos. Ambos estábamos desnudos, pero era la segunda vez que me sentía expuesto ante aquella mujer.

Ya me había casado antes, pero la idea de hacerlo con Katsumi me llenaba de una emoción y alegría que no conocí con ninguna de mis exesposas.

Joder, ni siquiera recordaba la boda con una de ellas.

Pero ella, Katsumi, yo la quería a mi lado, y la idea la tenía espantada como si hubiera visto un fantasma.

"*Aunque no ha huido por su vida,*" pensé.

—Katsumi…

—Contéstame, Aidan —su voz estaba temblorosa de nuevo. Dejó el café en la mesita que tenía a su lado—. Y contéstame en serio, hijo de perra, porque si esto es una…

Antes de que pudiera continuar, reclamé sus labios con un beso que tenía una pasión reprimida. Era una promesa de que no volvería a cometer el mismo error, de que la valoraría como se merecía.

En ese momento le di gracias a Dios que ambos siguiéramos desnudos.

La llevé hasta el sillón, y antes de que pudiera sentarme ella me empujó y se sentó encima de mí, rozando mi miembro con su entrepierna y manteniéndome a la expectativa de en qué momento me guiará a su interior.

—Dime la verdad, Aidan Foster —susurró, moviendo sus caderas con una sutileza que provocaba las más exquisitas cosquillas en la punta de mi miembro por el contacto con su sexo —. ¿Estás pidiéndome matrimonio?

Sonreí, cediendo a la urgente necesidad que tenía de estar dentro de ella y empujando mis caderas, pero ella rio y se levantó apenas lo suficiente para evitar que le penetrara.

—Joder, mujer.

—Contéstame —dijo a regañadientes y bajó, solo un poco, apenas lo suficiente para que estuviera a punto de dejarme entrar.

Joder, ya necesitaba que fuera mía. Mi cuerpo me lo pedía a gritos. Mi miembro estaba a punto de reventar o de prenderse en fuego o las dos cosas.

—Sé mía, Katsumi —le susurré, cogiéndole las caderas con firmeza—. Sé mía en este momento, y todos los momentos que nos quedan de vida.

Rio, y soltamos las riendas de nuestros cuerpos. Jamás había follado con tanta intensidad, con tanto deseo, con tanta pasión.

Era como si lleváramos años sin sexo, y en ese momento estuviéramos desahogándonos los

dos.

"*Esto no es sexo,*" pensé al mirarla a los ojos cuando la acosté en el sillón, y subí sus piernas a mis hombros. "*El sexo no le hace justicia a lo que estamos haciendo*".

No necesitaba preguntarle nada. Mi cuerpo sabía bien cómo moverse para hacerla gemir, para sacarle aquellos gritos de placer que hacían a mi corazón palpitar como si quisiera escapar de mi pecho.

Las gotas de sudor que aparecieron en nuestras pieles parecían pequeños diamantes deslumbrando con la luz del sol matutino que nos envolvía.

Sus gemidos se volvieron más cortos y frecuentes, y mis entrañas estaban al borde de explotar. Empujé con todas mis fuerzas, como si mi vida dependiera de desahogarme en lo más profundo de su ser.

Sus piernas se abrazaron de mis caderas, y sus uñas se enterraron en mi espalda cuando gritó y se sacudió contra mí mientras yo hacía lo mismo, vaciándome en su interior, y aquello fue como si nuestras almas se mezclaran.

Ella me miró, y sus ojos parecían estar a punto de reventar con lágrimas. —Eso seguirá hasta que se te atraviese una supermodelo o alguien mucho más hermosa que yo, ¿verdad?

Riendo, le respondí: —Disfrutaré demostrándote lo contrario. Porque nadie, por muy supermodelo que sea, puede competir con lo que tenemos.

Ella apoyó su frente contra la mía con sus ojos cerrados mientras procesaba todo. —Aidan, estás loco.

—Lo sé. Pero estoy dispuesto a apostar a que no soy el único loco en este lugar.

Ella sonrió, y suspiró al acariciarme la mejilla. —No me voy a casar contigo, idiota —me besó, y luego pegó su frente a la mía—, pero… Sí aceptaré que me lleves a cenar. Tienes tu segunda oportunidad. No la desperdicies.

No necesitaba más palabras. Ese momento, con el aroma del café llenando la habitación y la luz del amanecer bañándonos tras hacer el amor, era perfecto, y no quería que terminara jamás.

Capítulo 16.

Katsumi

—¡Joder! ¡Qué rico huele! —exclamé al entrar a la sala de juntas en el Grupo Crown.

El aroma del sushi y de los panecitos orientales me envolvió en cuanto crucé el umbral, volviéndome una esclava de esas fragancias cuando se colaron en mis fosas nasales.

Escuché las risas de Robert sentado en el extremo opuesto de la mesa larga. —Por el olor, diría que Claudia ha superado sus propias expectativas —dijo al dar un vistazo a la mesa en el extremo de la sala de juntas repleta de delicias.

—Aunque, ¿sushi? ¿A esta hora de la mañana? —pregunté al acercarme a robar un rollo dulce que había logrado seducirme con su aspecto apetitoso.

Robert regresó la vista a su portátil y me obsequió una de esas sonrisas suyas que tenían el don de tranquilizar a cualquiera y que había convertido a muchos en su aliado, incluso cuando sus palabras podían ser afiladas como cuchillas.

—Nunca es mala hora para sushi —dijo Robert con un tono sarcástico que reconocí al instante.

—¿Para quién es todo esto?

Robert respiró hondo, cerró la pantalla de su portátil y se frotó los ojos. —Una oportunidad de negocios de último momento —se puso de pie y sacudió la cabeza—. Un magnate de la televisión japonesa está buscando un socio para expandir su público a este lado del planeta, y vino a tocar a nuestra puerta.

Reí. —¿Ahora quieres ser dueño de una cadena televisiva?

—Una cadena de televisión *en Asia* —aclaró—. Es el único continente en el que el Grupo Crown no tiene presencia.

—Con esta bienvenida el tío seguro querrá hacer negocios contigo.

—Bueno, sé que ha viajado toda la noche y en este momento es tarde en Japón, así que supuse que no importaría qué hora de la mañana sea aquí, él querría algo de comer.

Asentí. Debía reconocer que Robert sabía muy bien hacer sentir como en casa a cualquier persona dentro de su compañía.

—¿Tienes un momento? —le pregunté, intentando suprimir el nudo en mi estómago por el tema que necesitaba tratar con él.

—Estoy liado en este momento —me dijo, volviendo su mirada al portátil—. Pero… Claro, ¿qué tienes en mente?

Estuve tentada de restarle importancia a lo que tenía que decir, de permitirle terminar su tarea y hablar en otro momento. Pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y la nueva asistente de Robert se adelantó con una rapidez que no le conocía.

—El señor Okabe ya está aquí, Robert —dijo con voz apremiante.

—Maldita sea —dijo Robert con una sonrisa—. Lo siento, Katsum…

Su voz pareció escucharse cada vez más lejos mientras mi corazón dejaba de latir por un instante.

Todos los nervios que había contenido por mi conversación pendiente con Robert se vieron eclipsados por el mero hecho de escuchar ese apellido.

Okabe.

Una ola de conmoción me recorrió, helando mi sangre y tensando cada músculo de mi cuerpo.

Las emociones que desencadenó ese nombre resultaron difíciles de describir: sorpresa, miedo, y un antiguo resentimiento que ardió como si recién lo hubieran encendido. Las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta, y por un instante, el mundo pareció desvanecerse a mi alrededor.

—¿Tu reunión es con el dueño de SakuraNet? —pregunté mientras hacía lo posible para contener la ira que hervía en mi interior.

Apenas acababa de soltar la pregunta cuando escuché que alguien se detenía en el umbral de la puerta.

Giré despacio, y mi atención se dirigió a la figura detenida ante la puerta.

Era un hombre de aspecto duro como el diamante y con una mirada fría como el invierno más cruel. Su rostro arrugado y desgastado por el tiempo no lo hacían parecer menos indomable e impenetrable.

Su cabeza calva brillaba con la misma frialdad que su mirada. El aspecto de su piel era lo único que parecía indicar la presencia de su enfermedad, pues aparentaba ser un anciano imponente.

Ver a Toshiro detrás de aquel hombre confirmó su identidad. Igual que mi hermanito, solo lo había visto en fotos viejas.

La asistente, notando mi agitación, se apresuró a presentarlos: —El señor Kenzo Okabe y el señor Toshiro Kimura.

Miré de reojo a Robert, y él ya tenía sus ojos fijos en mí, sin duda notando lo tensa que estaba. Sus ojos se desplazaron hacia el rostro sorprendido de Toshiro, el de Kenzo, y el mío.

—*Okabe–San* —Robert se acercó al viejo, luego se detuvo y le hizo una pequeña reverencia antes de estrecharle la mano—. Bienvenido a Ciudad del Sol.

—Señor Darcy —su voz grave, rasposa y de un acento muy marcado—, me honra con su

hospitalidad.

El viejo me miró de reojo.

—¿Se conocen? —dijo Robert antes de que pudiera decir algo, aunque su tono denotaba que era más afirmación que pregunta.

El silencio se expandió, pesado como una losa. Tragué saliva, intentando recuperar la voz.

Retorcí la boca sin ocultar mi desdén. —Hola, abuelo —miré a Kenzo, luego a Toshiro—. Hermanito.

Las palabras sonaron más frías y distantes de lo que había pretendido, pero reflejaban el cúmulo de emociones que me asaltaban.

—Eres idéntica a tu madre, Katsumi —la voz de Kenzo era como uñas en un pizarrón, aunque la frialdad en su mirada pareció desaparecer un poco.

Toshiro tenía una expresión neutra mientras guiaba a nuestro abuelo a una silla.

—Le recomendaría que no pierda su tiempo buscando un asiento —dijo Robert.

El rostro de Kenzo se mostró incrédulo, como si no hubiera sido posible lo que acababa de escuchar. —¿Disculpe?

—Creo que fui bastante claro —giré hacia Robert y había un incendio en su mirada que me dejó sin palabras—. Pero puedo serlo más: retírese de mi edificio y de mi vista.

La indignación se dibujó en el rostro de Toshiro. —¡Esto es indignante! Hemos viajado miles de kilómetros…

Robert le cortó: —No tengo ningún interés en hacer negocios con alguien que convence a una madre de abandonar a su propia hija. De haber sabido desde un principio con quién estaba tratando, nunca habría aceptado esta reunión.

Aquel enfrentamiento hizo que cada fibra de mi ser vibrara con una mezcla de agradecimiento hacia Robert, y al mismo tiempo me dejó sin palabras.

La tensión en la sala era palpable, y por un instante, todo se sumió en un caótico silencio.

—Señor Darcy —mi abuelo dijo, caminando hacia Robert y deteniéndose ante la mesa de la sala—, me temo que le han informado mal respecto a una situación familiar, delicada y privada.

Robert sonrió mientras miraba a mi abuelo a los ojos. —*Okabe–San*, me temo que quien está mal informado es usted —dijo, en japonés casi perfecto.

Lo miré como lo haría a algo fantástico ante mis ojos. Un unicornio, un conejo verde, un puñetero dragón. "*¿Acaso Robert habló japonés?*"

—Yosuke Ono fue mi maestro y un importante amigo para mi familia —continuó.

Al escuchar la mención de mi padre por parte de Robert, sentí una punzada de sorpresa y nostalgia en el corazón.

No fue el caso de mi abuelo. El viejo parecía que le habían arrojado mierda en la cara.

Pero mantuvo su ira bajo control mientras giraba hacia mí.

—¿Podemos hablar, Katsumi? —me preguntó en su lengua natal.

Las emociones se arremolinaban dentro de mí, reprimidas desde hace mucho tiempo.

—Ya sé lo que me vas a preguntar —le contesté, luego miré a mi hermanito—, y él ya conoce la respuesta.

Toshiro y mi abuelo se miraron por un momento, y mi hermano bajó la cabeza. No supe distinguir si fue por vergüenza o respeto.

Mi abuelo suspiró, se giró hacia Robert, hizo una reverencia, y se retiró. Toshiro solo lo siguió luego de lanzarnos una mirada cargada de odio.

La sala se sentía más grande de repente. Apoyé la mano en el respaldo de la silla más cercana y apreté con todas mis fuerzas para contener la tristeza, rabia, nostalgia, y miles de emociones más que luchaban por liberar lágrimas que juré jamás soltar por esa estúpida familia.

—¿Estás bien, Katsumi? —escuché a Robert. Sus palabras me sacaron de mis pensamientos, y me di cuenta de que estaba a mi lado. Cuando lo miré, puso su mano en mi hombro.

Suspiré y miré hacia arriba un momento antes de sonreír. —¿Desde cuándo hablas japonés? —dije, tratando de enterrar en lo más profundo de mi ser toda esa rabia, indignación, tristeza y otras cosas que giraban en mi interior.

Robert soltó una risa suave, —Te dije que algún día aprendería.

—Lo hablas muy bien para haberlo aprendido en unos días.

—Estaba esperando el momento correcto para sorprenderte con ello —esa confesión, acompañada de su sonrisa traviesa, provocó un pequeño suspiro de risa en mí.

—Pues considérame sorprendida.

Sin darme cuenta, mi mente vagó por un momento hacia Aidan. Pensé en la confusión y duda que había sentido ayer y cómo esas sensaciones se habían intensificado después de este encuentro con mi familia.

Pero ahora no era el momento de sumergirme en esos pensamientos.

Robert me devolvió a la realidad con una pregunta suave. —¿De qué querías hablar?

Titubeé por un segundo. Después del torbellino emocional que acababa de experimentar, todo lo demás parecía trivial.

—No es nada —susurré, aunque sabía que tendría que enfrentar ese tema tarde o temprano —. Puede esperar. Esto fue…

—Lo sé —Robert se quitó la chaqueta y la dejó en la mesa—. ¿Ahora quién se comerá todo ese sushi?

—Eso no es un problema, Ro —dije entre risas, luego pegué un chiflido hacia la puerta, lo que hizo que la asistente de Robert se asomara— Diles a todos que vengan por sushi —le

ordené.

Ella miró a Robert, confundida, pero luego sonrió y se fue de la sala.

—Hace días que no nos subimos al ring —dijo con un tono animado—. ¿Qué te parece si nos tomamos unos cinco o seis *rounds* para desahogar lo que tienes?

Suspiré. —No tienes que hacer eso por mí —le dije con un tono un poco más sombrío de lo que acostumbraba—. Estaré bien.

—No lo hago porque *tenga* que hacerlo —Robert puso una mano en mi hombro, y cuando levanté la cabeza nuestras miradas se encontraron—. Lo hago porque *quiero* hacerlo.

Asentí y suspiré. —Vale, tú eres el jefe.

—No, Katsumi —me corrigió antes de abrazarme—. Soy tu amigo.

Capítulo 17.

Aidan

—¿Listo para esto? —preguntó Nancy con una mezcla de seriedad y preocupación en su mirada.

—Hermanita, yo nací listo.

Ella entornó los ojos. —O sea no lo estás.

—¡Me va a entrevistar mi exesposa! —le reclamé— ¡¿Cómo diablos se prepara para eso?!

—Vale, vale —Nancy se cruzó de brazos—. Hoy estás muy sensible. ¿Te pasó algo anoche?

"*Que si me pasó algo anoche*" pensé, y me di cuenta demasiado tarde que estaba sonriendo como un idiota, pues Nancy lo notó y soltó una carcajada.

—¿Katsumi? —preguntó.

Abrí los ojos de par en par. —¡¿Cómo…?!

—Soy tu hermana, pedazo de animal —Nancy negó con la cabeza, y luego miró al asistente de producción, que estaba haciéndonos señas de que estaban listos para nosotros.

La noche anterior, envuelto en los brazos de Katsumi, la vida era más sencilla. Podía olvidarme de los balazos y de los compromisos de ser entrevistado por mi exmujer. Joder, la complejidad de la vida se podía ir a la mierda.

Pero la realidad tiene maneras de golpearte fuerte, tal y como lo estaba haciendo en ese momento.

Intenté sonreírle a Nancy, buscando en su presencia algo de la serenidad que necesitaba. Ella siempre había sido mi roca, sobre todo en momentos como este.

Pero mi mente seguía divagando hacia Katsumi, hacia la pasión desenfrenada que compartimos, un contraste marcado con la relación que una vez tuve con Esmeralda.

Con Katsumi, era todo fuego y deseo, una conexión física que trascendía lo emocional, mientras que con Esmeralda… Digamos que teníamos el mal hábito de complicar sin necesidad las cosas con tal de mantener apariencias.

—Aidan, concéntrate —insistió Nancy, notando cómo me había perdido en mis pensamientos.

Sacudí la cabeza, intentando despejarla. Mi hermanita tenía razón; necesitaba estar presente, enfocarme en el aquí y ahora, no en los recuerdos de una noche que, aunque intensa, no podía cambiar mi situación actual.

—Lo siento, Nancy —murmuré, agradecido por su paciencia. —Estoy listo.

Era imposible no mirar a Esmeralda cuando estaba en la habitación.

Su melena rubia siempre había sido tan radiante como el sol. Antes me recordaban a los campos de trigo cerca del pueblito donde creció mi abuelo, pero en ese momento solo me hacían pensar en el brillo de oro falso.

Seguía siendo una belleza que me dejaba boquiabierto, pero, aunque antes su piel me parecía tan hermosa como la porcelana, en ese momento me parecía tan fría como el hielo.

Su apariencia seguía siendo impecable, y alguien que no la conociera se dejaría engañar por cada rasgo bien cuidado y cada curva mantenida con el mayor de los cuidados.

Pero, para mí, detrás de ese espejismo de perfección, estaba la presencia venenosa de una mujer cuyo mundo solo podía abarcar lo que ella quería.

A pesar de saber de antemano que ella sería la reportera, confrontarla cara a cara me retorcía las entrañas como aquella última vez que la vi cuando firmamos nuestro divorcio.

Su profesionalismo era palpable, pero conocía bien esa mirada que me lanzó, y me consoló saber que no era el único que estaba ahí por la fuerza.

—Hola, Esme —le saludé, y ella sonrió. Solo sonrió.

En ese momento supe que estaba frito.

—Estamos listos, señorita Nogueira —le dijo alguien detrás de mí.

"*Aquí vamos,*" pensé.

—Aidan, ¿cómo te sientes al volver a la cancha con un nuevo equipo? —su mirada estaba fija en mí, con una intensidad familiar y una mueca que siempre hacía cuando quería convencerme de algo, o hacerme una broma pesada, o tener sexo, o las tres cosas.

—La verdad, Esmeralda, es como conocer a un nuevo amigo. Claro, hay nervios, pero Ciudad del Sol ha sido muy acogedora y las experiencias que he tenido hasta el momento han sido bastante placenteras —respondí, intentando mantener el tono ligero, pero fui incapaz de sacarme a Katsumi de la cabeza mientras hablaba.

Esmeralda asintió como si estuviera leyéndome los pensamientos.

—¿Te ha parecido placentero que te intentaran matar? —su pregunta me golpeó como lo hubiera hecho un jugador del equipo contrario si tuviera la oportunidad.

"*Debí suponer que tocaría este tema,*" me reproché.

—Cada experiencia, buena o mala, es una lección, ¿no crees? —le dije.

—¿No te preocupa?

—El Señor Darcy tiene un gran equipo de protección para mí y el resto del equipo —contesté tan relajado como pude, aunque seguía sin sacarme a Katsumi de la cabeza—, y tengo total confianza de que la policía de Ciudad del Sol encontrará al lunático que quiere mi trasero.

Miré a mi alrededor. Quizá Katsumi estaba por ahí y yo no me había dado cuenta.

—Entonces los fans de los Fulgores no tienen nada de qué preocuparse.

Era sutil, pero detecté algo de preocupación en sus palabras.

—De lo único que se tienen que preocupar es en cómo disfrutar al máximo el espectáculo que tenemos preparados para ellos esta temporada —dije con tanta confianza como pude—. Tenemos una defensa estelar, y la ofensiva que el entrenador Solinsky armó los dejará con la boca abierta.

Esmeralda sonrió y luego miró sobre mi hombro y asintió. La cámara que estaba detrás de ella y apuntaba a mí se apagó, y por fin pude respirar de alivio.

Nancy apareció detrás de mí y me envolvió en un abrazo.

—¿Ves? No estás muerto —dijo con una sonrisa.

—¿Eso fue todo? —pregunté susurrando.

—Esta mañana Nueva York hizo un intercambio con Los Ángeles, y eso está abarcando todas las noticias del día —me explicó.

Asentí, sintiéndome agotado pero agradecido.

Mientras la sala de prensa se iba vaciando conforme los trabajadores de la cadena televisiva se llevaban su equipo de grabación noté que Esmeralda recogía sus cosas con una calma que contrastaba con la agresividad que yo esperaba de ella.

Me acerqué como lo haría con un animal salvaje. —Gracias, Esme —le dije, y ella me lanzó una mirada confundida que me sacó una risilla—. Pudiste haber sido…

—¿Una perra? —me interrumpió.

Reí y asentí. —Es lo que esperaba luego de la última vez que nos vimos.

—¿Creías que iba a molestarme porque te largaste de mi apartamento después de pasar la noche? —su tono de voz perdió toda la calma y entusiasmo con el que me entrevistó.

"*Aidan, pudiste haber escapado sin discutir y sin incidentes, pero ¡noooo! tenías que ir a molestar a la tigresa,*" pensé.

—Estoy consciente de que quizá aquello pudo haberte dado la idea de que quería que regresáramos juntos, pero…

Esmeralda soltó una carcajada sonora, y rio tanto que tuvo que sentarse en la silla más cercana.

—No cambias, Aidan —dijo cuando al fin dejó de reírse—. Sigues creyendo que eres el mayor regalo que Dios le mandó a las mujeres de este mundo.

—Bueno, tienes que reconocer que tengo talento para…

—¿Follar? Sí, eso lo tienes de sobra, pero no por eso guardé esperanzas de volver contigo

aquella noche.

—¿No estás molesta por eso?

Ella negó con la cabeza y me acaricio la mejilla. —Hiciste lo que siempre haces, Aidan. Si te soy sincera, me hubiera sorprendido encontrarte ahí cuando me despertara. Ese día desperté, hice yoga, y seguí mi día sin pensar una sola vez en ti.

No tenía palabras. Debería estar aliviado, pero tenía ese raro presentimiento de que estaba por caerme un rayo, o un coche me atropellaría… Joder, o que intentarían llenarme de plomo.

—Bueno, qué bueno que no te hayas enfadado —dije con tono apenado y precavido—, pero, de todos modos, no debí irme así sin despedirme, y menos después de pasar la noche…

Esmeralda suspiró y negó con la cabeza. —¿Te vas a disculpar, Aidan?

—Eso intento.

Ella levantó la mirada, y la sonrisa paciente que tenía instantes atrás desapareció.

—¿Ah, sí? —su respuesta llegó teñida de sarcasmo, como si la seriedad de mi tono la divirtiera más que preocuparla. —¿Y por qué ahora? ¿Por qué no en uno de los mil momentos durante nuestro matrimonio cuando de verdad merecía una disculpa? ¿O quizá alguna de las veces en que me volviste a empotrar por los viejos tiempos?

—Esme…

—¡Ah! ¡¿Y la vez que te follaste a mi prima?! ¡En su despedida de bodas!

Sus comentarios me golpearon como mil bofetadas.

—Lo lamento, tanto lo que hice, y el no haberlo hecho antes —la sinceridad de mis palabras colgaba en el aire, esperando una acogida que temía no llegaría nunca.

Esmeralda sonrió, un gesto que no llegaba a sus ojos, y respondió con una ligereza que me desconcertó. —Aidan, he aprendido a aceptarte tal como eres, con todos tus instintos caninos y tus disculpas que solo dices por decir.

—Esmeralda, no es solo por decirlo. Realmente deseo que… —traté de continuar, como si existieran las palabras para borrar las tonterías de mi pasado.

—Aidan, déjalo ya —me cortó, pero esta vez su voz llevaba una suavidad que no esperaba —. He pasado página. Y creo que es hora de que tú hagas lo mismo.

Sus palabras fueron como una ducha de agua fría.

—¿Instintos caninos? ¿Acaso me ves como un perro?

Esmeralda suspiró, su mirada endureciéndose por un momento antes de responder. —Aidan, tú tranquilo. Eres un perrito muy bonito que no todo mundo sabe que no aprenderá trucos nuevos.

—Entiendo —murmuré—. Gracias por tu sinceridad, Esme.

—¿Y bien? ¿Ya tienes casa o apartamento en esta ciudad o iremos a follar a mi casa?

La miré a los ojos y negué con la cabeza. —¿Para añadir una cosa más a mi lista de cosas que no debí hacer?

Esmeralda arqueó una ceja, sonrió y asintió.

—¿Por qué siempre tienes que arruinar todo lo bueno?

Me di la vuelta antes de que sus labios emitieran alguna palabra que me causara más dolor del que ya me había causado.

La sala de prensa del Complejo Deportivo de los Fulgores quedó atrás, pero las palabras de Esmeralda siguieron haciendo eco en mi mente.

Al encontrarme con Nancy en el pasillo, la tensión dentro de mí buscaba una salida, y lamentablemente, ella estaba allí para recibirla.

—¿Todo bien? —preguntó, notando mi semblante sombrío.

—Esmeralda dice que arruino todo lo bueno, que soy como un perro que no aprende —expliqué, incapaz de ocultar la amargura en mi voz.

Nancy, se quedó callada, como si estuviera buscando las palabras qué decirme.

Lejos de consolarme, aquel gesto encendió una chispa de ira. —¿Así que estás de acuerdo con ella?

—No es que esté de acuerdo con ella, pero…

Ya no quise escuchar más. Me alejé de Nancy con brusquedad, dejándola con la palabra en la boca.

—¡Aidan! —llamó, pero yo ya estaba lejos.

Caminé sin rumbo, cada paso alimentado por la rabia hacia Esmeralda por sus palabras, hacia Nancy por no contradecirlas, pero, sobre todo, hacia mí mismo.

“Así que el del problema… soy yo”.

Capítulo 18.

Katsumi

—¿Así que Aidan intentó llamarte? —Isla lanzó la pregunta con una mezcla de curiosidad e ingenuidad, mientras el bullicio del restaurante envolvía nuestra mesa. Su interés brillaba con la luz del romance en sus ojos, esperando, quizás, una historia de amor como en las películas o esas telenovelas turcas a las que se había vuelto adicta desde que tuvo a su bebé.

Tomé un sorbo de mi vino, permitiendo que el líquido me diera un momento para pensar. —Eso dice, pero nunca recibí esa llamada —respondí con incredulidad y frustración en mi voz.

—¿Crees que las cosas habrían cambiado si hubieras recibido esa llamada? —Isla insistió.

Guardé silencio unos momentos. Me permití imaginar en cuestión de segundos cómo habría sido mi vida en aquel entonces si Aidan de verdad me hubiera llamado.

—No lo sé —admití, y el recuerdo de aquellos días tras la pérdida de mi padre arremetió contra mí con la fuerza de un toro. —Tal vez todo hubiera sido diferente, o nada habría cambiado.

—¿Y si Aidan miente sobre esa llamada? —como siempre, Claudia es quien se atreve a hacer la pregunta que ninguna de nosotras quiere hacer.

Miré a mi alrededor y me concentré en la decoración del restaurante mientras pensaba en su pregunta. Había arte de diversos rincones del mundo y el aroma de platos me recordó los exquisitos camarones que habíamos cenado antes de pedir la botella de vino.

—Claudia, no seas tan cínica —le regañó Isla—. Aidan no tendría por qué mentir sobre algo así —Isla respondió con un tono que destilaba tanto ingenuidad como reproche.

—Pero tenemos que ser realistas, Isla —Claudia hizo una pausa para darle un rápido sorbo a su copa—. La gente a veces recuerda las cosas de manera que les favorece.

—Prefiero creer en lo mejor de las personas —Isla suspiró, echando un vistazo alrededor, donde las risas y conversaciones de otros clientes añadían un zumbido de fondo a nuestra charla.

—Isla, cariño, el mundo no es un cuento de hadas —Claudia contraatacó, su tono firme y sus ojos fijos en los de su amiga—. La gente miente, y a menudo, el pasado se embellece en la memoria. No podemos ignorar esa posibilidad.

—No me parece justo dudar de Aidan sin pruebas —Isla negaba con la cabeza y su rostro tenía su habitual sonrisa esperanzadora—. A veces, las circunstancias nos impiden ver las cosas como realmente son.

Mientras discutían, mi mente se transportó a aquellos días llenos de dolor y soledad. Miré la

superficie del poco vino que quedaba dentro de mi copa y recordé aquella llamada del padre de Robert para darme la noticia que mi papá había muerto.

Si hubiera llamado un día antes, Aidan habría estado conmigo.

Pero no fue así. Mi mente y mi alma quedaron adormecidas luego de aquel primer día en que lloré como nunca había llorado.

Lloré tanto que ya no me quedaron lágrimas cuando regresé a Ciudad del Sol y recibí las cenizas de mi padre.

Me atreví a imaginar a Aidan conmigo, pero no pude pensar de qué manera las cosas hubieran sido distintas. Robert me acompañó en mi duelo, así que no estuve sola en ningún momento, pero no es lo mismo ser acompañada por alguien a quien amo como un hermano a tener a tu lado al hombre que…

"*¿Que amaba?*" pensé, y luego suspiré. Debí hacerlo demasiado fuerte, porque Isla y Claudia detuvieron su debate para girar hacia mí.

—La noche después de la cremación de mi padre, intenté llamarlo —confesé, las palabras brotando de mí con una mezcla de vulnerabilidad y desesperación. —Pero… Colgué… Colgué en cuanto oí a una mujer contestar.

—¿En serio colgaste? —Isla me miró, sorprendida, casi dejando caer su copa.

Asentí. Claudia arqueó una ceja. —¿Y él no sabe?

Un móvil vibró sobre la mesa, haciendo que las tres pegáramos un brinquito en nuestras sillas. Cada una cogió su móvil, y no pude contener la sonrisa al mirar el nombre de Aidan iluminando la pantalla. Había un mensaje de él. Con una mezcla de curiosidad y nerviosismo, lo abrí y leí en voz alta, no sin antes tomar una profunda inspiración.

—Necesito verte esta noche —decía el mensaje.

Isla sonrió y miró a Claudia. —No escribió "quiero verte," escribió "necesito verte" —dijo Claudia, exagerando el dramatismo al citar mi mensaje.

Reí, e Isla se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando con emoción. —Tal vez sea la oportunidad de aclarar las cosas.

Respiré profundo. —No, chicas, esto se complicó demasiado. O le miro y agarro el trasero, o le cuido el trasero. No puedo hacer las dos cosas. Hoy se lo iba a decir a Robert, pero pasó lo de mi abuelo y…

—¡Dijimos que no hablaríamos de ese viejo desgraciado! —reclamó Isla.

—¿Entonces qué piensas hacer con Aidan? —Claudia se inclinó hacia delante.

—Voy a decirle que nuestra relación solo puede ser… de naturaleza profesional.

Isla casi se atragantó cuando dije eso. —Pero Katsumi, ¿y si esto es una señal? —se inclinó hacia adelante, su voz un suave empujón hacia la decisión que temía tomar. —Quizás es el momento de continuar lo que el destino les interrumpió hace años.

Claudia asintió. —Estoy con ella. Mantener las cosas profesionales está bien, pero la vida es corta, Katsumi —ella rio—. Yo traté de mantener las cosas profesionales con Marco, y mira nada más cómo resultó eso: nos enamoramos, y pronto nos casaremos.

—¿Ves? —dijo Isla, apuntando a nuestra amiga, y yo sonreí.

—¿Y qué es lo que quiere Aidan? —preguntó Claudia— ¿No crees que deberías tomar eso en cuenta antes de…?

Escuchamos la puerta del restaurante abrirse. Cuando miré en esa dirección encontré a Lucio mirando a su alrededor.

—¿Qué hace aquí el detective Castella? —preguntó Isla sin ocultar su preocupación.

—Le pedí que se encontrara conmigo aquí —dije, luego las miré de reojo—. Esto será rápido. Solo quiero saber cómo va la investigación.

Me acerqué a Lucio, y no me gustó para nada la expresión de su rostro.

—Buenas noches, Katsumi —me saludó con tono sombrío.

—No me va a gustar lo que me vas a decir, ¿verdad? —le dije al estrechar su mano.

Él suspiró. —Seré breve, pues estamos por iniciar un operativo en unos minutos.

—Vale —asentí, poniéndome las manos en la cintura—. Dámelo directo.

—El FBI todavía no ha identificado a tu atacante en Dallas —su voz fue firme, pero había un matiz de frustración que reflejaba la mía.

Gruñí y negué con la cabeza. —¿Cómo es posible? ¿Acaso no tienen pistas, testigos, algo? —elevé la voz un poco más de lo que pretendía, atrayendo algunas miradas curiosas de las mesas cercanas.

Lucio suspiró y su expresión se endureció, como preparándose para mi tormenta. —Estamos haciendo todo lo posible, Katsumi. Envié a tu correo electrónico los reportes que tenemos, pero quien haya sido fue cauteloso y no ha dejado rastro alguno que podamos seguir.

—Eso no es suficiente, Lucio.

Su radio emitió algunas palabras que no entendí, pero él suspiró frustrado. —Lo siento, Katsumi, necesito…

Respiré profundo y asentí. —Claro, claro.

—Te llamaré cuando…

Dejó de hablar cuando asentí. Él se dio la media vuelta y abandonó el restaurante.

Isla y Claudia permanecieron en silencio cuando me acerqué, pero la preocupación en sus rostros era tan evidente que un ciego podría verla.

—Lo siento, chicas —miré a Isla y a Claudia—. No quería arruinar la noche con mis cosas.

—No has hecho tal cosa —Isla se acercó a mí, su expresión era una mezcla de determinación

y cariño cuando me abrazó. Era como un superpoder que tenía: sabía identificar los momentos en que su abrazo era necesario.

Y vaya que me hacía falta. La frustración y enojo que las noticias de Lucio me causaron parecieron desvanecerse, dándome un respiro emocional que no sabía que necesitaba.

"*Todo esto es demasiado,*" pensé.

—Katsumi, ve con Aidan —dijo Isla, interrumpiendo mis pensamientos, y se formó un nudo en mi garganta al escucharla—. No tiene sentido negarte la oportunidad de aclarar las cosas.

Claudia asintió desde su lado de la mesa, y podía verle en la mirada su apoyo a la sugerencia de Isla.

—Pero…

—Pero nada, Katsumi —Claudia me interrumpió, su tono suave pero firme—. No puedes vivir esquivando tus sentimientos para siempre.

—Chicas, yo no soy como ustedes —me separé de Isla y cogí la copa que más bebida tenía de la mesa—. A mí no me espera un final feliz de cuento de hadas, ni estoy destinada a tener al chico de mis sueños.

—¿Entonces Aidan es el chico de tus sueños? —preguntó Isla con tono entusiasmado.

—¡No! —contesté— O quizá…

—¿Por qué coño no puedes tener un final de cuento de hadas en tu vida? —preguntó Claudia, indignada, quitándome el vaso de las manos— ¿Qué te hace pensar que eso no es lo que te espera?

—Porque mi vida nunca ha sido así —le dije, quitándole de nuevo el vaso.

—¿Qué haces? —me reclamó.

—Necesito un trago.

—¡Ese es mi vaso!

—De hecho, es el mío —dijo Isla.

Nos miramos entre las tres unos momentos, antes de dejar salir una carcajada.

Le di el vaso a Isla y saqué el móvil. Los dedos no me temblaron cuando abrí el mensaje de Aidan y preparé mi contestación.

—Tu piso. Treinta minutos —escribí y envié. Un torbellino de emociones me invadió; miedo, esperanza, una vulnerabilidad que no había sentido en mucho tiempo, y una pizca de excitación.

Les mostré el móvil. —Ya, ¿contentas?

—Depende —dijo Claudia con una sonrisa—. ¿Tú estás contenta?

"*¿Lo estoy?*"

Capítulo 19.

Aidan

—¡Me llamó *perro*! —me quejé al dejarme caer en el sillón del estudio de arte de Khalil.

De todas las peculiaridades que podría imaginarme respecto a mi compañero, que tuviera de pasatiempo la pintura, jamás me habría cruzado por la cabeza.

Había cuadros colgados en las paredes, lienzos en blanco apoyados contra la pared, y un estante de metal pintado de negro lleno de pinturas de todos colores y una enorme variedad de pinceles.

Khalil estaba de pie frente a un lienzo en un caballete junto a una mesa redonda donde él tenía las pinturas y pinceles que usaba con su obra, además de algunas botellas de cerveza que ya se había bebido.

—Colega, si te molesta tanto que te digan así, yo también dejaré de hacerlo —dijo sonriendo mientras seguía trabajando en una pintura de… algo. A la distancia a la que estaba no pude distinguir lo que pintaba. Solo veía colores amarillos, cafés, y lo que asumí era el cielo y nubes por el fondo azul cubierto de manchas blancas.

—No, no es que me moleste que me llamen así.

—¿Entonces de qué te estás quejando? —Khalil, sin desviar la mirada de su lienzo, continuó con su trabajo, aunque noté cómo sus manos ralentizaron su ritmo.

—De… —gruñí y negué con la cabeza— No sé.

—¿Te sentirías mejor si Esmeralda estuviera cabreada, tal y como lo esperabas?

—No, por supuesto que no —eché la cabeza hacia atrás y miré el techo del estudio, concentrándome en un pequeño agujero—. Pero… Pareció que ella quería decirme que nuestra relación fracasó por mi culpa.

Khalil respiró profundo y luego giró hacia mí. —¿Y no crees que lo fue?

—Claro que sí, pero no por completo —me crucé de brazos—. Esmeralda tiene su parte también, ¿sabes? Éramos dos en ese matrimonio —la irritación hirvió dentro de mí.

Khalil se giró hacia mí, pasando el pincel entre sus dedos haciéndolo girar.

—¿Por qué se divorciaron? —preguntó con tono confundido— Todo este tiempo he asumido que fue por infidelidad tuya.

—¿Por qué todos asumen…? —me detuve al notar la mirada escéptica que Khalil estaba lanzándome.

—Simio conoce simio —dijo con tono burlón imitando el de un cavernícola—. Eres casi igual a mí cuando se trata del sexo femenino.

—Pues te equivocas —negué con la cabeza mientras sonreía—. Soltero sí soy un cabrón hecho y derecho. No lo negaré. Pero cuando tengo pareja soy hombre de una sola mujer.

—¿Y ella? —Khalil regresó su atención a su obra— ¿Es chica de un solo hombre?

—Hasta donde sé.

Khalil levantó una botella vacía. —¿El sexo era bueno?

Reí, me puse de pie, y me dirigí al pequeño refrigerador que tenía en la esquina del estudio. —No es de tu incumbencia… Pero sí, era muy bueno.

—Sé que tienes tus finanzas en orden, e imagino que una chica moderna y empoderada como ella también tendrá bien cuidado su dinero —Khalil negó con la cabeza—. Vale, me rindo. ¿Por qué se divorciaron?

Saqué dos cervezas del refrigerador y le di un sorbo a la mía mientras pensaba en una respuesta a aquella pregunta.

—Deberías saberlo —le dije, arrojándole su bebida.

Él la atrapó con una mano. —Olvidas que solo hemos sido amigos un par de años. Yo no estaba ahí cuando se divorciaron, y tú nunca elaboraste el tema. Lo entiendo, no es un asunto que te guste tocar.

Suspiré. —Supongo que fue porque nos distanciamos mucho —le di otro trago a la cerveza y regresé al sillón—. Llegó un punto en que pasábamos más tiempo separados que juntos. Y eso no fue culpa mía.

—Colega, ¿entonces por qué el odio?

—¿A qué te refieres?

—Cuando hablas de Esmeralda es como si hablaras del diablo, pero por lo que escucho esa actitud no fue por su divorcio.

—No, no fue por el divorcio, y no la odio.

—¿Entonces por qué huyes de ella?

Apoyé los codos en las rodillas y miré el piso unos momentos antes de darle otro trago a la cerveza.

—Supongo que es porque siempre que nos vemos terminamos… —me froté la cara y luego chasqueé los labios—. Más bien termino lastimándola. No lo hago a propósito, pero… Estoy maldito, colega.

Khalil abrió su cerveza y bebió más de la mitad de un trago, luego su mirada encontró la mía. —Tienes que empezar por reconocer tus propios errores, colega. Nunca es tarde para aprender, aunque algunas lecciones lleguen más duras que otras.

—Te pones muy filosófico cuando pintas —le dije con una sonrisa.

—Esto me ayuda a relajarme y a pensar —él dejó la botella en la mesita junto a él antes de coger un pincel y seguir pintando—. Y a las chicas les encanta que tenga un lado artístico y sensible.

—Debería conseguirme un pasatiempo así —eché la cabeza hacia atrás.

—¡Coge un lienzo y un pincel, colega! —Khalil apuntó frente a él.

Guardamos silencio unos momentos, él enfocado en su pintura, y yo sumergido en los recuerdos de todas las veces que cabreé a una chica por una u otra tontería.

—¿De verdad te liaste con su prima en su despedida de soltera? —preguntó Khalil entre risas.

—¿Qué? —pregunté, saliendo del trance en el que estaba.

—Que si te liaste a la prima de Esmeralda en su despedida de soltera.

Reí avergonzado. —No fue mi mejor momento, desde luego. En mi defensa, estábamos en Las Vegas, el club estaba oscuro y ella se había pintado el cabello. No la reconocí hasta…

—Hasta que te la estabas empotrando —Khalil me interrumpió entre risas—. Cambiando de tema, ¿qué opinas de esto? —señaló la obra en la que trabajaba. Me acerqué, observando la pintura con curiosidad.

—Pues… Es una foca muy bonita— dije, intentando encontrar en el lienzo las formas que había querido plasmar.

—¿De dónde le hayas forma de foca? —dijo Khalil, entre risas.

—Sí lo es —apunté a una parte de la pintura—. Esas son sus aletas, ¿no?

—Son patas —corrigió con tono fastidiado.

—¿Entonces por qué están planas?

—¡Es un perro! —apuntó Khalil entre risas a la cabeza de la forma entre los colores— Trato de plasmar el que se puede ser alegre, aún rodeado de cosas tristes.

Observé la obra desde otro ángulo, intentando ajustar mi perspectiva. —Ah, ya veo —mentí, era obvio que no lo veía. Para mí, seguía siendo una puñetera foca—. Parece que le está dando una apoplejía, pero, aun así, logra ser feliz —dije, provocando una nueva ola de risas entre nosotros.

— Lo que pasa es que no tienes gusto para apreciar el arte —él dijo al coger la botella de cerveza en la mesita junto al lienzo.

—¡Claro que no lo tengo! —le contesté entre risas— ¡No sé por qué me estás preguntando…! —me quedé callado unos momentos— Espera, ¿estás pintando un perro por lo que te conté?

Khalil se encogió de hombros. —¿Qué quieres que te diga? Me inspiraste, colega.

—¿Entonces se supone que ese perro soy yo? —Khalil se encogió de hombros, pero le fue imposible no reírse—. Vete a la mierda —apenas podía aguantar la risa al regresar al sillón de su estudio.

—El arte está abierto a ser interpretado por quien la contempla, colega —Khalil siguió pintando—. ¿Te ves a ti mismo como un perro?

Me dejé caer de sentón en el sillón del estudio, respiré profundo, y le ladré a Khalil.

—¿Te sientes mejor? —preguntó mientras volvía su atención a su pintura con esa sonrisa contagiosa que tenía.

—Mucho —gruñí al cubrirme los ojos—. Se supone que entre más viejos seamos debería ser más fácil entender a las mujeres, ¿no? ¿O nuestra experiencia de vida no nos sirve de nada?

—Colega, el problema no son las mujeres —Khalil me miró de reojo—. El problema es que llevas toda la vida extrañando a la que dejó su marca en tu alma, y ahora que puedes volver a estar con ella te da miedo que las idioteces de tu pasado vengan a joderte la oportunidad.

El móvil sonó en mi pantalón. Lo saqué y debí haber sonreído como un idiota al mirar la notificación en la pantalla de un mensaje de Katsumi.

—Tu piso. Treinta minutos —decía el mensaje, y no pude evitar imaginarla diciéndome esas palabras con el tono más sensual que podía usar.

—Me tengo que ir, Katsumi va a pasar por mi piso —dije al guardar el móvil.

—Te estás dejando llevar otra vez por Katsumi, ¿eh? —comentó, su voz llevaba una mezcla de preocupación y curiosidad.

—Es como dijiste —me puse de pie y cogí mi chaqueta del descansabrazo en el sillón—. Puedo estar con la chica que dejó su marca en mi alma.

Me acerqué a Khalil, y estrechamos manos.

—Antes de que te vayas aclárame una duda, colega —dijo Khalil luego de soltarme la mano —: Si Katsumi te dejó con semejante impresión, ¿por qué no volviste por ella? Si una fémina me cautiva como ella lo hizo contigo, ya la habría desposado.

—Intenté llamarla, pero nunca contestó.

—¿Solo la llamaste una vez? —Khalil frunció el ceño.

Respiré profundo y negué con la cabeza. —Diez veces.

—¿Estás seguro de que tenías el número correcto?

—¡Por supuesto que…! —mi mente regresó en el tiempo tratando de encontrar el momento en el que Katsumi me dio su número, pero me fue imposible recordarlo.

Khalil soltó una carcajada. —Colega, no eres ni el primer hombre ni serás el último en la faz de la tierra que pierde la oportunidad con la mujer de sus sueños por no anotar bien un puñetero número.

—No —le dije—. No es mi caso. Ella y yo enviábamos mensajes por el móvil. Tenía bien su número, estoy seguro.

—Bueno, ya no importa, ¿verdad? —Khalil me acompañó a la puerta de su casa— Lo importante es lo que hagas ahora, colega. No puedes cambiar el pasado, pero sí cómo enfrentas el futuro.

—Jamás se han hablado palabras más sabias —dije antes de darle un abrazo de despedida.

Capítulo 20.

Katsumi

—Menudo día de mierda —murmuré para mis adentros mientras subía el ascensor hasta el piso de Aidan.

Mi corazón latía tan fuerte que las pulsaciones resonaban en mis oídos y retumbaban contra mi pecho, como si quisiera escapar. Tenía las manos temblorosas mientras jugueteaba con los bordes de mi ropa, palpando el contorno de las llaves en el bolsillo del pantalón.

Miré mi reflejo en el metal pulido de la puerta del ascensor, pasé los dedos por mi cabello un par de veces y respiré profundo, mirando que estaba a segundos de llegar.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Aidan me esperaba, y su rostro pareció iluminarse al verme, como un niño que recibió el mejor regalo del mundo.

Le lancé los brazos alrededor del cuello y le besé, buscando en ese contacto algo que calmase la tormenta emocional del día.

Con cada segundo, a pesar de que mi corazón amenazaba con explotar de la emoción, mi mente encontró paz, vaciándose de todos mis problemas, y solo pude concentrarme en el sabor de su beso mezclado con la cerveza que se había tomado.

La familiaridad de su tacto, la forma en que sus manos encontraron su camino por mi espalda, profundizando el beso, me recordó lo bien que nuestros cuerpos se conocían.

Joder, aquel hombre sí que sabía cómo y en qué momento tocarme para hacerme desearlo más.

Nos separamos apenas un segundo. Inhalé profundo, aspirando su aroma de sudor, cerveza y aquella colonia que sirvió como combustible para el fuego que crecía en mi interior.

Su calor, cercano y abrazador, se filtró a través de la ropa y se fundió con el mío, derritiéndome por dentro.

—Llegas tarde, linda —susurró, tocando su frente con la mía.

—Tráfico —sonreí al separarme un poco—. Necesito esto.

Sus ojos reflejaron una mezcla de deseo y preocupación. —¿Mal día? —preguntó.

—De lo peor —admití, permitiéndome una pequeña sonrisa.

En su mirada encontré lo que mi alma buscaba: comprensión, refugio, y algo más profundo, difícil de nombrar todavía.

Le volví a besar, empujándolo hasta la pared, y tiré de su camisa.

Debimos desconectar los labios un instante para quitársela, pero cuando nuestras lenguas volvieron a tocarse, algo detonó entre nosotros, como un torrente rompiendo una presa que estaba a su máxima capacidad.

Me volví una pasajera dentro de mi propio cuerpo, disfrutando el viaje al que mi boca, manos, piernas y coño me estaban llevando.

Y el calor, ese maldito calor, jamás me había agradado tanto sentir calor.

No pudimos quitarnos la ropa tan rápido como nuestros cuerpos nos lo exigían. Aidan se había logrado bajar el pantalón, pero el mío se atascó en mis rodillas.

Nuestras miradas se cruzaron, y un alivio repentino me invadió. Aidan me giró y puso contra la pared, y yo me acerqué de espaldas a él.

Le sentí deslizarse entre mis nalgas y llenarme al mismo tiempo que sus labios tocaron mi cuello para besarme y lamerme. Solté un gemido de alivio y excitación que me liberó de toda frustración.

Lo único importante en ese momento era que estábamos juntos. Me dejé llevar mientras él me tomaba con fuerza.

No tanta como para sentir que quisiera atravesar la pared, pero sí suficiente para saber que él me necesitaba tanto como yo a él.

Sus gruñidos fueron una melodía en mis oídos que iban al mismo ritmo que sus embestidas, las cuales se volvieron rápidas y profundas.

Cuando tiró de mi cabello enloquecí.

Empujé mi cuerpo hacia atrás tratando de recibir más de él dentro de mí, y la fuerza adicional nos llevó a un éxtasis fabuloso, el cual ya había conocido antes.

Con él.

Nadie más me había hecho venir como lo hacía él.

Y, sospeché, que nadie más podría hacerlo.

Traté de apartar las piernas, pero mi pantalón alrededor de mis rodillas lo evitó.

—Quítame esta mierda —le rogué, quitándomelo de encima y tratando de bajarme los pantalones más allá de mis pantorrillas.

"*¡¿Con qué coño se atascaron?!*" pensé.

Solté un grito de diversión cuando Aidan me cargó en sus brazos como si estuviera rescatándome de mis propios problemas, y me llevó con una enorme sonrisa en su rostro hasta la habitación.

Al mirarnos a los ojos supe lo que el hijo de puta iba a hacer: arrojarme a la cama.

Yo reí al aterrizar en la cama. Seguía riendo cuando él me cogió las piernas y, por arte de magia, logró quitarme aquellos malditos pantalones.

—Mi héroe —le dije aliviada y riendo mientras él se ponía entre mis piernas.

Le abracé con mis brazos alrededor del cuello y mis piernas envolviendo su cadera, y cerré los ojos al mismo tiempo que sonreía de oreja a oreja cuando nos unimos una vez más.

No existía nada más en mi cabeza más que ese momento. Ni mi abuelo, ni los intentos de asesinato de Aidan, ni nada.

Solo estábamos él, y yo, igual que hace años.

Igual, pero diferente.

Nuevo, pero familiar.

Nuestros cuerpos se reconocieron al estar juntos.

Una perfección y sincronización de físicos que creaban una deliciosa sinfonía de gemidos, gruñidos y gritos que culminó en un sonoro alarido de ambos.

Mi cuerpo se tensó tanto que creí que se partiría en dos.

Estaba cerca.

Me aferré a la espalda de Aidan, encajándole mis dedos en la piel.

Ya casi llegaba.

Abrí la boca, y yo gemí al mismo tiempo que él emitió un alarido salvaje y apasionado.

Seguro que él agradeció que no fuera una chica que usara las uñas largas porque le habría arrancado la piel.

Luego de que pasó el furor del momento, caí en cuenta del calor que se esparcía dentro de mí.

Me estremecí con él, apretando mi abrazo, expresándole con el cuerpo mi deseo de que jamás se alejara de mí.

Le acomodé una cachetada, y la expresión en su rostro cambió de satisfacción a sorpresa.

—¡¿Eso por qué fue?! —me reclamó mientras trataba de recuperar el aliento.

—No te pusiste un condón —le sonreí.

Aidan se quedó en blanco unos momentos antes de dibujar una mueca apenada en sus labios.

—Pensé que te cuidabas —dijo, avergonzado—, como en el avión tampoco…

Reí un poco. —Creo que a ambos nos urgía esto.

—Sí —él me besó con ternura, luego se giró hasta quedar de espaldas en la cama.

Yo le abracé, y me dejé abrazar. Las cosquillas que hacía en mi cadera y nalga mientras abrían y cerraba los dedos de sus manos estaban teniendo un efecto relajante en mi ser.

No quería levantarme de ahí nunca.

—Yo me encargo de eso —le dije, acurrucándome contra él.

—¿De qué?

—De nuestro *accidente*.

—Tu cuerpo, tu decisión, linda.

Me apoyé en su pecho y levanté la cabeza para mirarlo a los ojos. —¿Y si decidiera no hacer nada?

—¿Sería algo malo? —no dudó en contestar.

"*¿Lo sería?*" pensé, y me atreví a imaginar un futuro con él donde había tres pequeños clones de Aidan y de mí. Aquel pensamiento me llenó el corazón de una calidez y deseo que jamás creí que pudiera sentir.

Nunca me había visto como una madre, y el que pudiera verlo con tanta facilidad en mi cabeza me hizo sonreír como nunca había sonreído.

—No —le contesté antes de darle un tierno beso—. No lo sería, pero ahora no es el momento.

—Cierto —susurró al acariciarme la mejilla.

Nos quedamos un rato dejando que nuestros dedos exploraran el rostro y cuerpo del otro mientras nos mirábamos a los ojos, como si nuestras almas estuvieran teniendo una conversación.

—Necesito tomar algo —le dije con una sonrisa.

—Tengo justo lo que necesitas —se levantó de la cama emocionado y se dirigió a la puerta de la habitación, donde me esperó.

Lo seguí hasta la sala y miré en la mesita entre la enorme pecera y el sillón una botella de cerveza y un vaso con una bebida roja.

—¿Es un…?

—Un *Bloody María* —dijo Aidan orgulloso antes de cogerla y entregármela.

Arqueé una ceja y le di un sorbo. —No está mal —dije de forma coqueta al saborear la bebida. Tenía un poco más tequila de lo ideal, pero lo justo del jugo de tomate y limón, y el picante que le puso fue perfecto.

Me senté en el sillón frente a la pecera de Aidan, y él se sentó a mi lado.

—Desde aquel día en el acuario de San Diego me enamoré de los peces —dijo Aidan, mientras ambos mirábamos la pecera frente a nosotros—. Vi tu pasión por ellos y algo en mí cambió. Cada vez que los miro, pienso en ti.

Recordé esa cita. Se suponía que solo íbamos a salir de la habitación en el hotel por comida, y terminamos conduciendo dos horas de Los Ángeles a San Diego. Soy una chica que prefiere la acción a las palabras, pero aquella vez no dejé de hablar en todo el recorrido. Debí haber

dicho todo lo que había aprendido de la facultad de biología.

Pero el pensar en el pasado, en especial en aquella época, conducía a la muerte de mi padre.

—¿Qué sucede? —preguntó Aidan, mirándome preocupado.

Salí de mis pensamientos y respiré profundo.

—Solo estaba recordando.

—¿Recordando qué? —su preocupación aumentó, y él me abrazó mientras me miraba con toda la atención del mundo.

Suspiré. —En mi papá —me esforcé por contener la lágrima que trataba de escapar de mi ojo —. Unos días después de que te fuiste de Los Ángeles… Él murió.

—Lo siento —su voz era sincera.

—Te intenté llamar —sentí cómo la admisión se clavaba en mi pecho—. Pero cuando me respondió una chica… Colgué. Después, no tuve las agallas para volver a intentarlo.

El peso del silencio cayó sobre nosotros, denso y palpable. Aidan tomó mi mano, su agarre transmitía una firmeza reconfortante.

—Si lo hubiera sabido, habría estado a tu lado, sin pensarlo —dijo, y cada palabra vibraba con una certeza que penetró la armadura que había construido alrededor de mi corazón.

—Gracias —susurré, aunque sabía que esas palabras se quedaban cortas para expresar el torbellino que azotaba mi interior.

Nos besamos de nuevo, con una intensidad que hizo lo posible por borrar cualquier sombra del pasado.

Pero el pasado no es algo que se pueda ignorar.

—¿Por qué no contestaste mi llamada si tanto me necesitabas? —Aidan interrumpió el silencio, su mirada fija en la mía, cargada de deseo por comprender.

—Nunca recibí ninguna llamada tuya, Aidan —dije, con una claridad que brotaba de la certeza de mis palabras. La idea de que un simple error nos hubiera separado… Joder, dolía con solo pensarlo.

—No pude haber anotado mal tu número. Estoy seguro de que te llamé.

—¿Quieres que te enseñe mi registro de llamadas de hace años para que veas que nunca recibí esa llamada? —le desafié con tono juguetón, ocultando mi indignación por insinuar que le estaba mintiendo.

—¿Quieres que yo te muestre mi lista de llamadas, para que veas que sí intenté encontrarte?

Gruñí y le acomodé un manotazo en el pecho. —Mira, no hace falta sacar los móviles ni revisar registros de llamadas que ya no existen —dije, cortando el aire con mi mano en un gesto de desdén hacia la idea.

Aidan me observó. —Tienes razón —negó con la cabeza y luego sonrió— ¿Qué más da

quién falló en qué? Eso no cambiará el pasado.

—Exacto —asentí, encontrando en su mirada un reflejo de mi alivio—. Lo importante es esto, nosotros, aquí y ahora.

Él sonrió. —Estamos juntos.

Dirigí mi mirada hacia la pecera, observando cómo los peces se deslizaban sin preocupaciones en su pequeño universo acuático.

"*Ojalá la noche no termine jamás*", pensé, con una intensidad que brotaba de lo más profundo de mi ser.

Quería detener el tiempo, vivir en ese instante eterno donde con Aidan a mi lado.

Capítulo 21.

Aidan

—Deja de hacer eso —me reclamó Katsumi mientras se abrochaba los botones de aquel pantalón del que tuve que rescatarla anoche.

—¿Hacer qué? —le pregunté confundido al mismo tiempo que me ponía las zapatillas.

—Eso —me apuntó con el dedo al darse la vuelta, permitiéndome contemplar el paisaje tan bello de su torso sin blusa. Claro, hubiera preferido que no trajera sujetador, pero no siempre se puede tener lo que uno quiere en la vida.

—¿Ponerme las zapatillas? —pregunté de manera juguetona al ponerme de pie.

Ella cogió su blusa del piso, se acercó a mí y me plantó un beso que detuvo mis pensamientos con el sabor de su lengua y el aroma embriagante de su aliento.

—Mirarme como si quisieras arrancarme la ropa —susurró.

—Ni modo que me quite los ojos, linda —le dije al darle una nalgada juguetona antes de ir a la cocina, donde el olor del café seguía flotando en el ambiente.

Katsumi se giró para darme la espalda mientras terminaba de abotonarse la blusa, lanzándome una mirada coqueta por encima del hombro.

Le rodeé su cintura con mis brazos. —Debo admitir, la idea de arrancarte la ropa es tentadora —acerqué mi rostro a su oído—. Muy tentadora —susurré.

La risa que compartimos llenó la habitación.

—Quítame las manos de encima, que si sigues llegaremos tarde.

—No suena tan mal.

Ella volvió a reír antes de sujetarme el dedo pulgar de forma amenazante.

—Uno de los dos tiene que ser el adulto —susurró con tono coqueto.

Gruñí y la solté, pero seguí mirándola mientras se ponía su chaqueta y agarraba el cabello en una cola de caballo.

"*Sin maquillaje, sin perfume, sin ningún extra. Solo una ducha, y se acabó,*" pensé, disfrutando de la calidez que sentía en mi pecho al observarla. "*Ella así es perfecta*"

Cuando ya estaba lista cogí mi bolso de gimnasio y nos dirigimos al ascensor. Presioné el botón, pero mantuve la mirada fija en ella.

Katsumi respondió con una sonrisa traviesa, dando un paso hacia mí, reduciendo la distancia

que nos separaba. —Te dije que dejaras de hacer eso.

—¿Desde cuándo soy un buen niño que hace lo que le dicen? —contesté con el mismo tono travieso que ella usó.

El ascensor llegó anunciado con una suave campanada. Una vez dentro, el juego de miradas y sonrisas se intensificó. Cada ojeada era un chispazo de energía que recorría el aire entre nosotros.

—Si las miradas pudieran hablar… —susurró Katsumi, sus ojos centelleando bajo la luz tenue del ascensor.

—Las tuyas gritarían —contesté, acercándome lo suficiente como para sentir su calor. Mi mano encontró la suya y nuestros dedos se entrelazaron, encajando a la perfección.

La puerta del ascensor se cerró con un clic, y en ese momento, el mundo exterior dejó de existir.

—Este ascensor es bastante cálido, ¿no crees? —murmuré, aprovechando la cercanía para borrar la distancia entre nosotros, mi aliento mezclándose con el suyo.

—Podría ser más —replicó ella con un tono sugerente, inclinando la cabeza hacia un lado, sus labios a milímetros de los míos.

La tensión entre nosotros creció. Su mirada coqueta desató una ola en mi interior que revolvió mis pensamientos, arrastrándome más profundo en un delicioso torbellino de emociones y sensaciones.

Su sonrisa iluminaba con más fuerza que cualquier foco artificial que nos rodeaba.

Justo cuando nuestras bocas estaban a punto de unirse, aquella suave campanita anunció nuestra llegada, y las puertas del ascensor se abrieron, devolviéndonos al mundo real.

El frescor del amanecer no hizo nada para enfriar el calor entre nosotros.

—Uno de mis chicos nos espera en la entrada para llevarnos al Complejo Deportivo —dijo Katsumi mientras caminábamos lado a lado hacia la salida del vestíbulo.

—¿Te quedarás al entrenamiento, linda? —le pregunté, ideando los lugares donde podríamos robarnos uno que otro momento a solas entre mis descansos.

Ella me lanzó una mirada cargada de reproche y luego rio. —Hoy no —y así de fácil rompió mis ilusiones del día—. Mi equipo de seguridad tendrá todo vigilado mientras voy a la estación de policía…

Aquella última palabra la dijo despacio mientras se detenía y me soltaba la mano. Un vacío apareció dentro de mi pecho que me robó el aire cuando el calor de su piel desapareció de mi palma.

Me giré hacia ella, y su rostro era como el de un niño que acababa de ser pillado haciendo una travesura. Seguí su mirada a la calle afuera del edificio.

La sorpresa me golpeó como una ola de agua helada. Había una limusina negra aparcada

frente a nosotros, y Robert Darcy estaba de brazos cruzados mirándonos.

—Buenos días —saludó Robert con el mismo tono de voz que mi madre usó aquella vez que Nancy y yo nos llevamos su coche sin avisarle antes de meternos la regañada de nuestras vidas.

—¿Qué haces aquí, Ro? —preguntó Katsumi, haciendo un esfuerzo por no escucharse nerviosa.

Robert respiró hondo, y luego hizo un gesto con la mano hacia la limusina. ——Aidan, ¿podrías subir a la limusina y esperarme un momento? Necesito hablar con Katsumi.

—Mira, Robert, si vas a…

—Aidan —Katsumi me interrumpió, y yo la miré de reojo. Algo había en su expresión que me decía… No, que me ordenaba no discutirle a su jefe.

—Vale —asentí, mirando a Robert de arriba abajo antes de meterme dentro de la limusina.

Intenté observar a Katsumi, pero Robert quedó entre nosotros, dándome la espalda, e impidiéndome siquiera mirarles las caras y determinar si estaban regañándola o no.

Cuando él se alejó, Katsumi ya había dado la media vuelta y se dirigía a otro vehículo aparcado detrás de nosotros.

La hubiera seguido mirando hasta que nuestras miradas se cruzaran, pero Robert subió a la limusina.

—Al Complejo Deportivo, Manuel —ordenó con un tono amable al conductor, el cual solo asintió antes de acelerar el vehículo.

Aunque estaba en el lado opuesto del asiento y mi bolso de gimnasio entre nosotros, sentía que no había suficiente distancia entre nosotros.

—Aidan —llamó Robert al girar solo su cabeza hacia mí—, no sé si lo sabes, pero Katsumi es más que una empleada para mí —su voz firme tenía un aire de seriedad muy distinto al que había mostrado conmigo las veces que charlamos en el pasado—. Es la familia que elegí. Mi hermana, en espíritu, por así decirlo. Su padre fue alguien muy importante para mí, y en su lecho de muerte le prometí que velaría por ella.

—Lo sé, Robert —asentí.

—Imaginé que lo sabías —Robert no dejó de mirarme a los ojos. Había pocas personas que me intimidaban con la mirada, pero ninguno lo había hecho como él en ese momento—. Katsumi es una profesional, y si está violando su código ético al tener una relación contigo, cuando debería estar concentrada en tu seguridad, debe ser porque eres más que una empotrada casual.

Mi pecho se comprimió desde el interior. —No me digas que la despediste.

Robert sonrió. —Por supuesto que no, pero era momento de que tú y yo tuviéramos una charla un poco más seria.

Asentí.

—No estaba al tanto de que tú fuiste el hombre que la acompañó los días previos a la pérdida de su padre —continuó Robert—. Esa época fue desgarradora para ella.

La mención de aquellos días agitó ese remordimiento dentro de mí por no haber estado allí.

—Si hubiera sabido, habría…

—Pudiste haberlo sabido —él apuntó su dedo a mi rostro—, si hubieras tomado la llamada.

—¿Cómo…?

—¿Quién crees que estaba con ella cuando lo intentó? —preguntó con tono acusatorio— ¿Quién crees que la animó a buscar al hombre que le había enseñado lo feliz que podía ser? ¿Quién crees que estuvo ahí cuando la voz de una mujer le hizo polvo el corazón cuando ya estaba roto por la muerte de su padre?

Robert me miró como si estuviera buscando algo en mi mirada. —Puedo ver que te importa —continuó.

—Sí me importa…

—Entonces necesito saber —me interrumpió—… ¿Puedes prometer que no le harás daño? Ella es fuerte. Es quizá la mujer más fuerte que conozco. Pero toda esa fortaleza es una coraza para un corazón frágil que no soportaría ser roto otra vez.

La pregunta me golpeó con la fuerza de un puñetazo. Me han derribado cientos de veces en el campo, pero ninguno de aquellos impactos se comparó con las palabras de Robert. Yo sabía que no podía mentirle, ni a él ni a mí mismo.

—No puedo hacer esa promesa, Robert —confesé, sintiendo el peso de cada palabra—. No quiero lastimarla. Eso es lo último que quiero. Puedo prometer que lo intentaré.

"*Aunque seguro que fallaré, igual que con todas las relaciones en mi vida,*" tragué saliva al pensar eso.

Robert se reclinó en su asiento. La tensión se palpaba en el silencio que siguió.

—Entiendo —dijo, regresando su mirada hacia enfrente.

La limusina continuó su camino al Complejo Deportivo de los Fulgores, pero mi mente y mi corazón se quedaron atrás, deseando regresar el tiempo a la noche que acabábamos de pasar juntos.

Con ella. Con mi Katsumi.

Reconocí cuando la limusina entró al Complejo y sabía que estaba a segundos de detenerse frente al edificio principal. Cuando el vehículo se detuvo Robert se giró hacia mí y puso su mano en mi hombro.

—Aidan, quiero que entiendas algo —su voz era firme, tan firme como el agarre de acero con el que me sujetaba—. No me importa el dineral que pagué por traerte al equipo. Preferiría perder todo eso y más, antes que ver a Katsumi sufrir de nuevo como lo hizo tras la pérdida de su padre. Haz lo correcto. ¿Entendiste?

Esas palabras, tan cargadas de sinceridad y preocupación, me golpearon con la fuerza de un mazazo. Asentí y bajé de la limusina. Robert se quedó adentro, y no hizo ni un gesto de despedida cuando se alejó.

Khalil se encontraba apoyado contra la pared junto a la puerta. Le envidié su figura relajada y despreocupada. Al verme, su expresión cambió, un rastro de preocupación asomándose en unos ojos que solían estar cargados de alegría y diversión.

—¡Colega, colega! —me llamó, con ese tono de broma que siempre usaba—. ¿Qué cara es esa? Pareces como si hubieras visto un fantasma. Pensé que estarías deslumbrando una sonrisa de idiota tras pasar la noche con la mujer de tus sueños.

Intenté esbozar una mueca, pero me quedé corto. La mirada de Khalil se intensificó, su semblante burlón dando paso a uno de genuina preocupación.

—No quiero hablar, Khalil —dije con tono resignado—. Mejor vayamos al entrenamiento.

Khalil me estudió un momento más, luego asintió y puso una mano sobre mi hombro.

—Como quieras, colega. Pero recuerda, estoy aquí si necesitas desahogarte.

—Sí, sí.

Capítulo 22.

Katsumi

—¿Ya hablaste con la policía? —la pregunta de Robert resonó en mi mente mientras esperaba en el escritorio de Lucio. Más que la pregunta, fue la manera en que la hizo. Su tono de voz fue acusatorio y vino cargado de decepción. Lucio había intentado llamarme toda la noche, y yo no me di cuenta.

Por estar con Aidan.

—Hablaremos más tarde —fueron las últimas palabras de Robert tras informarme que, al yo no contestar, Lucio se comunicó con él para decirle que habían conseguido un avance.

Me removí inquieta en la silla, repasando la conversación en mi cabeza. La espera se me hizo eterna hasta que Lucio apareció, sacándome de mis pensamientos.

—Aquí tengo lo que quiero mostrarte —dijo, señalando la pantalla de su ordenador.

Era un video de la cámara dentro del cuarto de interrogación de la policía. Lucio y su compañera, Renata, una pelirroja de mirada astuta y gesto serio, se sentaron frente a un sospechoso. La cámara capturó la tensión en la sala, palpable incluso a través del video.

—Dante, necesitamos que nos hables sobre la noche del atentado —comenzó Lucio, su voz era firme.

Dante se removió en su silla, las manos temblorosas jugaban con un papel enrollado entre sus dedos. "*Está asustado*", pensé, "*Pero ¿es miedo a la policía o…?*"

—Yo… yo no sé nada sobre ningún atentado —balbuceó ese tipo llamado Dante, evitando el contacto visual, sus ojos iban de Lucio a Renata y luego al vacío de la mesa antes de girar hacia la cámara.

—Tenemos evidencia de que estuviste afuera del bar horas antes de que sucediera —dijo Renata con voz clara y sin rodeos.

Observé cómo Dante tragó en seco, su nerviosismo incrementó. "*¿Evidencia?*", me pregunté, "*¿Qué han encontrado?*"

—Solo estaba pasando por ahí —dijo Dante, casi en un susurro—. No es un crimen entrar a un bar por un trago. Para eso son, ¿no es así?

—Entonces, ¿cómo explicarías que tu huella dactilar estuviera en el contenedor que explotó? —Lucio inclinó su cabeza, observando a Dante. Aunque estaba a espaldas de la cámara, conocía bien la intensidad de su mirada cuando quería atravesar cualquier barrera de mentiras que un criminal levantara.

Ese detalle me heló la sangre. "*Una huella*", pensé, sintiendo cómo la imagen de Dante empezó a transformarse en mi mente. De un hombre en el lugar equivocado, a alguien con una conexión real con los atentados.

Dante pareció encogerse aún más en su silla, si eso era posible. —No… eso no puede ser. Yo… ¡Yo no haría algo así!

—¿Estás seguro de que no hay nada que quieras decirnos? —la detective inclinó su cuerpo hacia adelante.

Miré cómo Dante luchó consigo mismo, su rostro pasó de la confusión al miedo, y por un momento, creí ver remordimiento. "*¿Está a punto de confesar?*"

—Yo… creo que necesito un abogado —murmuró, bajando la mirada.

Lucio y Renata intercambiaron una mirada, y luego detuve la reproducción del video, quedándome con la imagen de Dante pidiendo un abogado grabada en mi mente.

Las palabras de Lucio y la detective resonaron en mi cabeza, junto con las respuestas evasivas de Dante. "*Algo no me cuadra con este tío*", pensé, incapaz de sacudirme la sensación de que había piezas del rompecabezas que aún faltaban por encajar.

Dante, con su postura encorvada y el miedo palpable en cada gesto, no parecía para nada ser la mente maestra que fue tan difícil de encontrar.

—¿Y bien? —preguntó Lucio, cruzándose de brazos.

—Es… es interesante —murmuré, tratando de disimular mi sorpresa y curiosidad. No podía dejar de analizar a aquel tío, intentando encontrar en sus gestos alguna pista que lo hiciera parecer más culpable.

Lucio me miró, quizás esperando alguna reacción más emocional de mi parte. Pero, en ese momento, toda mi atención estaba centrada en el sospechoso.

—¿Cómo dieron con él? —pregunté, rompiendo el silencio que se instaló entre nosotros.

Lucio me miró, como si evaluara cuánto estaba dispuesta a escuchar antes de responder a mi pregunta. —Este hombre estuvo tanto en Ciudad del Sol como en Dallas el mismo día de los atentados —explicó al girar su cuerpo hacia el escritorio y coger unos documentos—. Es un experto en pirotecnia, así que tenía los conocimientos necesarios para fabricar un explosivo.

Aquella información cayó sobre mí como un jarro de agua fría, helando hasta el último rincón de mi ser. La incredulidad y el horror tejieron un nudo en mi estómago, uno que se apretó con cada palabra que Lucio pronunció.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué haría algo así? —mi voz sonó ahogada, estrangulada por la conmoción.

Lucio asintió, como si esperase esa pregunta. Hizo un par de clics con el *mouse* y luego volvió a darle *play* al video.

—Había apostado todo —dijo con una voz quebrada llena de rabia y desesperación—. Y ese

imbécil no pudo acertar un pase de… —su voz se quebró, y sus ojos parecían a punto de explotar a llamaradas.

—No pude pagar mi deuda al banco y perdí mi casa… —continuó— mi mujer me dejó, se quedó con la custodia de los niños. Perdí mi trabajo por bajo desempeño —la amargura impregnaba cada palabra, y aumentaba en cada pausa.

Una parte de mí quería desviar la mirada, era imposible no sentir un atisbo de lástima.

"*Pero nadie lo obligó a apostar*".

—Dios se apiadó de mí cuando me enteré de que Aidan Foster sería el nuevo *quarterback* de los Fulgores —continuó con una sonrisa—, y vi mi oportunidad de vengarme del idiota que causó mi miseria.

Lucio detuvo el video antes de mirarme. —Este hombre hizo explotar el contenedor afuera del bar, compró un arma en Dallas para matarlo allá, y ya había conseguido un pase de empleado para el complejo deportivo. Él no tenía intenciones de detenerse.

Miré el gafete falso del complejo deportivo dentro de una bolsa de evidencia encima del escritorio.

Todo encajaba.

—Lucio, ¿cómo obtuvo los recursos para hacer todo esto? —mi voz reveló más que simple curiosidad— Acaba de decir que lo perdió todo. Viajar a Dallas, armas, explosivos. ¿Cómo consiguió todo eso si no tenía ni en qué caer muerto?

Lucio se encogió de hombros y respiró profundo. —Toda la evidencia apunta hacia él, Katsumi. Quizá vendió lo último que tenía. Quizá donó sangre. Quizá robó el dinero….

—Quizá alguien le ayudó —agregué. Algo dentro de mí se resistía a cerrar el caso, a aceptar que ese hombre fuera el único responsable—. Pero, ¿y si hay algo que no estamos viendo? —insistí, buscando en sus ojos alguna señal de duda que coincidiera con la mía.

Lucio, con esa sonrisa medio irónica que lo caracterizaba, lanzó la pregunta que menos esperaba. —¿No será que no quieres que este hombre sea el responsable?

—¿Qué? —le he de haber lanzado la mirada más indignante que podía hacer— Lucio, si este tipo es el responsable, entonces que se joda. Yo, más que nadie, quiere que lleguemos al fondo de esto.

—¿Aún si eso significara alejarte de Aidan?

Todas las palabras que tenía preparadas en mi cabeza para una posible réplica se esfumaron. Mi corazón latió con fuerza ante la insinuación. Las palabras tropezaron dentro de mi cabeza en mi intento de negarlo. —No es eso, Lucio. Estoy aquí por…

—Katsumi, soy detective. Observar es parte de mi trabajo, y eso incluye a Aidan desde que comenzó la investigación —me interrumpió, su tono era ligero, pero sus palabras cargaban un peso que me obligó a detenerme.

—Por supuesto que lo tienes vigilado —dije, negando con la cabeza al mismo tiempo que me

cubría la cara de la vergüenza—. Entonces sabes que él y yo…

—No necesitas excusas para estar cerca de él, Katsumi —la sonrisa en el rostro de Lucio se amplió—. Es evidente que hay amor entre ustedes.

Sus palabras me dejaron sin habla. Me levanté, haciendo la silla chirriar contra el suelo.

—Asegúrate, Lucio —le dije, mirándolo al ojo—. Quiero que estés cien por ciento seguro de que este tipo —apunté a la pantalla del ordenador— sea el último responsable y no un simple peón.

—¿Que acaso no soy el mejor detective de Ciudad del Sol?

—No, ese sería Renata —le guiñé el ojo, y él solo rio.

Me dirigí hacia la salida, cada paso resonando en la estación como un eco de mi corazón agitado.

Las palabras de Lucio revoloteaban en mi mente, como avispas atrapadas tratando de escapar.

"*¿Y si Lucio tiene razón?*" pensé, deteniéndome justo afuera de la estación. "*¿Y si mi interés no es más que una excusa para mantenerme cerca de Aidan?*"

Traté de imaginar un futuro sin él, y mi corazón se retorció un poco, pero no se detuvo.

"*No seas tonta, Katsumi,*" negué con la cabeza al dirigirme al aparcamiento público a un lado de la estación. "*Has vivido sin él todos estos años"*.

El aire fresco golpeó mi rostro, como un recordatorio cruel de la soledad que tenía en mi vida antes de que él regresara.

Me detuve frente a la camioneta que había conducido, y miré las llaves que tenía en mi mano.

"*¿Amor entre nosotros?*"

Capítulo 23.

Aidan

—Oye, no se permite entrar con esa cara de aburrimiento —bromeé al ver a Katsumi caminar entre las máquinas del gimnasio. Mi respiración se aceleró, y quise pensar que fue por verla y no por el ejercicio.

Ella me miró, sorprendida por un segundo, antes de responder con una sonrisa que no alcanzaba a ocultar la tensión en su rostro.

—Creí que el requisito era tener un ego del tamaño del estadio —replicó Katsumi, cruzándose de brazos—. Por eso te dejaron entrar, ¿no?

Reí. Joder, cómo adoraba su habilidad para devolver golpes verbales. —*Touché*. ¿A qué debo tu visita? ¿No resististe las ganas de ver a tu hombre sudar? —le guiñé el ojo y flexioné mis pectorales.

Ella rio, aunque eso no la hizo liberar la tensión que tenía en el rostro.

—Ya lo atraparon —dijo.

—¿A quién?

—Al Conejo de Pascua.

—¿Existe? —pregunté.

Katsumi gruñó sonriendo. —El responsable de tus atentados, pedazo de animal.

Sus ojos se encontraron con los míos, y noté una mezcla de alivio y cautela en su mirada.

"*Quizá lo que le dijo Robert la tiene así,*" pensé.

—¿Eso significa que ya podemos quitar el modo "espía" de nuestra relación? ¿Salir a la luz y todo eso? —dije en tono de broma, y una parte de mí deseaba que su respuesta fuera afirmativa.

Katsumi exhaló, un suspiro pesado que parecía llevarse parte de la energía del ambiente. —Aidan…

Me acerqué y le cogí las manos. —Tranquila, estaba jugando. Me encantaría gritar a los cuatro vientos que eres mi chica, pero…

—Necesito tiempo —dijo rápido, quitando sus manos de las mías.

—¿Tiempo? ¿Cómo que tiempo?

—Necesito… —Katsumi gruñó y negó con la cabeza—. Necesito… Necesito pensar muchas cosas.

—¿Qué cosas necesitas pen…?

—¡Aidan! —gritó, y yo me quedé callado, mirándola, sin duda con la cara más confundida que podía tener—. Por favor.

—Katsumi, no entiendo. Creí que…

Ella miró el reloj en su muñeca. —Tengo que irme.

—No, no —le cogí la mano, y no la solté, aunque ella intentó quitarla de un tirón—. No me vas a soltar una bomba así para luego irte.

—Suéltame —me amenazó.

—¿Vas a romperme la mano? —le reté— Si eso hace que me digas qué coño está pasando…

—Vale —ella asintió, y luego hizo un ligero tirón de su mano, y yo la solté—. Deja atiendo unas cosas, y te busco para hablar.

Me quedé callado unos momentos, luego asentí y ella se alejó.

Me quedé mirando el espacio que había dejado. "*Tiempo*", la palabra resonaba en mi cabeza mientras intentaba procesar lo rápido que se había ido.

Me moví hacia un banco y me dejé caer en él, sintiendo una extraña combinación de alivio. Por fin, habían atrapado al tipo que casi me manda al otro mundo. Debí sentirme aliviado, pero las palabras de Katsumi no me lo permitieron.

Caminé por el gimnasio, sintiéndome más solo de lo que había estado en mucho tiempo.

—¿Qué mierda le habrá dicho Robert? —murmuré para mí mismo mientras recogía mi toalla y botella de agua.

"*Sé honesto contigo mismo, Aidan: De seguro algo hiciste que la alejó. Mierda, ¿por qué siempre me las arreglo para estropear las cosas buenas en mi vida?*"

Apenas si había logrado asimilar la ráfaga de emociones que me había dejado el encuentro con Katsumi, cuando Nancy apareció de la nada. Venía vestida como si hubiera tenido una reunión con altos ejecutivos.

Se plantó frente a mí, su expresión seria, aunque sus ojos destellaban con ese brillo característico de quien está a punto de soltar una bomba de noticia.

—Aidan —dijo con una sonrisa de niña emocionada al entregarme una carpeta llena de folletos coloridos. Se le notaba el entusiasmo, y cuando noté que los folletos eran de su marca favorita de bebidas deportivas entendí el porqué.

—Me conseguiste un patrocinio.

—¡Llevamos bebiendo esta cosa desde pequeños! Este verano serás el nuevo rostro de la marca a nivel nacional.

—Ah, claro, suena interesante —murmuré, mi vista fija en los folletos sin procesar la información.

—¿Interesante? ¡Alégrate! ¡Llevo meses tratando de cerrar este trato para ti y para Khalil!

—Sí, sí, por supuesto que estoy alegre —asentí, pero mi tono era distante, y mi mente seguía en otro lugar.

Nancy frunció el ceño. Era obvio que yo no estaba haciendo nada para ocultar mi distracción.

—Normalmente te lanzarías preguntando detalles como la cantidad de comerciales que tendrás que grabar o visitas a eventos que tendrás que hacer —había una mezcla de confusión y preocupación en su voz.

—Me conoces bien, hermanita. Estoy seguro de que me conseguiste un excelente trato.

—¿Acaso no querías asociarte con esta marca? —preguntó, inclinándose hacia adelante.

—Nancy, ahora no es un buen momento, ¿vale?

Ella me miró con ojos entornados. —Aidan, si hay algo más…

—No te preocupes, Nancy —le interrumpí—. Solo necesito despejar mi mente, eso es todo.

Ella me observó un momento antes de cambiar de estrategia.

—¿Cómo van las cosas con Katsumi? —preguntó, intentando sonar casual— ¿Has sabido algo de la investigación?

La mención de Katsumi fue como una bofetada, o una patada en las bolas. Por un instante, me quedé sin palabras.

—Bueno, es complicado —respondí, sintiendo cómo la sencillez de mi respuesta ocultaba un torbellino de emociones—. Pero sí, ya atraparon al tío.

—Entonces ya no necesitarás de sus servicios de protección.

Chasqueé la lengua, y miré hacia abajo. —Así parece.

La mirada de Nancy me decía que no necesitaba decirle más, pero luego ella suspiró como si se hubiera resignado a saber más detalles.

—Bueno, eso te facilitará las cosas, ¿no? —dijo—. Siempre por estas alturas es cuando empiezas a perder el interés.

Su comentario, aunque entregado con suavidad, me golpeó con la patada de una mula, despertando una chispa de irritación que no pude, o no quise, contener.

—¿Perder el interés? —le pregunté con tono indignado.

—Sí —dijo, al parecer confundida por mi reacción—. Después de unas semanas siempre estás buscando la forma de dejar de ver a una chica. Ya va siendo ese momento con…

—¿Y tú qué vas a saber? —las palabras se escaparon de mi boca antes de controlar mi coraje — ¿Cuándo fue la última vez que siquiera tuviste una cita?

Nancy retrocedió un poco.

—No tienes que ponerte así, Aidan —respondió, su tono intentaba ser conciliador, pero el daño ya estaba hecho—. Solo estaba haciendo una observación.

—Pues guarda tus observaciones para ti —le dije mientras la frustración se arremolinó en mi pecho.

—¿Sabes qué? —Nancy me arrebató la carpeta de las manos— Podrías ser un poco más agradecido. Si te estás pudriendo en dinero es porque yo he podido negociar buenos tratos a tu nombre. Yo no tengo la culpa que hayas vuelto a cagarla con la chica de tus sueños.

Ella ni me dejó tiempo de responderle. Nancy se dio la media vuelta y se alejó caminando con pisadas tan fuertes que no me habría sorprendido si sus tacones agujeraran el piso.

Miré hacia el techo y respiré profundo antes de dejar salir un gruñido cargado de toda la frustración que hervía dentro de mí en aquel momento.

Cogí mis cosas y salí del gimnasio. Caminé por todo el complejo deportivo como un alma en pena, perdido en mis pensamientos.

Caminé cada vez más rápido, como si pudiera escapar de mis pensamientos dispersos. No podía centrarme en nada. Katsumi, Nancy, mi preparación física, el libro de jugadas, la identidad del imbécil que quería matarme.

La discusión con Nancy me dejó un regusto amargo. Golpeó un nervio expuesto, echando luz a una verdad que yo actuaba como si la pudiera ignorar, pero la realidad era otra: siempre arruinaba todo lo bueno que llegaba a mi vida.

—Siempre tengo que ser yo el que la cague —murmuré al vacío, una confesión silenciosa a las sombras que me rodeaban.

Me asomé por la ventana, y encontré el único lugar en el mundo donde todo tenía sentido para mí.

Salí del edificio y me dirigí hacia el campo de práctica. Los asistentes todavía no recogían los costales que tenían los balones con los que practicábamos.

Me eché al hombro uno de los costales y me dirigí al área donde los *quarterbacks* practicábamos nuestros pases.

La hierba bajo mis pies olía fresca, recién cortada y un poco húmeda. Luego de pisar con fuerza un par de veces logré sentirme firme, y encontré el enfoque necesario para sacar de mi cabeza todos esos pensamientos que me torturaban.

Cogí un balón. El tacto del cuero, rugoso y familiar, me ayudó a imaginarme en otro lado: el gran juego, el campeonato. Joder, aquel día había jugado como nunca. Estaba seguro de que tenía el campeonato en la bolsa.

Y luego vino ese pase interceptado. El único error que había cometido aquel día.

Ajusté el balón en mi mano, sintiendo su peso. Miré la red con el agujero rojo a unas veinte yardas de mí.

Debí acercarme más para lanzar un par de pases de práctica, pero mis emociones ya me tenían bastante caliente.

Lancé el balón, y éste acertó en mi blanco. Cogí otro balón, me moví unos metros a un lado, volví a lanzar, y acerté de nuevo.

Lancé el balón una y otra vez, cada vez con más fuerza, usando cada lanzamiento como un medio para liberar la frustración y la confusión que me había atormentado.

No había juicios aquí, solo yo, el balón, y la cancha. No había relaciones complicadas. Ni palabras que pudieran malinterpretarse. Solo distancia, velocidad, y la gravedad con la que cada balón regresaba al suelo.

Con cada lanzamiento la tensión se disipaba, y mis pensamientos se clarificaban.

Un par de yardas más hacia atrás, en el blanco.

Otras más a un lado, en el blanco.

¡Rápido! ¡Corriendo como si un defensivo estuviera a punto de atraparme! ¡En el blanco!

¡Cincuenta yardas atrás! ¡En el puñetero blanco!

Aunque estuviera jadeando por el esfuerzo y el movimiento, podía respirar, podía encontrar la paz que necesitaba. Podía ser yo.

"*¿Y entonces por qué no puedo ser así de bueno con mi vida?*" pensé.

Sacudí la cabeza, y lancé otro pase hacia la red.

Pasó por encima, y quedé paralizado.

Me senté en el césped y observé el balón dejar de moverse, y volví a sentir cómo todo a mi alrededor se derrumbaba.

Capítulo 24.

Katsumi

—¡Katsumi! —la voz de Nancy hizo eco por los pasillos del Centro Deportivo, cargada de un tono acusador que me detuvo en seco.

"*¿Y ahora qué?*" me giré hacia ella, encontrándola ya frente a mí con los brazos cruzados y una expresión que expresaba mejor su desdén hacia mí que cualquier insulto o frase que pudiera decirme.

—¿Qué se te ofrece, Nancy? —pregunté, esforzándome por sonreír e intentando mantener la calma ante su evidente enfado.

—Que dejes de meterte en la cabeza de mi hermano.

Fruncí el ceño. —¿De qué estás hablando?

Nancy dio un paso hacia mí, su rostro a pocos centímetros del mío, y todos mis instintos de que estaba a punto de atacarme se activaron, poniéndome tensa y lista para contraatacar.

—¿Sabes cuál fue la peor temporada de Aidan como profesional? —preguntó a regañadientes.

—No sigo deportes profesionales.

—Fue después de que regresara de Los Ángeles —me mostró los dientes como si estuviera a punto de rugir—, después de estar contigo.

"*¿Cuál es su puñetero problema?*" pensé.

—¿Lo lamento? —dije, tratando de no reírme por los nervios que su presencia estaba detonando en mi interior.

"*Sería divertidísimo explicarle a Robert por qué le reventé el hocico a la agente de Aidan*".

—Haznos un favor a todos y renuncia ya a tu trabajo con Aidan —abrí la boca para responder, pero Nancy me cortó antes de que pudiera decirle algo—. Ahora que ya atraparon al que intentó matarlo, no tienes por qué seguir aquí. No te mereces a un hombre como mi hermano.

Hubiera preferido un puñetazo. El impacto de sus palabras me dejó sin aliento.

Nancy apretó los labios y se alejó, dejándome con la mente sin pensamientos, solo confusión, sorpresa, y bastante cabreada.

Caminé por todo el centro, pero fue tan mala mi suerte que no me encontré a nadie a esa hora para preguntarles dónde estaba Aidan. Pensé en ir al cuarto de cámaras, pero el andar por todo

el centro me sirvió para relajarme un poco.

—¿En dónde se metió este cabrón? —dije para mí misma al salir hacia los campos de práctica, el único lugar que me faltaba recorrer.

El cielo ya cambiaba del azul al naranja del crepúsculo, y podía oler el aroma de césped recién regado en la brisa que me daba en la cara.

Aidan, con la concentración fijada en su entrenamiento, ejecutaba una serie de lanzamientos precisos hacia una red en el otro extremo del campo. Sabía que los *quarterbacks* debían tener buena puntería, pero verlo lanzar un balón a esa velocidad y con esa precisión me dejó sorprendida.

Me detuve un momento para observarlo desde la línea lateral. Sus movimientos fluidos eran terapéuticos, y había algo hipnótico en la forma en que su cuerpo se coordinaba con cada lanzamiento.

—¿Katsumi? —la voz de Aidan cortó el aire, su tono sorprendido al verme allí tras lanzar el último balón.

Mi corazón latía fuerte dentro de mi pecho, como si solo le faltara voz para rogarme de no hacer lo que iba a hacer. —Te estaba buscando.

—Me encontraste —dijo antes de alejarse corriendo a la red.

Se trajo varios balones entre sus brazos, y regresó corriendo a donde estaba antes de dejarlos caer.

—¿Tienes tu móvil de adorno? —le pregunté con tono de regaño— Te he llamado varias veces. ¿Por qué no contestaste?

Aidan frunció el ceño antes de recoger una pelota del suelo. —Lo siento, estaba concentrado aquí —miró hacia la red, y lanzó otro pase perfecto—. Cuando entreno me desconecto de todo lo demás.

Aguanté la sonrisa. Entendía a la perfección a lo que se refería, pues me pasaba lo mismo cuando estoy en el ring fogueando con Robert o con algún compañero de entrenamiento.

—Pues deberías mantener el móvil cerca, especialmente con todo lo que está pasando —repliqué, sintiendo cómo la tensión se acumulaba entre nosotros.

—¿Y qué está pasando? —preguntó, lanzando un pase más, pero este pasó por encima de la red— Me dijiste que ya habían atrapado al responsable de los atentados contra mí.

—Lo hice, pero…

—Entonces ya no hay peligro —Aidan recogió otro balón. Parecía que estaba a punto de lanzar otro pase, pero se detuvo, miró al suelo unos momentos y se giró hacia mí—. ¿Quién era?

—¿Quién intentó matarte?

—Sí —él suspiró—. ¿Es alguien que conozco?

Negué con la cabeza. —No —respiré hondo, preparándome para revelarle lo que sabía—.

Fue alguien que apostó a tu favor en la final de la temporada pasada… Y te culpa de haber perdido su casa, su trabajo, su familia.

Aidan apretó los labios. —O sea que si hubiera atinado ese último pase…

—No, Aidan —me paré frente a él y le miré a los ojos—. Tú no lo obligaste a hacer una apuesta ridícula, y no fue tu culpa que el tío no supiera mantener su familia y su trabajo.

—Pero nada de esto habría pasado si yo… —él dio un par de pasos hacia atrás y lanzó otro pase. Seguí la bola con la mirada, y ésta tampoco dio en el blanco—. Perfecto, otra cosa para añadir a mi lista de cagadas —murmuró.

—Aidan —me giré hacia él, pero me detuve al cruzar mi mirada con la suya. Había algo en ella que me dejó paralizada. Un instinto, algo dentro de mi cabeza o corazón, una sensación que me decía que ya había sido suficiente charla.

—Supongo que también estás aquí para decirme algo más, ¿no? —Aidan puso sus manos en su cadera— Algo sobre… No necesitar ya una guardaespaldas.

Negué con la cabeza y me acerqué a él.

—Ahora que ya no corres peligro, no tiene sentido que tengas una guardaespaldas, ¿no crees?

—Hay muchas fanáticas locas allá afuera —él sonrió, tratando de aligerar el ambiente sin éxito.

Nos miramos unos momentos, y luego él se acercó a mí e intentó cogerme la mano.

Pero yo me hice a un lado, y él se palideció como si se hubiera congelado.

—Ahora que esto se acabó, nada nos impide estar juntos —Aidan se giró hacia mí—. Ya no necesito una guardaespaldas, pero sí te necesito a ti, Katsumi.

Le miré, intentando ocultar el remolino de emociones que sus palabras desataban dentro de mí. —Haré el favor de recordarte que hay miles de chicas ahí fuera haciendo fila para estar contigo —negué con la cabeza y me di la media vuelta. Ya no pude mirarlo a la cara—. Y créeme, son mucho mejores que yo.

—¿A qué te refieres con que son mejores que tú? No hay ninguna mujer como tú, Katsumi —su voz sonó firme, y no pude evitar sonreír, aunque solo haya sido por un instante.

—¿Y por cuánto tiempo lo pensarás así? —quería girar hacia él, pero me esforcé en no hacerlo— ¿Hasta que encuentres a otra que te llene el ojo y decidas que ahora ella es la mejor opción?

Él se movió y se paró frente a mí, y yo bajé la mirada.

—¿Qué hice mal esta vez, Katsumi? —la voz de Aidan se quebró un poco—. Y no digas que nada. Siempre soy yo el que la caga, y estoy seguro de que esta vez no es la excepción.

—Aidan eso no es…

—Hace años —me interrumpió al mismo tiempo que daba un paso hacia mí—, cuando todo

esto empezó yo quise volver por ti, Katsumi. Te llamé.

—No lo hiciste, Aidan —mi voz se endureció—. He tenido el mismo número toda la puñetera vida… Incluso nos enviamos fotos que nos tomamos cuando estábamos juntos. No hubiéramos podido hacerlo si no tuvieras bien mi número.

—Pero…

—¡No me llamaste, Aidan! —le grité— ¿Ya qué caso tiene que sigas con la misma mentira?

El rostro de Aidan se tensó, como si cada palabra mía fuera un golpe directo a su ser. Por un momento, ninguno de los dos habló. Solo el sonido del viento moviendo las hojas de los árboles y el distante eco de los coches en la carretera llenaba el aire entre nosotros.

—No estoy mintiendo, Katsumi.

—Aidan —levanté mi mano y él se quedó callado—. No vamos a rehacer el pasado. Lo que ocurrió, ocurrió. Y ahora, bueno, ahora cada uno debe seguir su camino.

El crepúsculo se había intensificado, envolviendo todo en sombras y matices de un azul profundo. Aquellos colores siempre me parecieron tristes, y eran adecuados para la ocasión.

—¿Qué es lo que quieres, Katsumi? —era notable la frustración en la voz de Aidan—. Estoy aquí, ahora, dispuesto a estar contigo como debí haberlo…

—No puedo… No podemos olvidar el pasado, Aidan —respiré hondo y apreté los labios un poco, esforzándome por contener las lágrimas—. Y la gente… La gente en realidad no cambia… Estos días fueron… Caóticos… Hermosos… Y nunca los olvidaré… Pero no nos hagamos ilusiones de cómo iba a terminar esto, Aidan.

—¿Entonces ya decidiste por ambos? —gruñó— ¿Yo no tengo voto en este asunto?

—Aidan, no…

—Dime por qué, Katsumi.

—Ya te lo dije, Aidan. Ya no necesitas una guardaespal…

—¡No! —él se acercó tanto a mí que pude sentir el calor de su cuerpo y ver las lágrimas a punto de salir de sus ojos— Ese no es el porqué.

—Sí lo e…

—¿Que no ves que podemos estar juntos?

—¡No, Aidan, yo…!

—Nada nos lo impide. Podemos corregir lo que…

—¡NO QUIERO! —grité, y él se quedó callado— ¡Entiéndeme de una puta vez! ¡Ya no quiero seguir esto contigo! ¡No quiero lastimarte! ¡No quiero que me lastimes! ¡Esto solo termina en dolor para ambos y no es lo que quiero, Aidan! ¡Deja de insistir y respeta mi jodida decisión!

Aidan se tensó, sus ojos chispearon con una mezcla de ira y desesperación.

Cogió su bolsa de deporte y se alejó, cada paso resonando en el silencio que se había instalado entre nosotros. Se detuvo de pronto, como si una idea repentina lo hubiera golpeado, y sin girarse, dijo en voz alta:

—Ya sé por qué ninguna de mis relaciones ha funcionado en el pasado —dijo con voz lenta y forzada—. Ninguna ha sido contigo, Katsumi —no se giró, solo miró hacia arriba y resopló—. Gracias por liberarme al fin de esa ilusión de que algún día podríamos estar juntos.

No dije nada. ¿Qué le podía decir?

Aidan se fue, su figura se disolvió en la oscuridad como si se lo tragara la noche.

Una vez que su presencia se esfumó por completo, las compuertas de mi autocontrol cedieron.

Las lágrimas salieron, primero tímidas, luego incontenibles.

Cada sollozo fue eco del dolor que había intentado ignorar. Un dolor que dejó una huella imborrable en mi corazón, y permití que la tristeza me envolviera.

Capítulo 25.

Aidan

—¡Colega, esta mierda vuela! —gritó Khalil en cuanto pisé el acelerador de mi nuevo coche al subimos a la autopista de Ciudad del Sol.

—¿Sabías que este coche puede llegar a cien en menos de cuatro segundos? —dije al cambiar a un carril más despejado.

No habían pasado ni diez minutos desde que lo sacamos de la agencia y ya estábamos violando todas las normas de tránsito que podían existir.

Pero un Ferrari Roma Spider convertible era una bestia que merecía ser desatada, y más cuando tocaba una carretera por primera vez.

De seguro parecíamos un borrón rojo cereza para las personas que nos miraban.

—No sé si es más rápido el coche o tu capacidad de cambiar tu humor, Aidan —bromeó Khalil mientras sujetaba con más fuerza de la necesaria el asiento del pasajero.

—¿Te pone nervioso la velocidad, colega?

—¡Me pone nervioso que estés tú al volante! —gritó entre risas.

El estruendo del motor se mezclaba con el rugido del viento a nuestro alrededor. Aquello fue una fugaz liberación del remordimiento, frustración e ira que habían plagado mis últimos días. La velocidad me consumió, manteniéndome en un presente continuo donde el pensamiento de Katsumi no podía alcanzarme.

Solté el acelerador cuando llegamos a la salida de la autopista hacia el centro de la ciudad donde estaba mi piso. Pasamos frente a un policía, pero como ya íbamos a una velocidad decente no tuvo motivos para perseguirnos.

Había olvidado que traíamos la radio encendida. No lo recordé hasta que Khalil bajó el volumen. —Colega, ya han pasado un par de días —dijo— ¿Vas a decirme qué ocurrió con Katsumi?

Gruñí. —No.

Khalil suspiró. —Llevas toda la semana como si te hubieras tragado un demonio.

—Y por eso necesito desahogarme esta noche, Khalil —respiré hondo—. Mañana no hay entrenamiento, así que hoy quiero ahogarme en esas tres botellas de Macallan que…

—Colega, *necesitas* hablar de esto. No te hace bien tragarte tus…

—¿Desde cuándo eres un aguafiestas?

—Desde que me preocupas, Aidan.

Gruñí y negué con la cabeza. —Vale, pero no tendremos esta conversación estando sobrios.

—Nunca supuse que así sería.

Hice una mueca, concentrándome en el camino iluminado solo por los faros del coche y las luces esporádicas de la calle.

Giré en la última esquina antes de llegar a nuestro destino y aceleré un poco, haciendo que el coche se deslizara por el pavimento de manera controlada. La maniobra requirió toda mi concentración, la cual necesitaba para quitar a la fuerza de cierta mujer que acosaba mis pensamientos con los pedazos de mi corazón roto.

Cuando entramos al aparcamiento miré de reojo hacia la esquina donde siempre aparcaba una camioneta negra que pertenecía al equipo de seguridad de Katsumi.

El espacio estaba vacío, y aquello provocó un retortijón en mis entrañas que me agredió, al mismo tiempo que un recuerdo del rostro sonriente de Katsumi y el aroma de su cabello apareció como un espectro dentro de mi cabeza.

Apenas entramos al portal de mi edificio cuando la figura de Nancy nos saludó con una sonrisa forzada.

"*Sigue cabreada,*" pensé al mirarla. "*Joder, no estoy de humor para aguantarle uno de sus berrinches*".

—Señor Foster —llamaron desde un lado. Un empleado del edificio se acercó a nosotros cargando una caja grande—. Señor, llegó este paquete para usted.

—¿Qué nuevo juguete ordenaste? —preguntó Khalil con tono curioso.

Miré el remitente del paquete y al ver que venía de Denver sonreí. —Algo que podría solucionarlo todo.

Mi hermana se acercó a nosotros. —Aidan, necesitamos…

—Ahora no, Nancy —le interrumpí al recibir la caja del empleado—. Si quieres que hablemos de algo serio, tendrá que ser hasta mañana, porque esta noche quiero saber cómo sienten las arañas tras ser fumigadas.

Nancy suspiró y negó, luego su rostro cambió a uno de resignación mientras esperábamos el ascensor.

Miré la caja, pero me di cuenta de la forma en que Khalil y Nancy se coqueteaban con la mirada.

—Ese color te queda de maravilla, Nancy —dijo Khalil con tono seductor—. Resalta tus ojos de forma espectacular.

Nancy le contestó con su propia sonrisa.

—Gracias, Khalil —dijo cuando se abrieron las puertas del ascensor—. ¿Son los vaqueros

que te compré?

—Se me ven bien, ¿no?

"*Dios, ¿por qué me castigas así?*" pensé al mirar hacia arriba. Al menos escuchar a mi hermana y mejor amigo coqueteando logró sacarme a Katsumi de la cabeza unos momentos.

Hice mi mejor esfuerzo por ignorarlos. Quizá habían vuelto a salir, o quizá solo era coqueteo inocente.

"*Quizá están enamorados*," pensé al mirarlos de reojo y pillar a mi hermana sonriendo.

Me daba gusto por ella, pero en aquel momento mi corazón intentó detenerse pues era la misma sonrisa que Katsumi me llegó a lanzar luego de pasar la noche juntos.

Ese trayecto en el ascensor fue pura maldita tortura.

Una vez en el piso llevé la caja a la mesa de la cocina y la abrí usando mis llaves como navajas para cortar la cinta con la que estaba cerrada.

—¿Qué hay en la caja? —preguntó Nancy, poniéndose a mi lado mientras levantaba las tapas.

—Algunas cosas que tenía almacenadas en Denver —le contesté al abrirla.

Fue como si el mismísimo Dios lo hubiera acomodado para mí. Encima de todos los adornos, tazas, fichas de póker, servilletas y otras tonterías que había coleccionado a lo largo de los años, encontré mi viejo móvil.

—¿Por qué guardaste esta antigüedad? —preguntó Khalil, curioso mientras yo lo sostenía con cuidado, como si fuera una reliquia preciada.

—Fue el primer móvil que compré con mi dinero —dije con una sonrisa—. Le tengo apego —expliqué, deslizando el dedo por la pantalla apagada—. Además, aquí tengo fotos que Katsumi y yo nos tomamos durante nuestras vacaciones juntas.

Khalil asintió, comprendiendo la carga emocional de ese pequeño dispositivo en mis manos.

Nancy resopló y negó con la cabeza. —Te lo diré con todo el cariño del mundo, hermanito: déjala ir.

—Ya intenté eso, hermanita —le dije mientras encendía el móvil. Me sorprendió que la cosa todavía tuviera algo de carga—. No me apetece volverlo a hacer.

—No es nada sexy obsesionarte con una chica, sabes —dijo Nancy con firmeza.

La mezcla de esperanza y nostalgia que había sentido al encontrar el móvil se vio eclipsada por la frustración y el resentimiento que sus palabras despertaron en mí.

—Puedo aceptar que una chica me mande a la mierda por culpa mía —le dije sin ocultar lo cabreado que me puso—. Si le fui infiel, o ella conoció a alguien más, u olvidé el cumpleaños de su puñetera mascota. Vale, no importa la razón, puedo aceptarlo si es la verdad.

—Pues no parece.

—¡Este no fue el caso, Nancy! —le grité— ¿Sabes por qué Katsumi no quiso darme otra oportunidad? —levanté el móvil— Porque ella asegura que yo nunca le llamé, que la descarté luego de saciar mis necesidades, y cree que lo volveré a hacer. Pero la realidad es que sí lo hice, que sí la busqué, y ella fue la que no contestó.

—Entonces el plan es ponernos estúpidos mientras nos obsesionamos con el pasado —dijo Khalil con tono juguetón—. Vale, necesitaremos más de tres botellas.

—¿Qué esperas encontrar, Aidan? —insistió Nancy.

—Pruebas —dije al abrir la aplicación para hacer llamadas—. Dejé de usar este móvil un par de semanas después de que regresé de Los Ángeles porque me regalaron uno nuevo, así que todavía debe haber registro de… ¡Ajá! ¡Lo sabía!

—¿Qué? —preguntó Khalil, acercándose rápido con una botella abierta en una mano y un par de vasos en la otra.

—Aquí está la prueba de que sí le llamé a Katsumi —le mostré a Khalil la pantalla donde estaba el registro de las últimas llamadas que había hecho y recibido.

—¿En serio, Aidan? Eres patético —dijo Nancy.

Le hice una pedorreta a mi hermana antes de irme al sofá. Miré unos momentos mi pecera y suspiré mientras miraba el viejo móvil.

"*Si le enseño esto, ella verá que yo…*" sin pensarlo abrí la aplicación de mensajería.

Los mensajes antiguos aparecieron en la pantalla. Deslicé mi dedo rápido de arriba abajo en la pantalla, mirando los mensajes y buscando el nombre de Katsumi para leer sus viejos mensajes.

"*¿Dónde están?*" pensé, extrañado de que no apareciera ninguno. Mi pecho se comprimió un poco cuando puse mi dedo en la pantalla y deslicé más despacio. "*Sí, estoy en las fechas correctas. Debería haber mensajes suyos*".

—¿Todo bien, colega? —preguntó Khalil al sentarse a mi lado. Cuando le miré noté que estaba ofreciéndome un vaso con whisky en las rocas.

—No lo sé —regresé mi atención al viejo móvil, tratando de encontrarle el sentido a lo que estaba mirando: docenas de mensajes con el remitente NÚMERO BLOQUEADO.

Presioné uno de los mensajes, y un hueco se manifestó dentro de mi pecho.

Era un mensaje de Katsumi.

Abrí otro de aquel número bloqueado, y reconocí un mensaje más de ella. Repetí varias veces, y el resultado no cambió.

—Esto no tiene sentido —murmuré al abrir mi aplicación de contactos y encontrar el número de Katsumi—. Ahí está. Esos mensajes deberían ser de ella.

Khalil miró la pantalla. —¿Seguro? ¿El número es el mismo?

"*Por supuesto que lo es,*" pensé antes de tacharlo de tonto por sugerirlo, pero algo dentro de

mí me empujó a comprobarlo.

No lo eran. No era el mismo número.

—¿Cambió el número? —preguntó Khalil, frunciendo el ceño.

—¿De qué tontería están hablando? —Nancy se acercó a nosotros con su propio trago en las manos.

Con la mirada fija en ella un recuerdo fulminante me asaltó.

—Nancy, si la memoria no me falla tú siempre cuidabas mi móvil cuando íbamos juntos a eventos —le dije.

—Me acuerdo —ella se sentó en el sillón junto al sofá—. Y lo sigues haciendo. Sabes que odio que me trates como tu secretaria.

Abrí el registro, y encontré una llamada entrante del número bloqueado.

—¿Tú contestaste la llamada de Katsumi? —le pregunté.

—¿Cómo voy a recordar si le contesté la llamada a una de tus conquistas o…?

—Esfuérzate en recordar —le dije con el tono más amenazante que pude.

—Colega, tranquilo que…

—No te metas, Khalil —dije sin quitarle la mirada a los ojos de Nancy—. Esto es entre mi hermana y yo.

Ella vaciló un instante, sus ojos desviándose antes de volver a encontrarse con los míos.

—No —contestó.

Mintió. De tantos años de conocerla sé cuándo está contando una mentira, y esa respuesta suya sonó falso en el espacio entre nosotros.

—Dime la verdad, Nancy —insistí, la rabia comenzando a hervir en mis venas.

Nancy le dio un largo trago a su bebida, y luego suspiró.

—Aidan, acababas de conocer a Esmeralda —dijo, y rechiné tanto los dientes que pensé que los rompería—. Ella era mejor para ti a largo plazo. Veía lo distraído que estabas después de regresar de Los Ángeles, así que… Sí, cuando ella llamó yo…

La traición se sintió como un puñal en el pecho.

—Cambiaste el número de Katsumi para que no pudiera llamarla —la voz me salió más aguda, cargada de acusación mientras levantaba mi viejo móvil.

Nancy guardó silencio, su falta de respuesta era todo lo que necesitaba saber. La ira se apoderó de mí, una furia roja y cegadora.

—Fuiste tú quien le dijo a Robert que Katsumi y yo estábamos juntos, ¿verdad? —casi grité al ponerme de pie, mientras la figura de Nancy se encogía ante mis palabras.

—Soy tu agente, Aidan —ella se acercó, desafiándome con su mirada—. Esa mujer no hace más que distraerte de lo que debería importarte. Su labor era cuidar tu vida, no quitarte los pantalones. Yo hice mi trabajo: ver por tu bien, aun cuando tú mismo…

—Lárgate de aquí, Nancy —ordené apuntando hacia la puerta del ascensor—. Considérate despedida.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿En serio? ¿Vas a despedirme por protegerte de tus idioteces en el amor?

—Nancy, si fueras un hombre te sacaría a golpes de aquí —dije a regañadientes, luego volví a apuntar hacia el ascensor—. ¡Ahora lárgate de mi vista!

Ella rio, negó con la cabeza y terminó su bebida antes de arrojar el vaso hacia la cocina, rompiéndose al impactar con la pared junto a mi habitación.

—Vale —dijo a regañadientes—. ¿Quieres tirar todo lo que has conseguido a la basura por culpa de esa zorra? Por mí está bien, pero no esperes que te reciba con los brazos abiertos.

Nancy se fue sin más. Khalil se acercó, intentando ofrecer algún consuelo, pero yo levanté una mano para detenerlo.

—Déjame solo, por favor —murmuré, la voz quebrada por la tormenta de emociones que me asolaba.

—Colega, al único lugar al que voy es por la escoba y el recogedor para limpiar ese vaso. No pienso dejarte solo en este momento.

Reí, y le miré ir a la cocina a hacer justo eso.

“Al menos todavía me queda un amigo en este mundo”.

Capítulo 26.

Katsumi

—¡Ya te olvidé! —canté a todo pulmón con el cepillo de pelo en mi mano haciendo la función de micrófono— ¡Ya estás muy lejos de mí!

Aunque la canción de Yuridia resonaba con fuerza en mis bocinas y en mis cuerdas vocales, mi interpretación distaba mucho de ser fiel. Estaba consciente que cualquiera que me estuviera escuchando podría creer que estaban torturando a todos los gatos callejeros de la ciudad.

Nada de eso me importaba. Había perdido la noción del tiempo. Solo sabía que el viernes traté de mantener la compostura en el trabajo, pero al medio día ya no soporté un momento más fingiendo que no estaba por desmoronarme por dentro.

Aunque ya sabía que pasaría, el haberlo perdido otra vez me acercó demasiado a ser destruida por completo.

¿Mi solución? Tres botellas de tequila y dos de vodka desde el viernes por la noche.

Joder, ya ni sabía en qué día me encontraba.

De pronto, un golpe fuerte en la puerta interrumpió mi concierto privado. Sin dejar de cantar, grité hacia la entrada:

—¡Voy a olvidarte aunque me duela, aunque tenga que engañar a mi corazón!

—¡Katsumi! —la voz de Robert sonó al otro lado.

—Joder, sí que estoy ebria si ya estoy escuchando voces —murmuré para mí misma mientras reía.

—¡Katsumi! —ahora era la voz de Isla.

Escuché murmullos de otras voces que no alcancé a distinguir. Otra chica, y otro hombre. "*¿Claudia y Marco?*" pensé, pero luego decidí subir el volumen a mis bocinas.

Pero ya estaban al máximo.

Resoplé y arrojé el control del volumen hacia no sé dónde, y seguí tarareando.

Cerré fuerte los ojos. —¡Me dijiste que jamás podría olvidarte! —canté— ¡Que después iría a…!

Algo golpeó fuerte contra mi puerta con suficiente potencia como para romper el pasador que la mantenía cerrada y mandarlo a volar hasta el suelo frente a mí.

Me levanté y miré hacia la entrada. Isla y Claudia acababan de entrar y se dirigían hacia mí, mientras Marco y Robert miraban el marco destrozado de la puerta.

—Le llamaré a mi cerrajero para que venga —dijo Marco.

Robert me miró de reojo y luego se dirigió a él. —Me pasas la factura.

Me solté riendo cuando Isla y Claudia me trataron de abrazar. —¡Eh! ¿Vienen a la fiesta? Espero que hayan traído más alcohol porque ya no me queda ni una gota.

—Dios, ¿qué tan borracha estás? —preguntó Isla.

—La mejor pregunta es… —comencé, luego mi mente se quedó en blanco y me solté riendo —. La mejor pregunta es si llegaré al baño antes de vomitar en mi piso. Vamos a averiguarlo.

Fui corriendo al baño, y por fortuna ya tenía la tapa levantada así que el proyectil que salió de mi boca cayó donde debía parar.

—Déjenos a solas —escuché a Robert.

—¿Qué? —era obvio que Isla iba a protestar— ¡Mírala! No vamos a…

Levanté la cabeza y miré a Robert murmurarle algo a Isla y a Claudia antes de tener que volver mi atención a seguir vaciando el contenido de mi estómago en el baño.

Después de unos instantes volví a levantar la cabeza, y encontré a Robert de rodillas a mi lado, frotándome la espalda y sujetándome el cabello.

—Lo siento, jefe —dije con voz rasposa—. Olvidé avisar a Recursos Humanos que me tomaría unas vacaciones.

Él rio. —No vine para ver por qué no habías ido a trabajar, Katsumi. Vine porque mi mejor amiga se desapareció todo un fin de semana y no le contestabas el móvil a nadie.

Un escalofrío recorrió mi espalda. La preocupación en su voz era genuina, lo que me hizo sentir aún peor por la escena que había montado.

—¿Todo el fin de semana? —negué con la cabeza— ¿Qué día es?

—Lunes, y ya es medio día —dijo Robert—. La última vez que te encontré así fue después de que tu papá…

Se me revolvió el estómago, pero no para vomitar otra vez, sino por el recuerdo del dolor en aquellos días.

—Lo siento, Robert —murmuré—. Vete de aquí. Tienes mejores cosas que hacer que…

—No hay nada que me importe más en este momento que cuidar a mi mejor amiga.

Sus palabras se clavaron directo en el corazón, y al combinarlas con mi actual estado de ebriedad resultaron en un torrente de lágrimas que salieron de mis ojos acompañados de sonoros sollozos.

Robert me abrazó, y perdí de nuevo la noción del tiempo que duramos sentados en el suelo de mi baño.

—¿Dónde están las sillas de tu cocina? —cambió de tema, y al mirarlo noté que fruncía el

ceño mientras miraba por la puerta.

—Aquí —me levanté y caminé tambaleándome hacia la sala, donde la chimenea en la esquina lucía los restos humeantes de lo que fueron mis sillas.

Robert rio. —¿Pero qué…?

—Me dio frío en la noche y necesitaba madera —murmuré, esquivando su mirada.

Robert se acercó, reduciendo la distancia entre nosotros. Apagó la música por completo y el silencio se adueñó del espacio.

Miré mi sofá, pero me pareció demasiado lejos y opté por sentarme en el frío suelo de la cocina, con la espalda apoyada contra los armarios.

Robert se sentó a mi lado y contemplamos juntos el techo, como si en los brazos del abanico encendido pudiésemos encontrar respuestas.

Al menos sí encontré una: —Por eso me dio frío —dije, y luego reí. .

—Supongo que algo pasó con Aidan, ¿no? —la voz de Robert sonaba cautelosa.

Resoplé. —Oh, sí, claro, porque eso no es obvio en absoluto —contesté con el tono más sarcástico que pude hacer. Robert me miró con una mezcla de preocupación y exasperación, y gruñí—. Lo siento, no mereces que yo…

—Está bien —él me abrazó, y yo apoyé la cabeza en su hombro— ¿Quieres que lo despida del equipo? —preguntó, y aunque su oferta parecía en serio, lo único que logró fue sacarme una risa amarga.

—¡Le pagaste un dineral para que viniera al…!

—No sería la primera vez que pierdo millones en un negocio —le miré, y no supe si él estaba hablando en serio o no—. Si tú me lo pides, él se larga de Ciudad del Sol.

—No —esperaba que la idea de que Aidan se fuera de Ciudad del Sol me diera algo de alivio, pero solo provocó un dolor en mi pecho como si algo estuviera arrancándome el corazón —. No, solo necesito unos días para… Recomponerme.

—Lo que necesitas son un par de rounds en el ring —su tono intentaba ser ligero, pero sus ojos no ocultaban la preocupación.

—Robert, no estoy de humor —mis palabras brotaron con una dureza fría, un deseo feroz de aislamiento que quemaba en mi pecho—. Déjame en paz, por favor.

—Katsumi, has estado conmigo en mis mejores y en mis peores momentos.

—Me pagabas para eso —negué con la cabeza mientras le miraba—. No esperes que te pague para…

—No pienso abandonarte ahora —me interrumpió—. Si hace falta, te llevaré hasta el aeropuerto y te meteré en un avión a la fuerza —su voz se endureció, pero sus ojos reflejaron una determinación inquebrantable.

Mi mirada se entrecruzó con la suya, buscando alguna pizca de broma en sus palabras, pero solo encontré seriedad.

—¿A un avión?

—Así es.

—¿A dónde me llevarás? —pregunté, la curiosidad picando el fondo de mi desesperanza.

—Siempre has hablado de nadar con tiburones blancos, pues eso haremos —respondió con una sonrisa que se le escapó, reveladora de planes ya en marcha—. He oído que Sudáfrica es muy lindo en esta época del año.

Una sonrisa torcida se dibujó en mi rostro. —¿Esto fue idea tuya o de Isla?

—Mía —Robert rio—. Ella quiere robarme mi tarjeta de crédito de platino para llevarte de compras.

Solté una carcajada. —Eso tampoco estaría mal.

Su risa aumentó, luego se sacó la billetera de su chaqueta y me ofreció aquella tarjeta de crédito. —Vale, pero primero dúchate, que *eau de vomir* no es un aroma agradable.

—Joder —reí, y con un suspiro resignado me levanté del suelo y caminé hacia el baño.

Busqué música en el móvil y lo dejé en el lavabo mientras escuchaba algo de rock para tratar de levantarme el ánimo.

Por unos minutos bajo el chorro de agua caliente logré encontrar algo de paz y relajación entre el sonido del agua al caer. Imaginé que el agua se llevaba no solo la peste de la mugre, el alcohol y el reciente vómito, sino el malestar que me provocó el matar la ilusión de que Aidan y yo pudiéramos ser algo más.

La canción terminó. y las primeras notas de “El hombre que yo amo” de Myriam Hernández sonaron, y su voz melancólica llenó el espacio.

—¡¿Es en serio?! —dije, mirando al techo, como si el mismísimo Dios pudiera escuchar mi queja— Cuando quieres joder a alguien, de verdad que…

—El hombre que yo amo tiene algo de niño —decía la canción, y yo me puse de espaldas al chorro de agua, y no pude más que poner atención a la melodía.

—…la sonrisa ancha, tierna la mirada —susurré junto con la canción.

Cada palabra de la canción pareció atravesarme, resonando con el dolor profundo y personal. Mis labios temblaban mientras articulaba con la boca las palabras.

—…Guerrero incansable en busca de aventuras. Tiene manos fuertes, cálidas y puras.

La emoción me sobrepasó y ya no pude detener el llanto, liberado por la intensidad de la música.

—¡El hombre que yo amo sabe que lo amo! ¡Me toma en sus brazos y lo olvido todo!

—A la mierda con esto —dije entre sollozos mientras salía de la ducha.

Cogí el móvil y lo arrojé. Una palabra más de aquella maldita canción me hubiera destruido.

Miré la dirección en la que lo arrojé, y encontré la ventana de mi baño abierta.

No encontré palabras para maldecir mi maldita suerte. Me envolví con una toalla y fui a mi habitación. Mis movimientos no se sentían como míos. Era como si alguien o algo se apoderó de mi cuerpo y lo moviera a su voluntad, pero no la mía.

Ya me había puesto unos pantalones de yoga y una camisa holgada cuando escuché voces filtrándose desde la sala.

Con el corazón aún pesado, pero ahora calmado, abrí la puerta. Robert estaba hablando en la sala con Lucio, mientras un par de policías vigilaban la puerta. Por la expresión en el rostro de ambos imaginé que se trataba de algo serio.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, mi voz intentando proyectar más seguridad de la que sentía, mientras me aferraba a la tela de mi camisa como si pudiera ofrecer algún tipo de protección.

Sus miradas se dirigieron hacia mí.

—Katsumi, necesitamos hablar —dijo Lucio con una expresión seria.

"*Coño, ¿ahora qué?*"Top of Form

Capítulo 27.

Aidan

—Lo que me faltaba en este puñetero día —murmuré mientras llegaba a la oficina del entrenador. Traía en la mano el papel amarillo que encontré pegado a mi casillero un par de minutos atrás.

La puerta estaba abierta, así que ni siquiera me molesté en tocar o avisar mi llegada. Solo entré.

El entrenador Solinsky miraba una grabación vieja de un partido clásico en la televisión sentado en el sofá.

—¿En qué te puedo ayudar, Aidan? —dijo con su voz grave y rasposa antes de darle un sorbo a la enorme taza de café que tenía en las manos.

Levanté el papel amarillo en mi mano. —¿Esto es una multa por llegar tarde o el rescate de un familiar mío que tienes secuestrado?

El entrenador rio como supongo lo haría Santa Clos. Dejó su café en la mesita a su lado y se puso de pie con más facilidad que la esperada de un hombre de su tamaño.

—Necesitas pedir que te regresen tu dinero en la Universidad de Oregón —dijo al dirigirse al enorme escritorio a un lado de la ventana con vistas a los campos de práctica.

—¿Disculpa?

—No es una multa por llegar tarde —se sentó y miró un cuaderno abierto en el escritorio.

Miré el papel amarillo y lo leí con más atención. La verdad fue que solo vi la palabra "Multa" en grandes letras negras, pero no me molesté en leer las letras pequeñas.

—¿Desempeño menor al esperado? —leí en voz alta—. ¿Es en serio? ¿Por un mal día?

El entrenador se reclinó en su silla, cruzando los brazos mientras me miraba con una mezcla de seriedad y expectativa.

—No ha sido solo un día —dijo con calma—. Todos tenemos malos días. No, Aidan, llevas distraído en todos los entrenamientos de la semana, no has puesto atención en las sesiones de estudio con el coordinador ofensivo, y no has asistido a las reuniones con el entrenador de *quarterbacks*.

—Asumí que tenían…

—Aún no termino, Foster —me interrumpió—. No me importa cuánto esfuerzo hizo Robert Darcy para traerte al equipo, qué tan popular seas, o el talento que tienes, se te exige el mismo nivel de dedicación que todos los integrantes del equipo.

—¿Y la cantidad? Esto es un robo.

El entrenador rio. —¿No te lo explicó tu agente? Las multas son en porcentaje de sueldo, no en cantidades fijas.

"*Probablemente sí lo hizo… Joder, Nancy,*" pensé.

Asentí, doblé el papel amarillo y lo guardé en el bolsillo. Respiré profundo y asentí. —Entendido, entrenador. Tendré la multa pagada antes del viernes.

El entrenador arqueó sus cejas, torció la boca y entornó los ojos. —Esperaba tener que desafiarte a un duelo para que pagaras.

Negué y sonreí. —Soy el *quarterback* titular. Debo dar el ejemplo. Si no me multas a mí, perderás el respeto del resto del equipo.

Tuvimos un momento de silencio en el que el entrenador no dejó de observarme.

—Creo que Robert no se equivocó en traerte —al fin dijo, y después sonrió—. Puedes irte, Foster —asintió y señaló a la puerta con un gesto de la cabeza.

—Sí, señor.

Comencé a dar la vuelta, pero me detuve cuando noté las fotos que el entrenador tenía encima de un mueble largo debajo de la televisión. Reconocí una de ellas: cuando él era joven y acababa de ganar el *Superbowl* con su equipo, donde él sujetaba el codiciado trofeo con una mano, y con la otra tenía de la cintura a una morena espectacular con quien compartía una mirada llena de amor.

Encontré otra foto, quizá de un par de años atrás, en la que compartía el asiento en un sofá con esa misma morena espectacular, pero ambos habían envejecido, ella como un grandioso vino, y los acompañaban quienes asumí eran su familia.

Había de todo en aquella foto: adolescentes, niños, adultos cercanos a mi edad, y en todos estaba esa mirada inconfundible de felicidad.

Me armé de valor y giré hacia el entrenador, y me di cuenta de que me observaba con atención.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

El entrenador Solinsky levantó una ceja por un segundo, luego asintió.

—Claro, Foster.

Tomé aire antes de acercarme al escritorio y sentarme.

—¿Cómo lo hiciste?

Él sonrió. —Tendrás que ser más específic…

—Ganaste el *Superbowl*, tuviste una carrera que cualquier jugador envidiaría, luego fuiste un analista en la televisión por varios años antes de ser entrenador.

—¿Quieres saber cómo hice para ganar todo eso? —él rio— Muchacho, no es un secreto que si trabajas duro…

—No, no —compartí su risa. De seguro parecía un idiota, pero tenía tantas cosas pasando por la cabeza que ordenar los pensamientos para decir oraciones coherentes estaba resultando ser todo un desafío—. No me refiero a tu carrera.

—¿Entonces?

Respiré profundo. —¿Cómo lograste… eso? —miré hacia las fotos y apunté a la que lo tenía a él con toda su familia.

El entrenador levantó ambas cejas y entreabrió la boca. "*Creo que no se esperaba esa pregunta,*" pensé.

Sonrió con calidez mientras miraba otra foto que tenía en el escritorio. Me di cuenta de que era una foto reciente de él con su mujer. Ambos sonreían, y tenían ese mismo brillo de enamorados en sus ojos.

—Te contaré algo —algo en su tono me invitó a darle toda la atención del mundo.

Mientras me acomodaba en la silla, el entrenador tomó la fotografía, la observó con una enorme sonrisa, y suspiró.

—Tuve mis momentos de locura y pasión, como cualquier joven —él rio—. Eran los setenta, después de todo —el entrenador hizo una pausa durante la cual observó la foto unos momentos antes de ponerla en su lugar—. Pero te diré algo, Foster: cuando un hombre encuentra a su mujer perfecta, lo sabe.

Asentí, y mi corazón ardió al mismo tiempo que sonreía, recordando aquella noche en que conocí a Katsumi. Su atractivo, su aire de misterio, la forma en que casi le arranca las bolas al tío que le cogió las nalgas sin su permiso. Entendí a lo que se refería el entrenador.

—Algo dentro de ti se activa —él continuó, y me aferré a cada palabra que salía de su boca como si valiera oro—. Es algo que te empuja a crecer, a madurar, a desear ser un mejor hombre. Y sabes que hiciste una buena elección cuando ese deseo persiste después de treinta años de matrimonio, cuatro hijos, dos hijas, siete nietos, y un chihuahua más parecido a una rata que a un perro que no deja de orinar en tus zapatos favoritos.

Reí. Sus palabras resonaron en mí como el golpe de un tambor, profundo y conmovedor.

—Así fue con Amelia, mi esposa —continuó, su mirada perdida por un momento en los recuerdos.

—Parece que ha sido perfecto desde el principio.

El entrenador rio como lo haría un padre ante el comentario ingenuo de su hijo. —¡De ninguna manera! Hemos tenidos muchos problemas, igual que todas las parejas, pero nada de arrepentimientos.

—¿Nada?

—Bueno —él se encogió de hombros y suspiró—. Lo único que lamento fue que me tomó tanto tiempo darme cuenta de lo que Amelia sería para mí.

—¿No fue amor a primera vista? —me ganó la curiosidad.

El entrenador rio. —¡Por supuesto que no! Ella estudiaba un doctorado en análisis numérico, y yo era el atleta preferido de la universidad. No frecuentábamos los mismos círculos. Cuando nos conocimos yo estaba más ebrio que mi tío Alberto en Navidad tras descubrir dónde ocultamos el rompope, y estoy seguro de que le parecí de lo más desagradable.

—¿Cómo…?

—Fui muy insistente —me interrumpió. De todos modos, no tuve necesidad de terminar mi pregunta, pues era obvio lo que quería saber—, y creo que nuestras primeras citas fueron las peores citas en la historia de la humanidad —me incliné hacia delante, y el entrenador suspiró —. Pero ella me siguió dando oportunidades, porque la hacía reír como ningún hombre.

—¿Y otras chicas?

—Ninguna me parecía más… —él sonrió— Ninguna era ella.

Asentí. Entendí sin que él lo tuviera que decir. Vio algo en su esposa que la hacía única, igual que yo vi algo en Katsumi que la puso por encima de otras mujeres.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué es lo que hacen todos los atletas talentosos y jóvenes cuando prueban la fama y el dinero? Le hice caso a quienes yo creía que les importaba, pero en realidad solo estaban conmigo por conveniencia propia. Cada vez pasaba más tiempo lejos de Amelia, hasta que un día ella ya no quiso esperarme más.

Le apunté con el dedo índice a la cara. —Pero hiciste algo para reconquistarla.

Para mi sorpresa, el entrenador negó con la cabeza. —No creí que mereciera a una mujer como ella. Luego me lastimé, y todos mis supuestos amigos me abandonaron. Y cuando estaba en lo más bajo, cuando la rehabilitación no estaba funcionando tan rápido como los doctores dijeron que lo haría… Ella volvió a mi vida. No soy un hombre religioso, pero la única explicación que tengo es que el mismísimo Dios la devolvió a mi camino. No la dejé ir después de eso.

Al escucharlo, un torbellino de pensamientos me asaltó. Su historia encendió una chispa de esperanza en mi pecho.

—Creo que lo entiendo.

El entrenador me miró con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Voy a darte un consejo, Foster —su voz era cálida y segura, y me recordó al tono que mi abuelo usaba conmigo y con Nancy cuando quería impartirnos algo de su conocimiento o regañarnos por volver loca a nuestra madre.

—Ve a buscar a la chica por la que estás madurando —dijo con firmeza, como si fuera la

cosa más simple y a la vez la más compleja del mundo.

Una ola de duda me golpeó de repente, causando que mi corazón se detuviera unos momentos. —Quizá ella no quiera saber de mí.

Oliver sonrió de nuevo, esta vez con un brillo desafiante en los ojos.

—Nunca imaginé que Aidan Foster sería un hombre que se rinde tan fácilmente.

Sonreí y reí un poco, mirando hacia abajo atento a mis sentimientos. Había miedo, pero también emoción. La idea de recuperar a Katsumi me llenó de… Inspiración. Sí, esa era la palabra. Me inspiró a ir por ella.

—¿Puedo irme un poco antes hoy? —pregunté, casi sin esperar un no por respuesta.

—No podría detenerte, aunque quisiera —respondió.

Salí de la oficina con el corazón latiendo como un tambor de guerra anunciando una marcha.

La conversación con el entrenador Solinsky alimentó el fuego de un coraje que pensé que solo podía sentir cuando estaba el juego en la línea.

Quizá sí lo era. El juego más importante de mi vida estaba en sus últimos minutos.

Y yo tenía el balón en mis manos.

Capítulo 28.

Katsumi

—A ver, don paranoia —le reclamé a Lucio en cuanto salimos de mi edificio residencial— ¿Podrías explicarme qué demonios está pasando?

—Te lo explicaré cuando lleguemos a una casa segura.

—Me lo explicarás *aquí* —apunté con mis dos índices al suelo— o me regreso a comerme el litro de nieve en mi nevera que tenía planeado…

—¡A ver, niños! —Robert se puso entre nosotros y apuntó a su limusina aparcada frente a la calle—. ¿Qué les parece si aclaramos todo *rumbo* a dicha casa segura?

—Señor Darcy, usted no… —Lucio notó en mi expresión que no iba a convencerme de nada, así que asintió y nos siguió hasta el vehículo de Robert.

"*¿Por qué está tan alerta?*" pensé, fijándome cómo él analizaba todo a nuestro alrededor mientras cruzábamos la calle.

Los tres subimos a la limusina. Lucio se deslizó hacia delante hasta llegar con el chofer, sacó un pedazo de papel del pantalón, se lo entregó y le susurró algo al oído.

—Aquí el detective Castella —dijo Lucio a la radio que tenía amarrada a una correa de su chaleco—. Escolten a la limusina del señor Darcy al punto seguro Delta.

Miré a Robert, y él solo se encogió de hombros al cruzar la mirada conmigo. Era claro que ambos no sabíamos lo que estaba pasando. Cuando Lucio se giró hacia nosotros aclaramos nuestra garganta, haciéndole saber que era momento de hablar.

—¿Recuerdas que preguntaste cómo un tipo como Dante Moreno pudo financiar todo…?

—Lo recuerdo —le interrumpí, cruzándome de brazos.

—Bueno, lo investigué más a fondo —Lucio respiró profundo cuando la limusina comenzó su camino—. ¿Esa esposa que lo dejó tras perderlo todo en una apuesta por Aidan? Mentira.

—¿Qué? —me incliné hacia delante.

—Mentira —repitió—. Dante Moreno nunca ha estado casado. Ni tiene hijos —la mirada de Lucio pareció cobrar más seriedad—. Ni siquiera existe. Es un *alias*.

—¿Entonces quién coño es? —pregunté.

—Mis amigos del FBI no tienen un nombre, pero dicen que es un asesino a sueldo responsable de docenas de asesinatos.

"*¡Joder! ¡¿A quién cabreó Aidan?!*" pensé al mirar de reojo que Robert estaba tan

anonadado como yo.

—¿Y quién lo contrató para matar a Aidan? —preguntó Robert con un tono que solo le he escuchado cuando ha querido agarrarse a golpes con alguien.

—En cuanto lo confrontamos con sus mentiras pidió un abogado —Lucio sacó su móvil y me mostró una foto—. Encontramos esto en su apartamento.

La foto era del agujero en un suelo tras quitar una tabla, y arriba del agujero había una carpeta y algunas tarjetas bancarias.

—Investigamos esas cuentas y descubrimos pagos provenientes de una compañía llamada YukiNetto —continuó, observando mi reacción.

—¿Yuki qué? —pregunté.

Robert sacó su móvil. —He oído ese nombre antes —sus dedos volaron sobre la pantalla, y arqueó las cejas unos momentos después—. Es una subsidiaria de SakuraNet —giró a mirarme —, la compañía de tu abuelo —me quedé mirándolo, y él seguro notó el reproche en mis ojos —. ¿Qué? Sabes que siempre investigo a clientes y socios potenciales.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, un torrente de emociones me invadió mientras trataba de encajar las piezas en mi cabeza.

—¿Y por qué alguien en Japón querría hacerle daño a Aidan? —pregunté, mirando a Lucio — No creo que sean muy seguidores del fútbol americano allá.

—La carpeta no tiene información de Aidan —Lucio respiró profundo y apoyó los codos en las rodillas antes de mirarme con toda seriedad—. Katsumi, Aidan no era su blanco —hizo una pausa y apuntó su dedo índice hacia mí—. Tú lo eras

Mi piel se erizó. Robert y yo compartimos una mirada de preocupación.

—¿También me debía matar a mí?

Lucio negó y apretó los labios. —No, Katsumi. Lo contrataron para asesinarte *solo a ti*.

—¿Y Aidan?

—Nuestra teoría es que intentó matarlos a ambos al mismo tiempo para que investigáramos la muerte de Aidan y designáramos la tuya como daño colateral.

—Eso es maquiavélico —dijo Robert.

—Vaya que sí —dije.

—¿A quién cabreaste?

—Si supiera, Ro.

Cada revelación se sentía como un golpe directo al estómago, dejándome sin aire, mientras una sensación de pavor se entrelazó con la realidad.

—Entonces SakuraNet es la televisora del abuelo de Katsumi —dijo Lucio.

—Sí —Robert respiró hondo—. El señor está en la ciudad. Trató de cerrar un trato con mi compañía para expandirse hacia América, o al menos creí que esa era su intención.

—Esto no tiene ningún sentido —exclamé lanzándole una mirada a Lucio y a Robert—. ¿Por qué mi abuelo querría matarme?

—Si la memoria no me falla, él te odiaba a ti y a tu papá.

—Robert, él necesita que le done mi médula ósea —le dije—. Está enfermo. Me necesita viva.

Robert me miró atento, sus ojos oscuros reflejaban una gravedad que hizo que el aire en la limusina se volviera más denso. Lucio se limitó a observar con calma.

—¿Para donar eso necesitas morir? —preguntó Robert alarmado.

—No —dijo Lucio de inmediato, agitando su dedo índice indicando que estaba recordando algo—. La médula ósea debe donarse en vida. No puede donarse tras la muerte como el corazón u otros órganos.

Apoyé la cabeza en el respaldo y miré el techo de la limusina al mismo tiempo de que un escalofrío helado me recorrió la espalda.

—Entonces alguien quiere asegurarse de que mi abuelo muera —dije.

El silencio se cargó de tensión. Fue como si el aire se volviera más denso y difícil de respirar.

—¿Quién se beneficiaría con la muerte de tu abuelo? —preguntó Lucio.

—El viejo está podrido en dinero y no es conocido por su calidez —dije sin ocultar mi desdén—. No dudo que esa sea una lista lar… —resoplé y saqué mi móvil del bolsillo e hice una llamada—. ¿En dónde estás?

—¿A quién le estás llam…? —dijo Lucio.

—Gracias —colgué la llamada y me moví hacia el frente de la limusina—. ¡Cambio de planes! —le dije al conductor— Llévanos al Hotel Renacimiento.

—¿Por qué allí? —preguntó Lucio.

—Porque allí se hospeda mi abuelo.

—¿Cómo sabes? —preguntó Robert.

Le sonreí. —Tengo a alguien del equipo de seguridad vigilándolo desde que fue al Grupo Crown.

Robert soltó una risa breve. —Necesitamos tener una conversación sobre mal uso de los recursos de la compañía.

—Lo que digas, jefe —sonreí al acomodarme en mi asiento.

Robert se ajustó las solapas de su chaqueta. —Casualmente tengo una reunión de negocios

en el restaurante del hotel. Después de que hagamos nuestras averiguaciones los invito a comer.

Con cada kilómetro que recorría la limusina, un torbellino de pensamientos y emociones azotaron mi mente. Los nervios, el miedo, la ansiedad de tener respuestas fueron los ingredientes dentro de la licuadora que se había vuelto mi corazón.

Mi móvil vibró, y cuando lo saqué mi garganta se cerró y tuve dificultades para tragar al ver el nombre de quien me estaba llamando.

—Aidan —decía el identificador de llamadas.

"*Joder, parece que lo invoqué con el pensamiento"*.

Ver su nombre me emocionó, y sonreí por un instante, pero luego me di cuenta de algo: él había estado en peligro por mi culpa.

Bloqueé la llamada, pero en cuando lo volví a guardar en mi bolsillo vibró de nuevo. Dejé que vibrara, y con cada segundo la idea de contestarle a Aidan me emocionaba más.

"*Cuando esto termine, quizá él y yo…*"

—¿No vas a contestarle? —preguntó Robert, su tono lleno de curiosidad mal disimulada.

Sacudí mi cabeza al salir de mis pensamientos. Por fortuna, mi móvil dejó de vibrar.

—Ahora no es el momento —dije, sintiendo una punzada de culpa.

El recuerdo de su voz hizo que mi corazón se acelerara, y tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para evitar que mi mano sacara el móvil y le contestara la llamada cuando comenzó a vibrar de nuevo.

—Cuando tengas un momento, deberías devolverle la llamada, Katsumi —dijo Lucio con una sonrisa cálida—. Es bastante obvio lo que siente por ti.

Con un suspiro, desvié la mirada hacia la ventana.

—No hablaré de esto ahora —dije al sacar el móvil, cancelar la llamada y volverlo a guardar —, estamos en medio de algo importante.

Solo disfrutamos de tres o cuatro segundos de silencio antes de que el maldito móvil volviera a vibrar.

"*¡Joder! ¿Tiene que zumbar tan fuerte?*"

Robert soltó una risita, intentando aliviar el ambiente. —Si juega con esa misma tenacidad es seguro que somos campeones este año.

Lucio rio, y yo no pude más que acompañarlos.

Esta vez, dejé que el móvil siguiera sonando.

—Es claro que él te quiere bien, Katsumi —dijo Lucio—. No ignoro que esto es complicado, pero…

—Pero nada —le interrumpí, sintiendo cómo la frustración crecía dentro de mí—. Él merece

a alguien menos… Menos como yo.

Robert puso su mano en mi hombro. —Él tiene suerte de tenerte.

—Él no me tiene.

Robert rio. —¿Estás segura?

Respiré hondo, y estaba por contestarle hasta que noté el edificio enorme al final de la calle en la que la limusina había dado vuelta.

El Hotel Renacimiento.

Capítulo 29.

Aidan

—¡Chicos! ¡Por favor! —exclamé tratando de levantar mi voz por encima de los gritos emocionados de unos estudiantes de primaria que me tenían rodeado frente a la fuente.

—¡Silencio! —les gritó quien supuse era la maestra o el adulto encargado de su grupo— El señor Foster no vino aquí por ustedes, pero está mostrando la amabilidad de darnos unos minutos de su tiempo. ¿Quieren desperdiciarlo portándose como unos babuinos?

"*¿Será pariente de mi maestra de primaria?*" pensé al mirarla y aguantar la carcajada. Aquella mujer sí que sabía tener a un grupo de niños bajo control.

—Miren, me encantaría tomarme una foto con todos ustedes —dije, mirando a los niños unos momentos antes de dar vistazos a la puerta del hotel esperando la llegada de Robert—. ¿A qué vinieron? ¿Una competencia o algo así?

—La Olimpiada Estatal Interescolar —dijo uno de los niños.

Miré a la maestra y noté que miró su móvil. —Les propongo algo: nos tomamos una foto en grupo ahorita, y voy mañana a verlos competir.

Todos los niños parecieron estar de acuerdo. La maestra los organizó rápido y nos tomó una foto antes de llevárselos de ahí.

Me senté en la orilla de la fuente y miré la imponente estatua de un tipo bastante musculoso luchando con un león enorme… O quizá era un león a escala. Esos animales suelen ser bastante grandes.

Siempre que llegaba a la ciudad con mis anteriores equipos nos hospedábamos en aquel hotel. Nunca me gustó. Las esculturas renacentistas y de mitología, los murales en el restaurante y las reproducciones de pinturas clásicas me recordaban a mis peores materias en el instituto.

Eso sí, el lugar olía fantástico. "*¿Qué es eso? ¿Lavanda y qué otra…?*"

Una limusina se detuvo frente a la puerta del vestíbulo. Saqué el móvil y miré el mensaje que la asistente de Robert me había enviado donde me confirmaba que él estaría ahí para una reunión de negocios.

"*Quizá Robert pueda darme algunos consejos de cómo arreglar las cosas con…*"

Di unos pasos hacia la puerta, pero me detuve cuando el detective que investigaba mi caso bajó acompañado de Katsumi.

Me congelé en mi lugar. Mi corazón palpitaba como si estuviera tratando de escaparse de mi pecho, pero mis piernas estaban inmóviles, y había dejado de respirar.

"*¡Bueno! ¿Querías hablar con ella, galán? ¡Ahí la tienes!*" pensé.

El chofer de la limusina se apuró a abrir las puertas, y Robert ya estaba mirándome cuando las atravesó sin ocultar la confusión que mi presencia ahí le provocó.

Los ojos de Katsumi también se abrieron de par en par cuando me vio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, deteniéndose frente a mí.

Sonreí y apunté a Robert. —Vine a hablar con él.

—No tengo agendada una reunión contigo —Robert se cruzó de brazos y bajó la cabeza sin quitarme la mirada de los ojos.

—No, tu asistente me dijo dónde estarías —le aclaré, mirando de Robert a Katsumi y luego a él otra vez—. Solo necesito cinco minutos de tu tiempo… Bueno… Necesitaba… Creo.

—¿Para qué?

—Hablar —dijo Robert.

—¿Sobre qué?

Miré a Katsumi y sonreí tanto como pude. —Sobre ella.

—¿Sobre mí?

—Este día se puso más interesante —dijo el detective con una mueca burlona y cruzándose de brazos.

—Aidan —Katsumi soltó un suspiro y rodó los ojos, mostrando su obvio fastidio. —No tengo… No *tenemos* tiempo para esto.

—Estamos algo ocupados en este momento, Aidan —dijo Robert, colocando una mano en mi hombro—. Si quieres ven a la oficina más tarde y entonces…

—Con todo respeto, Robert —le miré a los ojos—, pero esto no puede esperar.

Le quité la mano de mi hombro y me acerqué a Katsumi.

—¡No, Aidan! —dijo ella, atravesándome los ojos con su mirada. Sí que estaba cabreada.

—Katsumi, he estado llamándote toda la mañana. Por favor, dame un momento.

Me miró como si no pudiera creer que tuviera el valor de insistir. No sabía si sus ojos me advertían de que estaba por darme un puñetazo o conmovida por mi presencia ahí.

Robert dio un paso hacia atrás y se paró a un lado de Lucio, quien se limitó a fruncir el ceño.

—No vamos a hacer esto aquí, Aidan —respondió Katsumi, con voz suave, pero firme.

El nudo en mi garganta se apretó al ver la sombra de dolor en sus ojos.

—¿Entonces cuándo, Katsumi? —dije con voz temblorosa—. Sé que la cagué, pero necesito que me escuches.

—¿Igual que tú me estás escuchando a mí ahora que te estoy diciendo que *no tengo tiempo para…*? —me reclamó— ¡Dios! ¡Eres tan…! —Katsumi respiró hondo. Miró a Robert y luego a Lucio, como buscando alguna señal o apoyo, pero ambos permanecieron en silencio— ¿Qué coño esperas lograr con esto?

Quería acercarme más, tomar sus manos, rogarle, pero me mantuve firme.

—Espero recuperarte, Katsumi.

El cruce de miradas entre nosotros se sintió eterno. "*Vale, genio, es ahora o nunca,*" pensé.

—Siempre eliges el peor momento para todo, Aidan —dijo Katsumi, negando con la cabeza y mirando al suelo.

—Tienes razón —admití con un nudo en la garganta—. Los tiempos entre nosotros nunca han sido buenos, pero, aun así, nunca he sido más feliz que cuando estoy contigo. Eso sí es bueno, y es real, y es por lo que estoy aquí.

La observé parpadear, y sabía que tenía su atención. Apretó los labios y desvió la mirada hacia la recepción unos momentos. Yo no dejé de contemplar sus ojos, y esperé hasta que ella regresó la vista hacia mí.

—Puede haber un loco tratando de matarme —continué—, pero todo eso lo olvidamos cuando estamos juntos —di un paso hacia adelante, y ella no se movió—. Katsumi, mírame a los ojos y dime, sinceramente, que no sientes lo mismo.

Entreabrió la boca, y por un momento pensé que lo diría. Pensé que sería capaz de ponerle fin a mi sufrimiento al decirme que no sentía lo mismo por mí.

Pero guardó silencio. Su mandíbula parecía temblar, como si le costara esfuerzo por formar las palabras que quería decir. Encontré en sus ojos destellos de la misma emoción que cuando estábamos juntos amándonos.

—Si me lo dices te dejaré en paz para siempre —insistí—, pero si hay una pizca, tan solo una pizca de… —suspiré y abrí las manos a los lados— Eso es suficiente para mí —mi voz temblaba, pero me obligué a mantenerme firme—. Suficiente para seguir luchando, porque tú eres con quien quiero estar. Y no dejaré que nada ni nadie se vuelva a poner entre nosotros.

Di un paso hacia ella, pero Katsumi se apartó, como si necesitara espacio para procesar mis palabras. La seguí con la mirada, buscando una respuesta en su rostro.

—Aidan, no se trata solo de lo que tú quieras —respondió, su tono firme, pero con un destello de duda en sus ojos—. ¿Piensas que todo cambiará solo porque tú quieres?

—No es solo porque yo quiero —estiré la mano para coger la suya, y ella lo permitió—. Es porque ambos lo necesitamos. Katsumi. Pero los dos hemos tenido miedo de en verdad dejarnos llevar por lo que hay entre nosotros, y hemos usado circunstancias fuera de nuestro control como escusas para no seguir adelante.

—¿De qué estás hablando?

—¿Quieres saber quién fue la mujer que contestó tu llamada hace años? —dije, y tomé el

apretón de su mano en la mía como una respuesta afirmativa— Fue Nancy. Y luego ella cambió tu número para que yo no te pudiera llamar.

La furia en su mirada no se hizo esperar. Menos mal que mi hermana no estaba presente, porque Katsumi seguro la mandaba al hospital.

—Pero eso fue solo una excusa —continué, cogiendo su otra mano—. Pude haberte buscado, pude haber insistido, y tú pudiste hacer lo mismo. No sé por qué tú no lo hiciste, pero yo no lo hice por miedo a arruinar lo mejor que me había pasado hasta ese momento de mi vida. ¿Y ahora? Estuve a punto de hacerlo de nuevo, pero ya no, Katsumi.

Me acerqué, y ella no se movió.

—Ahora aquí estoy, dispuesto a todo, a enfrentar cuanto demonio tenga en la cabeza con tal de que ambos tengamos la felicidad que ambos merecemos. Juntos.

Sus ojos se nublaron, y vi cómo entrecerraba los labios, pensando detenidamente en lo que iba a decir. Finalmente, cruzó los brazos y dio otro paso hacia atrás.

—¿De verdad crees que podemos simplemente olvidar todo lo que ha pasado? ¿Pretender que no hubo errores y que no hubo dolor?

La miré fijamente, tratando de no dejarme llevar por la bruma de recuerdos que llenaba el vestíbulo. Sus palabras habían sido como un cuchillo que rasgaba una herida no cicatrizada, y el dolor me empujaba a ella, a rogarle que se quedara.

—No, sería un error ignorar lo que ha pasado, pero podemos superarlo —respondí, mi voz rota—. No sé tú, pero ya estoy harto de que mi futuro sea definido por otras personas o circunstancias.

Le ofrecí mi mano, y ella la miró de reojo antes de volver su atención a mí.

—Definamos nuestro futuro… Juntos.

El cruce de miradas entre nosotros se hizo eterno. Aun con todas las dudas que la rodeaban, yo no podía permitir que se fuera sin luchar.

Katsumi giró la cabeza hacia Robert y Lucio, que permanecieron en silencio. Un gruñido escapó de su garganta.

—Aidan, este es el peor momento para decirme todo esto —dijo entre risas.

—Una sonrisa —dije, y ella dejó de reír, pero sus labios tenían esa curva tan encantadora que se había adueñado de todos mis pensamientos.

Katsumi miró a Robert y a Lucio, quienes solo se encogieron de hombros, ambos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Apúrate a besarlo para ir a buscar a tu abuelo —dijo Lucio, ganándose un codazo juguetón de Robert.

Me acerqué a ella, despacio, como si un movimiento rápido la fuera a espantar.

Ella no se movió.

Coloqué una mano en su cadera.

Ella no se movió.

Con mi otra mano levanté su barbilla y miré esos ojos brillantes y llenos de intensidad.

Y ella no se movió.

Acerqué mis labios a los suyos, y la misma chispa que siempre había existido entre nosotros detonó un beso apasionado.

Ahora sí se movió, lanzando sus brazos alrededor de mi cuello cuando nuestro beso cobró más intensidad.

Tocamos nuestras frentes y reímos unos momentos.

—No pudiste elegir el peor momento para esto —susurró.

Antes de que pudiera responder escuchamos la campanita que anunciaba la llegada del ascensor. Katsumi se separó un poco y miró en aquella dirección, y yo hice lo mismo.

Un grupo de personas orientales salieron del ascensor, encabezadas por un anciano vestido con traje.

El grupo se detuvo cuando el viejo lo hizo, y él tenía la mirada fija en Katsumi.

—¿El quién es? —pregunté.

Katsumi suspiró. —Es mi abuelo.

Capítulo 30.

Katsumi

—Buenas tardes, abuelo —dije, esforzándome por mantener un tono respetuoso, resistiendo la necesidad de preguntarle lo que necesitábamos saber para irnos de ahí lo más rápido posible.

Tenía una expresión imperturbable en el rostro mientras juntaba sus manos encima de su bastón.

—Katsumi —su voz fue firme y controlada—, ¿a qué debo el honor de tu visita?

Antes de que pudiera responder, Aidan intervino, mirando alrededor del concurrido vestíbulo del hotel.

—Quizás deberíamos continuar esta reunión familiar en un lugar más privado —sugirió.

Robert asintió y llamó con la mano a uno de los botones. Le susurró algo al oído y luego se giró hacia nosotros. —Tienen un salón vacío que podemos usar.

Seguimos al botones a un salón con cinco largas mesas. Nos sentamos en la más próxima. No sé cómo fue que mi abuelo terminó sentado en la cabeza, como si él supiera que la conversación giraría en torno a él.

—Mi avión tiene programado salir pronto —dijo mi abuelo, mirando a todos los presentes.

—Alguien ha contratado a un asesino para matar a Katsumi —dijo Lucio—. Sospechamos que es para asegurar que no pueda donarle su médula ósea y salvar su vida.

Mi abuelo mantuvo la compostura mientras que sus empleados no ocultaron la indignación y escándalo de sus rostros.

—¿Tienes idea de quién sería capaz de eso? —le pregunté.

Él suspiró y asintió despacio. —He hecho muchos enemigos, Katsumi. Lamento decir que quienes serían capaces de eso, y tienen los recursos para hacerlo, formarían una lista larga.

Sentí un nudo en el estómago. "*¿Cómo puede hablar tan tranquilamente de tener enemigos así?*"

—Hemos rastreado los pagos del asesino hasta YukiNetto —añadí, buscando algún rastro de emoción en su rostro—. ¿Eso reduce la lista?

Apenas hubo un destello en sus ojos.

—Considerablemente —dijo, mirando a la empleada de mayor edad que le acompañaba, una mujer de lentes y cabello recogido—. Quiero que les des la información que necesiten para identificar quién efectuó esos pagos —le dijo en japonés.

—Mi señor, *Toshiro–san* debe autorizar cualquier cooperación con las fuerzas policiales —contestó la mujer en el mismo idioma.

Mi abuelo la fulminó con la mirada. —¿Quién es el dueño de esta compañía? ¿Mi nieto o yo?

—Usted, *Kenzo–san* —la pobre parecía a punto de orinarse. Ella hizo una reverencia antes de ponerse de pie y girarse hacia nosotros—. YukiNetto tiene muchas operaciones bancarias cada día. ¿Tienen un número de operación que identifique la transferencia?

Asentí hacia Lucio. Él sacó el móvil y le mostró la información en la pantalla. Ella le tomó una foto, hizo una reverencia, y salió de la habitación.

—Reprogramen mi vuelo, y déjennos a solas —les ordenó mi abuelo a sus demás acompañantes, y éstos le obedecieron sin titubear.

—¿Quién sabía que yo era compatible para donarte mi médula ósea? —le pregunté cuando quedábamos solo nosotros.

Mi abuelo se tomó un momento antes de responder, sopesando cada palabra.

—Muy pocas personas sabían eso —dijo—. Pero es irrelevante, esas mismas personas también saben que no será necesario.

Robert se inclinó hacia enfrente. —¿Por qué no será necesario?

—Mi oncólogo me asegura que los tratamientos genéticos a los que me he sometido están teniendo mejores resultados de lo esperado —suspiró, cerró los ojos un momento, luego me miró con una sonrisa—. No estaré en estado de remisión, pero sí habré conseguido algunos años más de vida. Suficiente para poner todos mis asuntos en orden y elegir cómo pasar mis últimos días en este mundo.

Me quedé helada.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —pregunté, incapaz de ocultar mi desconcierto—. Si no es para pedirme que salve tu vida, ¿a qué?

La tensión en la habitación se hizo palpable. El suelo bajo mis pies se volvió inestable, y la vulnerabilidad se mezcló con una determinación feroz por descubrir la verdad. La maraña de dudas y preocupaciones dentro de mí me ahorcaba por dentro.

Mi abuelo se levantó, apoyándose en su bastón, y me miró a los ojos. Suspiró profundo, como si el peso de lo que estaba a punto de decir le oprimiera el pecho.

—Me gustaría tener esta conversación a solas contigo, Katsumi —dijo, con voz temblorosa.

Apreté fuerte la mano de Aidan y miré a mi abuelo a los ojos.

—Lo que tengas que decir, puedes hacerlo frente a ellos —le aseguré.

Él asintió con una expresión de resignación en el rostro.

—Recibir la noticia de que tienes cáncer es como una sentencia de muerte, y como tal hace

que uno cambie sus perspectivas y evalúe sus creencias y acciones pasadas —dijo al caminar alrededor de la mesa—. Una de esas fue lo que sucedió con tu madre.

—No necesitamos hablar de eso —le dije sin ocultar mi desprecio—. Sé bien lo que paso.

—Conoces lo que pasó desde el punto de vista de tu padre, y de una niña a quien le arrebataron su madre. No conoces mi lado de la verdad.

Quería gritarle que no me interesaba lo que tuviera que decir, cualquier pretexto que pudiera darme. Él me había quitado a mi madre. Ese hecho era innegable.

Pero no pude resistirme a la pregunta que salió de mi boca.

—¿Por qué lo hiciste?

—Tu madre estaba casada con uno de mis socios —su voz estaba impregnada de una tristeza que no esperaba escuchar de él—. Un hombre que yo creía honorable y que sería un buen esposo. Pero él no fue un buen esposo para mi hija, ni siquiera cuando le había dado un varón.

—El padre de Toshiro —dije—. Él abusaba de ella.

—Así es —aquella confirmación de mi abuelo hizo que se me humedecieran los ojos—. Su guardaespaldas le ayudó a huir del infierno en el que vivía.

Ya conocía aquella historia. Mi padre me la contó cuando llegué a mi adolescencia y le exigí la verdad sobre mi madre. Ella había huido, no por capricho, sino porque estaba en peligro.

—En el momento yo estaba tan indignado y avergonzado por lo que mi hija había hecho que nunca me detuve a cuestionar sus motivos —mi abuelo seguía dándome la espalda—. Empleé todos los recursos a mi disposición para encontrarla. Tras seis años de búsqueda, la encontré. En ese tiempo, ella se había enamorado del guardaespaldas, e incluso tenían una hija.

El enojo hirvió en mi interior.

—Contraté a alguien para secuestrarla —admitió, con una voz rota—. La obligué a volver con su esposo, amenazando con matarlos a ti y a tu padre si no hacía caso.

—¿No debería consultar un abogado antes de seguir? —preguntó Aidan— Acaba de confesar un crimen bastante grave.

—Fue hace más de diez años —dijo Lucio con tono sombrío—. Por más que quisiera hacerlo, no puedo arrestarlo por eso.

Las palabras resonaron en la habitación, llenándome de una rabia que nunca había experimentado. Quería gritar, romper algo, hacer cualquier cosa para liberar la ira y el dolor que me consumían. Aquellas acciones de mi abuelo no solo habían destruido a mi madre, sino que también habían envenenado mi infancia y juventud.

Apreté la mano de Aidan con fuerza, buscando algún tipo de ancla en medio de la tormenta emocional que me sacudía. Mi mente era un torbellino de pensamientos oscuros y confusos.

—¿Cómo pudiste ser tan cruel? —le pregunté… No, le exigí aquella respuesta.

Estuve a punto de levantar la mano y golpearlo. Pero él se giró y bajó la cabeza, abatido.

—Aquello es la fuente de mayor vergüenza en toda mi vida —dijo con voz temblorosa—. Después de unos meses, su esposo la mató a golpes.

Sentí como si el mundo se desmoronara a mi alrededor. Todo el dolor y la rabia acumulados me hicieron temblar.

—Ese tipo está muerto —dije, con la voz cargada de veneno.

Mi abuelo cerró los ojos y negó con la cabeza, levantando la vista hacia mí con una tristeza profunda en sus ojos.

—Ya se hizo justicia por tu madre —dijo, y la manera en que lo dijo no dejó duda de a lo que se refería—. Pero nunca me atreví a buscarte. La culpa por no haber visto el peligro que corría mi hija era demasiada —el viejo suspiró y apretó los labios unos momentos—. No merezco tu perdón, así que no lo pediré. Pero mereces saber la verdad. Toda la verdad.

Me costaba respirar. Las lágrimas amenazaban con brotar, pero las contuve.

—Entonces, mamá no me abandonó —susurré.

—Tu madre nunca dejó de amarte —aseguró mi abuelo—. Me rogó que me asegurara de que estuvieras bien. Por eso estamos aquí, para hacer a un lado la culpa y cumplir mi promesa a tu madre de asegurar tu bienestar.

—No quiero nada de ti.

—Haz lo que quieras con ello —contestó sin titubear, como si ya supiera que esa sería mi respuesta—. Puedes donarlo, o gastarlo. Será tu decisión.

—¿De qué hablan? —preguntó Lucio.

—Dinero, ¿verdad? —le dije a mi abuelo como si mis palabras pudieran lastimarle el alma— ¿Crees que quiero tu cochino dinero?

—Lo quieras o no, Katsumi, eres la heredera de la mitad de mi fortuna cuando yo muera.

Todos guardamos silencio ante las palabras de mi abuelo. Esperaba una cantidad grande de dinero, pero no eso.

La noticia me dejó atónita. —¿La mitad? —él asintió— ¿Y lo demás lo heredará Toshiro?

Mi abuelo asintió con solemnidad.

Lucio se puso de pie, y todos lo miramos.

—¿Siempre fue su intención heredar su fortuna a sus dos nietos?

Mi abuelo negó. —Hasta antes de mi diagnóstico mi nieto Toshiro lo habría heredado todo.

—¿Y él sigue creyendo eso? ¿O sabe que ahora solo heredará la mitad? —continuó Lucio.

Mi corazón se aceleró y apreté la mandíbula al entender hacia dónde se dirigía la conversación.

—Él es el abogado principal de la compañía —respondió mi abuelo—. Él siguió mis

instrucciones al pie de la letra.

De repente, todo encajó en mi mente como las piezas de un macabro rompecabezas.

—No querían matarme para que no le salvara la vida a mi abuelo —dije—. Querían asegurarse de que su fortuna no fuera dividida.

Aidan, que había permanecido en silencio, formuló la pregunta que todos evitaban.

—¿Toshiro sería capaz de matar a su propia hermana?

Mi abuelo se sentó en la silla más cercana y bajó la cabeza. Aunque su rostro parecía igual de inquebrantable le fue imposible ocultar la furia en sus ojos.

—Es hijo de su padre…

Me levanté, mirando a mi abuelo.

—Y yo soy hija del mío —dije—. Dime dónde está Toshiro.

Capítulo 31.

Aidan

—¡No! ¡Son mentiras, colega! ¡Me estás contando mentiras! —exclamó Khalil luego de casi atragantarse con su cerveza.

—Te juro por mi santa madre que te estoy diciendo la verdad —dije con una sonrisa antes de hacerle un gesto al camarero de traernos otras dos cervezas a nuestro lugar en la barra.

—¿En serio Katsumi llevó a su hermano a rastras hasta la comisaría?

—Bueno, no a la comisaría, pero sí a la patrulla.

—¿Y el tío no tenía pantalones puestos?

—Te lo juro.

—Mientes.

—Puedo probarlo —dije sonriendo con una emoción de un niño pequeño mientras sacaba el móvil de mi pantalón y abría la fotografía que le tomé. Khalil estalló en una carcajada resonante.

—En realidad solo fue hasta el vestíbulo del hotel —admitió—, pero sí tenía el culo rojo de las patadas que le metió —agregué entre risas—. Joder, fue lo más hermoso que he visto.

—¿El culo de tu cuñado?

—Que se haga justicia, tarado —el camarero nos dejó otro par de cervezas en ese momento, y cogí la mía—. Y ver a mi chica repartirla ha sido sumamente excitante.

Khalil arqueó una ceja. —¿Tu chica?

—Mi chica —sonreí y asentí.

—Salud por eso —Khalil acercó su botella a la mía, y ambos brindamos—. Ahora imagino que habrá un juicio y todo un circo por lo que este tal Toshiro hizo. Digo, aunque no hayas sido su blanco, sí puso tu vida en peligro.

Negué al fijarme en los reflejos danzantes de la luz sobre la superficie de madera pulida de la barra.

—Sabes, no tengo ni idea de lo que Katsumi le hizo o dijo cuando lo encontró, pero el tío confesó todo en cuanto Lucio lo interrogó. Ni siquiera pidió un abogado. Todo parece indicar que se declarará culpable cuando comparezca ante un juez.

—¿Y el abuelo no lo ayudó?

—Creo que ni siquiera se molestó en irlo a visitar a la cárcel antes de volver a Japón.

Khalil chifló y asintió.

—Katsumi tiene una familia encantadora —dijo con un sarcasmo nada sutil—. Me alegra que le esté dando una oportunidad a su abuelo para arreglar las cosas. El mío fue una gran influencia en mi vida, y muchos de mis recuerdos más felices son a su lado.

—Nunca conocí a mi abuelo por parte de mi padre, pero si es igual que mi progenitor seguro es un hijo de puta —suspiré y sonreí al recordar—, pero opino igual que tú respecto a mi abuelo materno —no hice esfuerzo alguno en ocultar la nostalgia—. Recuerdo las tardes que me cuidaba cuando mi madre tenía que trabajar y él me ayudaba con la tarea. Es una lástima que Katsumi no tuvo eso mientras crecía, pero ahora que ya está en mejores términos con él la noto más… Relajada —suspiré y le di un largo trago a mi cerveza—. El poder del perdón, supongo.

Khalil desvió su atención hacia algo detrás de mí que le causó una enorme mueca acompañada de un brillo en la mirada.

—Tal vez podrías seguir el ejemplo de tu chica, colega —dijo con una sonrisa, señalando hacia el objeto de su atención.

Al girarme, vi a Nancy acercándose a nosotros con paso decidido. Mi corazón se retorció y cuando recordé la última conversación que tuvimos se me revolvió el estómago. Había sido un día perfecto, y no estaba de humor de que nada lo arruinara.

Khalil me dio unas palmadas en el hombro. —Los dejo un momento a solas —dijo antes de detenerse frente a Nancy y darle un rápido beso en los labios, quien respondió con una sonrisa tímida pero sincera.

Tragué saliva, y mi corazón latió con una fuerza que me retumbó los oídos, mientras Nancy se sentaba a mi lado. Ella cruzó las piernas con elegancia y apoyó un codo sobre la mesa, girándose en el banco y mirándome a los ojos.

—Hola —saludó de manera forzada. Era obvio que le había costado trabajo estar ahí.

—Hola —le contesté mientras me acercaba la cerveza a la boca.

La incomodidad se me asentó en el estómago, como un nudo de ansiedad. La miré de reojo, y ella parecía igual de titubeante que yo para iniciar la conversación.

Mi primer impulso fue decirle que se largara, pero las palabras de Khalil sonaron dentro de mi cabeza: Tal vez podría seguir el ejemplo de mi chica.

—Sabía que había algo entre ustedes —afirmé con una sonrisa—. ¿Qué pasó con que es un cliente y no sería profesional involucrarse con él?

Ella soltó una carcajada, su risa resonando clara y melodiosa, casi como el tintineo de cristal fino al chocar.

—No es algo serio, hermanito —respondió, y la noté algo más relajada con sus ojos chispeantes de diversión mientras me ofrecía una sonrisa traviesa—. Somos adultos que podemos…

—¡Ah! ¡No necesito detalles íntimos de mi hermana! —grité y negué con la cabeza.

—¡Tú preguntaste!

—¡Por confirmación de que había algo entre ustedes, no una descripción de jugada por jugada! —me giré en la silla hacia ella— Un sí o un no habría bastado.

De nuevo, guardamos silencio. El camarero se acercó y le hice un gesto de que le trajera una cerveza a mi hermana.

Nancy suspiró, y una brisa de resignación cruzó su expresión antes de clavar sus ojos en los míos.

—¿De verdad me harás decirlo?

—¿Decir qué? —para ser honesto, no tenía idea a lo que se refería.

—Ya sabes.

—No, no sé.

—Maldita sea, Aidan —ella gruñó—. Sobre lo que… Hice.

Entonces sí tuve una idea de lo que hablaba, y sonreí.

—No me atrevería a negarte semejante oportunidad de crecimiento personal —mi tono era una mezcla entre burla y sinceridad.

Ella desvió la mirada, quizás buscando las palabras correctas o reuniendo el valor para pronunciarlas.

—Lo siento.

—¿Qué fue lo que dijis…?

—¡No lo pienso volver a decir!

—¿Decir qué?

Nancy gruñó. —Lo siento, ¿vale?

—¿Acaso hay algo que debas lamentar? —pregunté con tanto sarcasmo exagerado como pude.

—Lamento haber saboteado tu relación con Katsumi en el pasado —dijo entre gruñidos.

Asentí, y cuando el camarero le trajo su cerveza Nancy la cogió y bebió más de la mitad de un trago.

—Sé que no te fue fácil reconocer que te equivocaste —dije.

Nancy suspiró, le dio un trago a su cerveza y negó con la cabeza. —No te confundas, solo dije que *en este momento* lamento haber saboteado tu relación, pero en aquellos tiempos tenía la certeza de que hacía lo correcto.

Dejé mi cerveza en la barra y entorné los ojos. —¿En qué mundo se podría creer que lo que

hiciste fue…?

—¡Estabas mal de la cabeza en aquel entonces! —dijo— Sí, habías ganado el premio a Novato del Año, pero fuiste una auténtica diva en tu equipo y nadie quería tratar contigo. ¿Sabías que mi agencia estaba a punto de cortarte como cliente? Y luego vuelves de Los Ángeles con ojitos de enamorado, y lo que pensé fue que no necesitabas una distracción más. Así que cuando ella llamó, hice lo que creí correcto.

—¡Su papá había muerto!

—¿Y cómo iba yo a saber eso? ¿Telepatía? ¿Inspiración divina? —Nancy se levantó del banco y se acercó a mí— Hice lo que todo buen agente deportivo hace por su cliente: vi por tus intereses. ¿Y qué crees? Tú conociste a una mujer que te ayudó a poner los pies en la tierra, y te volviste el jugador sensacional que yo sabía que podías ser.

Respiré hondo y negué con la cabeza mientras consideraba las palabras de mi hermana.

—Nada de intervenir en mis relaciones de nuevo —le advertí.

—De acuerdo.

—Y puede que Katsumi quiera darte una bofetada cuando te vea… O quizá veinte… Puede que un puñetazo o dos.

Ella sonrió y dejó que la abrazara. —Supongo que tendré que estar preparada para eso.

Nos abrazamos unos largos minutos. Seguía cabreado con ella, pero pude entender sus motivos.

—¿Esto significa que ya no estoy despedida? —preguntó Nancy con un tono consentido que me sacó una carcajada.

—Hermanita, ¿qué haría yo sin ti? —pregunté al separarla un poco y luego le di un beso en la frente.

—Vale, porque tengo varias ofertas de reporteros que quieren hablar contigo sobre estos atentados contra tu vida.

Reí y apunté al banco en el que se había sentado. —Quizá deberías sentarte. Tengo mucho qué contarte.

—No tienes que contarme nada —dijo al sonreír antes de darle otro trago a su cerveza—. Estoy bien enterada del drama familiar de Katsumi. Muchos reporteros consideran una entrevista exclusiva a ustedes dos como…

—No creo que Katsumi se anime a hablar con reporteros.

—Yo me encargo de convencerla.

Arqueé una ceja. —Tienes mucha confianza.

—Es parte del encanto, hermanito —ella se giró hacia mí— ¿Y cuándo podré conocerla? —preguntó Nancy, su voz llevaba un tono de ligereza, pero sus ojos revelaban una curiosidad ansiosa.

—Ya la conoces.

—Como tu agente, y como tu hermana cuando estabas soltero, pero no como su cuñada.

—Creo que podríamos tener una doble cita —la miré—. Tú, Khalil, Katsumi y yo.

—¡Vale! —su rostro se iluminó— Lo organizo y te envío los detalles.

Miré la hora en mi móvil y sonreí al ver que aún tenía algo de tiempo antes de necesitar irme para llegar al apartamento de Katsumi a la hora que habíamos acordado.

Miré al camarero y le hice un gesto para que trajera otro par de cervezas. Los hermanos Foster teníamos mucho de qué hablar todavía.

Capítulo 32.

Katsumi

—¡Abuelo, joder! —me quejé al dejar el móvil en el tocador mientras cogía mi cepillo para el cabello.

—Es solo una pregunta, Katsumi.

—Una que has hecho una y otra y otra vez —le contesté mientras me cepillaba. Mi cabello aún estaba caliente luego de habérmelo secado.

—Es solo que estos términos que leo en el contrato que recibí son…

Reí. —¿Demasiado buenos para ser verdad? —le interrumpí.

"*Según Ro… Quizá debí leer ese documento antes de… Por Dios, Katsumi, ¿a quién quieres engañar? No le hubieras entendido nada*".

—A decir verdad, sí —miré la pantalla del móvil. Mi abuelo tenía puestos sus lentes y parecía estar leyendo algo fuera de la toma de su cámara—. Ro está siendo más que generoso con este acuerdo. Yo esperaría que un empresario de occidente quisiera exprimir hasta el último centavo de ganancias a su favor.

Sonreí. —¿Con qué tipo de personas hacías negocios antes? Así es él. Siempre busca el trato en el que todos salgan ganando.

—En verdad confías en Robert para manejar la compañía de nuestra familia —la voz de mi abuelo sonó firme desde la pantalla del portátil.

"*Nuestra familia,*" pensé y respiré profundo. Seguía sin acostumbrarme a eso.

Cogí el móvil y miré hacia la pantalla con una sonrisa. —Sí, abuelo —asentí—. Este trato asegurará el futuro financiero de… *nuestra* compañía y pasará a mis herederos cuando los tenga.

Sonreí al decir aquello, y más cuando imaginé a Aidan cargando a un bebé.

Nuestro bebé.

Me toqué el abdomen por unos momentos, y me permití preguntarme lo que sería cargar con uno.

Jamás lo había considerado hasta ese momento.

—Ro sabe lo que hace —continué, tratando de sacarme aquellos bellos pensamientos de la cabeza.

Mi abuelo suspiró y frunció el ceño. —Habría preferido que regresaras a Japón y te

encargases tú misma de SakuraNet.

Reí al negar con la cabeza. —No tengo la mínima idea de cómo dirigir una compañía. La habría quebrado en un mes o menos.

Mi abuelo se quitó los lentes y asintió. —De acuerdo. Si tú confías en él, yo también lo haré —aceptó, aunque su tono aún mostraba una ligera preocupación.

El alivio inundó mi pecho. "*¡Por fin!*" pensé. Entonces, su mirada se tornó más curiosa.

—El cabello de tu madre también se ponía esponjoso cuando lo secaba —dijo con una sonrisa cálida—. Pero parece que lo tienes dominado.

—Años de práctica, abuelo —dije con la enorme satisfacción de haber domado a mi cabello salvaje una vez más.

—Asumo que verás a Aidan el día de hoy.

—Ese es el plan —le dije al dejar el cepillo—. No pude acompañarlo a Philadelphia a su partido por ir a visitar a…

Me detuve y miré al móvil. La expresión de mi abuelo era firme, pero alcancé a notar que tensó un poco su mandíbula por un instante.

—Fuiste a visitar a tu hermano —dijo.

Era la primera vez que mencionaba a Toshiro desde su arresto por intentar matarme. Sus palabras me provocaron un nudo en el estómago.

—Sí, hablé con él —traté de mantener la voz firme.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros. —Porque es mi hermano —negué con la cabeza—. Es lo único que queda de mi mamá, y… No sé… La verdad no estoy segura por qué fui a verlo.

Mi abuelo asintió despacio. —Ahora que sabe que pasará los siguientes quince años en prisión, ¿se arrepiente de lo que hizo?

Apreté los labios y negué mientras miraba la pantalla del móvil. —No lo sé. Fue una visita corta y no muy agradable. Estaba enojado, eso sí.

Siempre imaginé que tener un hermano sería como tener otra gran amistad como la que tengo con Robert, y me llenaba de tristeza que en lugar de eso tuviera un psicópata que intentó matarme por dinero.

Mi abuelo frunció el ceño. —Toshiro nunca supo aceptar responsabilidad por sus errores —él suspiró—. Solo queda esperar a que esta sentencia le haga madurar.

—Me preguntó si lo visitarías.

—Quizá, querida —contestó sin dudar con una sonrisa—. Es mi nieto, después de todo.

—Si vuelvo a visitarlo, le diré que estás pensando en él.

—Solo si lo notas arrepentido.

Reí. —Vale —alguien tocó a la puerta y yo miré en aquella dirección—. Ya llegó mi sushi.

Mi abuelo resopló. —Esa basura que compras no es sushi.

—¡Ni la has probado! —dije mientras caminaba hacia la puerta sujetando el móvil frente a mí.

—Solo lo defiendes porque no has comido sushi verdadero de tu país natal.

—Es lo mismo —dije al detenerme frente a la puerta.

Mi abuelo soltó una carcajada. —Katsumi, un buen amigo mío de México me dijo una frase que aplica para esta situación: el que no conoce a Dios ante cualquier barbón se arrodilla.

—Tendrás que presentarme a Dios cuando vaya a Japón a visitarte —le dije con una sonrisa.

—Créeme, no volverás a…

—¡Sorpresa! —gritaron en cuanto abrí la puerta.

Di un salto hacia atrás y estuve a punto de atacar a quien había gritado cuando reconocí la mirada juguetona del hombre que se asomaba por la puerta.

—¡Aidan! —grité y dejé caer el móvil.

Una oleada de euforia recorrió mi cuerpo al verlo entrar arrastrando una maleta de viaje con una mano, y con la otra la bolsa de plástico con el logo del restaurante donde había ordenado mi comida.

—¿No te enfermaste del estómago la última vez que…?

Salté encima de él, rodeándole la cadera con mis piernas, arrojando mis brazos alrededor de su cuello, y estrellando mis labios contra los suyos.

No sé en qué momento soltó su maleta y la bolsa de comida, pero en cuanto sentí sus manos sobre mis nalgas emití un sonoro gemido al mismo tiempo que el beso entre nosotros cobró intensidad.

Le abracé con más fuerzas, demostrándole la tortura que fue tenerlo lejos y el alivio que me causaba su presencia de la manera más profunda e íntima posible. Traté de restregarme fuerte contra él, pero cuando lo hice se quejó, y yo me detuve.

—¿Estás bien? —le pregunté, preocupada.

—Gajes del oficio, linda —dijo con una sonrisa—. Tengo adolorida una costilla. Estaré bien.

Él me bajó, y volvimos a besarnos, pero con más ternura que intensidad.

—¿Cómo demonios llegaste? —pregunté, arrojando mis brazos alrededor de su cuello de nuevo.

—En cuanto terminó el partido, fui corriendo al aeropuerto —pegó su frente a la mía—. Necesitaba verte. Dos días se sintieron como una eternidad.

De repente, escuché a lo lejos la voz de mi abuelo murmurando en japonés, tratando de averiguar cómo apagar la llamada.

—¡Abuelo, lo siento! —dije, separándome de Aidan. Encontré el móvil y miré a mi abuelo sonriendo, lo cual añadió a la pena de la situación.

—*Konnichiwa, Kenzo–san* —saludó Aidan con una mueca. Su japonés iba mejorando.

—Felicidades por la victoria, Aidan —dijo mi abuelo con una sonrisa desde la pantalla— Ese último golpe que recibiste en la cabeza fue horrendo. ¿Ya te revisó un médico?

—¿Cuál golpe en la cabeza? —pregunté.

—¿No viste mi juego? —preguntó con tono acusatorio.

—Tenía cosas qué hacer —le dije, sonrojada. Además de la visita a Toshiro había ido a otro lado, pero no era algo que quisiera mencionar con mi abuelo en una llamada.

Aidan rio y arqueó una ceja. De seguro ya se las olía que le tenía preparado algo.

—Estoy bien, *Kenzo–san* —dijo Aidan tocándose la cabeza—. Me revisaron y no hay nada de qué preocuparse.

—Me alegra —rio mi abuelo—. Los dejo solos. Cuida bien de mi Katsumi.

—Siempre —contestó Aidan con seriedad.

Terminé la llamada y dejé el móvil a un lado. Aidan y yo nos reímos, y luego volví a besarle, sintiendo la necesidad de estar más cerca de él.

Pero ya que había pasado el furor del momento, y me tuve que separar de él al detectar su aroma.

—¿Qué pasa? —preguntó, preocupado.

—Apestas a sangre, tierra y sudor —exclamé, apartándome.

—No tuve tiempo para ducharme en el estadio —dijo apenado y entre risas—, y el avión privado que renté no tenía ducha. Al menos me lavé la cara.

—Pues aquí sí hay una ducha —dije, empujándole hacia el baño—. Vamos, necesitas asearte.

Le llevé al baño. El muy hijo de puta se iba riendo mientras fingía resistencia. Le tiré un beso antes de cerrarle la puerta.

—Quiero todo bien lavadito —le dije con tono seductor.

—¿Para qué si nos volveremos a ensuciar?

Suspiré, le di un manotazo a la puerta, y luego fui hacia la habitación, donde ya tenía mi propia maleta hecha. Antes de irse, Aidan me había preguntado si me gustaría vivir con él, pero no le había dado una respuesta.

“*Ya quiero ver la cara que pondrá cuando…*” pensé.

—¡Linda! —escuché gritar del baño.

—¿Qué? —le contesté gritando.

—¡¿Dónde está el jabón?!

Reí. Olvidé que había usado lo último aquella mañana.

Entré al baño, y cuando lo hice me cogieron de la cintura, metieron a la ducha, y pusieron contra la pared.

—¡Aida…! —reclamé antes de que sus labios me callaran. La forma en que me besó activó algo dentro de mí que ese hombre sabía muy bien encender.

¡Y vaya que se había encendido! Aunque la ducha siguiera encendida y estuviera mojándome la camisa y el cabello recién secado, no podía más que entregarme a las caricias intensas de Aidan.

—No se vale —le reclamé sin despegar mis labios de los suyos, al mismo tiempo que recorría su espalda musculosa con mis manos, presionando las puntas de los dedos contra su piel, deslizándome de arriba abajo, y luego de abajo arriba.

—¿Qué no se vale? —contestó con una sonrisa.

Le contesté con una mirada hacia abajo —Tú ya estás desnudo —le reclamé, y noté que mi chico ya estaba listo para mí.

—Bueno, eso lo puedo remediar.

—¡Eres un ta…! ¡Ah, joder!

Se arrodilló ante mí y metió la cabeza bajo mi camisa, saboreando la piel de mi abdomen con su lengua al mismo tiempo que me despojaba de mi short con todo y bragas.

Levanté una pierna de manera instintiva y la subí encima de su hombro cuando su boca llegó a su destino.

Me estremecí y reí al mismo tiempo que mi cuerpo respondía a su lengua y labios en mi sexo.

—Podría saborearte todo el día, linda —murmuró sin despegar sus labios de mi entrepierna, y luego aceleró los movimientos de su lengua.

—¡Aidan, me voy a caer! —gemí al tratar de aferrarme a las paredes mientras mi cuerpo temblaba y se retorcía de aquel placer tan delicioso que me provocaba con la mayor de las facilidades.

Me respondió aferrando sus gruesos y musculosos brazos alrededor de mis muslos, sujetándome firme y devorándome con todo su ser.

Y entonces exploté. De verdad me habría resbalado de no ser por su agarre, y aquello me permitió expresarle mi placer con una sonora serie de gritos y gemidos.

Aidan se puso de pie y nos miramos a los ojos. La intensidad que encontré en ellos me dejó

saber que aún no terminábamos.

"*Bien*," pensé "*porque quiero más*".

Sin dejar de mirarme, Aidan me quitó la camisa empapada, y se mordió el labio al contemplar mi cuerpo unos momentos antes de liberar mis pechos del sujetador.

Esa forma en que me miraba, como la de un niño pequeño que abre sus regalos en su cumpleaños, no había cambiado en los meses que llevábamos juntos. La pasión que teníamos parecía no tener fin.

Arqueé una ceja, y me giré despacio, manteniéndole la mirada en todo momento hasta que ya no pude hacerlo. Me mordí el labio y arqueé la espalda mientras ponía mis manos contra la pared.

No tenía que decirle nada. Él sabía exactamente lo que debía hacer.

Acerqué mis nalgas hacia él cuando las sujetó. Mi corazón palpitaba como loco, y las vibraciones que recorrían todo mi cuerpo estaban volviéndose más y más en un continuo sacudir, creciendo más y más.

Primero me acarició.

Dejé de respirar.

Me sujetó la cintura con ambas manos.

Mi corazón aceleró.

Se colocó en la entrada a mi ser.

Abrí la boca, cerré los ojos.

Él empujó.

Grité y empujé todo mi ser hacia atrás, tomándolo por completo dentro de mí.

Éramos perfectos uno para el otro.

No solo encajábamos a la perfección, sino que el ritmo que tomamos de manera natural parecía ser el ideal para sincronizar el placer a través de nuestros cuerpos, nuestras mentes, y nuestra alma. Era salvaje, sí, pero apasionado.

Era como nosotros.

—¡Así, Aidan! ¡Así! —grité a todo pulmón entre los alaridos que mi hombre sacaba de mí.

Sus gruñidos viriles me pusieron loca. No necesitaba decirme nada para saber que estaba gozando tanto como yo. Sus acciones me demostraron que le hice tanta falta como él me la hizo a mí. Joder, solo habían sido unos días.

Extendí una mano hacia atrás, alcanzando su cabeza, y deslizando mis dedos entre su cabello. Tuve que arquear un poco más la espalda, pero el ángulo nuevo de sus embestidas lo hizo valer la pena.

Dios mío, sí que valió la pena.

—¡Joder! —gruñó y aceleró sus estocadas.

¿O fui yo quien volvió más rápido mis movimientos? No me importó.

No era una competencia.

Era un baile que ambos conocíamos los pasos.

Una danza que los dos podíamos hacer hasta con los ojos cerrados.

Era perfecto.

—¡No puedo más! —gritó.

—¡Aidan, voy a…! ¡Joder, voy a…! —grité.

He de decir que un terremoto con epicentro en mi coño sacudió todo mi ser habría sido una descripción adecuada, pero no exacta. Lo que me hacían sus orgasmos no podía definirse.

Cada célula de mi cuerpo vibraba. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaban y relajaban sin control alguno, como si me convulsionara mientras el orgasmo me relajaba poco a poco.

Aidan me llenó por completo y liberó dentro de mí toda su esencia. Llevábamos semanas sin cuidarnos, y la calidez que dejó en lo profundo de mi ser me recordó aquello que imaginé hace rato.

—¿No pudiste esperar a salir de la ducha? —le pregunté entre risas y sin aliento, acariciándome con toda sutileza mi abdomen, atreviéndome a imaginar las consecuencias de nuestra pasión.

—¿Bromeas? Mi intención era hacerte mía en cuanto entrara al apartamento —dijo al abrazarme por detrás—, pero al parecer apestaba demasiado para eso.

—Acababa de secarme el cabello —gruñí al apoyar mi cabeza contra la suya—. Ahora me lo tendré que secar de nuevo.

—¿Acaso estás quejándote?

Reí, me giré, y subí mis brazos alrededor de su cuello. —No, pero tendrás que ir a comprar refrescos y cervezas mientras me lo vuelvo a secar.

Él asintió y nos besamos con más ternura que lujuria.

—Te amo, Aidan —le dije al pegar todo mi cuerpo contra el suyo.

—Yo también te amo, Katsumi —me separó un poco—. ¿A dónde fuiste esta mañana que no viste mi juego?

Reí y me lamí los labios. —Es una sorpresa.

—Me gustan las sorpresas.

Nos secamos apenas lo suficiente para salir del baño sin dejar charcos por todo el

apartamento, pero caminamos desnudos hasta la habitación.

Él miró mi maleta, y sin duda notó que ya no tenía mis pocas pertenencias personales encima de la cómoda.

Había un sobre en mi mesita de noche. Lo cogí y se lo entregué antes de sentarme en la cama.

—¿Qué es esto?

—Tu sorpresa —le dije con una sonrisa.

—Pensé que la maleta era la sorpresa.

Reí. —Sabías que aceptaría vivir contigo, tonto —incliné la cabeza hacia el sobre—. Esto es otra cosa. Ábrelo.

Aidan estaba boquiabierto y con los ojos entornados. Abrió el sobre, sacó la hoja del interior, y mantuvo esa expresión mientras leía el contenido.

Su rostro cambió poco a poco a uno de sorpresa, y luego la más grande sonrisa que alguna vez le había visto.

—¡¿Es en serio?! —asentí, y él me miró a los ojos— ¡¿Estás…?!

—Es lo que pasa cuando dejas de cuidarte, tontito —le dije entre risas, luego suspiré—. La naturaleza no perdona.

Él se hincó ante mí, y me besó el abdomen. —Y yo creía que no podía ser más feliz, Katsumi.

—¿Estás preparado, Aidan? —le pregunté, acariciándole el rostro.

—Linda, contigo a mi lado no hay nada que no pueda hacer.

Epílogo

Aidan

—¡Por la victoria, *hut*! —grité antes de recibir el balón por última vez. Pasara lo que pasara, el partido, y nuestra temporada, terminaría después de aquella jugada.

Aunque aquel fuera el estadio más ruidoso de la liga gran parte del público guardó silencio. Los golpes de mi línea ofensiva al detener a los monstruos de la defensa de Nueva York parecían balazos. Sus gruñidos los hicieron sonar como bestias peleando por sus vidas.

Pero mientras los escuchara a unos pasos de mí, tenía tiempo. Miré a lo lejos, buscando en la zona de anotación hasta que lo encontré.

Y fue justo a tiempo, pues el hijo de puta del equipo contrario que llevaba todo el partido haciéndome la vida imposible había logrado pasar entre dos de mis protectores y se dirigía hacia mí.

Grité a todo pulmón cuando lancé en balón en su dirección al mismo tiempo que me derribaban.

Cerré los ojos y soporté los ciento cincuenta kilos de aquel hombre al caer encima de mí y rodar a un lado.

Me hinqué y miré hacia el extremo del campo, donde el balón llegó a las manos de un jugador en la zona de anotación. Los demás jugadores frente a mí no me dejaron ver quién había sido, pero el público estalló en aplausos y gritos de emoción.

Levanté la cabeza al quitarme el caso, y mi corazón se detuvo unos momentos al leer las letras gigantescas en la pantalla del estadio.

¡¡¡TOUCHDOWN!!!

¡FULGORES GANAN!

Solté una carcajada de la emoción, y cuando me puse de pie vi a Khalil corriendo hacia mí, sin su casco, con los brazos abiertos hacia los lados, y el balón del partido en su mano izquierda.

—¡COLEGA! —gritó al abrazarme— ¡QUÉ PASE, CABRÓN!

No tomó mucho tiempo para que el campo se llenara de gente con la misma alegría que nosotros.

Miré hacia la pantalla, donde estaba el marcador final del campeonato, y esa palabra que había perseguido durante toda mi carrera.

CAMPEONES.

A mi alrededor todos mis compañeros estaban vueltos locos, y en cuanto reconocí a la esposa de uno de los defensivos estrella miré hacia el palco de lujo.

No la encontré, y seguí mirando a mi alrededor.

Reí al pillar a Khalil sin su camisa puesta y besándose con mi hermana, y detrás de ellos a lo lejos la encontré.

Aunque todo mi cuerpo me dolía por los golpes, mis músculos ardían por el esfuerzo, y mis pulmones apenas podían jalar aire por el cansancio, yo corrí hacia ella, la chica que se escapó en mi juventud, y que había vuelto a mi vida para darme ese toque de inspiración que me hacía falta.

Traía los únicos vaqueros que todavía le parecían cómodos, según ella, y el jersey del equipo que traía puesto alcanzaba a ocultar el bulto en su barriga de nuestro engendro que cada día crecía más y más.

La abracé y nos besamos con toda la pasión que llevábamos expresándonos estos meses. Joder, la habría hecho mía en ese momento si no estuviéramos rodeados por fanáticos, compañeros de equipo, cámaras y otras personas que celebraban el primer campeonato de Ciudad del Sol.

—Lo lograste —dijo al pegar su frente a la mía—. Sabía que lo lograrías.

—Gracias por creer en mí, linda —le dije al borde de las lágrimas—. Gracias por estar aquí para celebrarlo conmigo.

Las bocinas del estadio sonaron con una melodía de triunfo, anunciando la llegada del trofeo al campo.

Miré a Katsumi, le sujeté la mano, y me acompañó hasta el escenario que habían armado en el centro del campo, donde Robert estrechaba manos con otros funcionarios de la liga.

—¡Aidan! —llamó un reportero al acercarse a mí junto con su camarógrafo.

Katsumi trató de alejarse, pero apreté su mano y la miré a los ojos. Suspiró y se paró a mi lado mientras el reportero acercó el micrófono a su boca. —Por fin, luego de una carrera larga y llena de laureles, obtienes los únicos dos premios que te faltaban: Campeón, y Jugador Más Valioso.

—No los obtuve solo —dije con una sonrisa y mirando a mi alrededor—. Sin este grandioso equipo que Robert Darcy patrocinó y el genio del entrenador Solinsky yo habría visto este partido en mi casa en lugar de jugándolo.

—¿Qué era lo que te faltaba para dar este paso, Aidan?

Suspiré y giré hacia Katsumi, quien no dejaba de sonreír ni mirarme a mí. —Creo que no estaba listo para darlo todavía. Necesitaba madurar, y necesitaba sentir que lo merecía, igual que cualquier cosa que vale la pena en la vida.

—¿Qué sigue para Aidan Foster?

Reí y volví a mirar a Katsumi. —¿Tienes hambre? —ella asintió al carcajearse— Mi chica tiene hambre, y ella come por dos.

El reportero rio, agradeció, y se alejó.

Besé a Katsumi, y luego acaricié su barriga.

La vida no podía ser mejor.

FIN



Aquella noche habría muerto…

Le debe su vida, pero solo tiene un corazón para ofrecer…

¿Saldaría su deuda si sana su alma? ¿Y él sanaría la de ella?

Para Isla el amor es sinónimo de sufrimiento. ¿Acaso todos tienen derecho a ser felices menos ella? Su nuevo empleo es la última oportunidad para construir una vida. No puede ni pensar en entregar su corazón a otro, y menos al joven millonario para el que trabaja. ¿Siquiera importa que sea el hombre más cautivador, intenso e irreverente que ha conocido?

Y es que hay algo en él… Algo que la hace dudar… Y soñar.

Aunque tiene todo lo que un hombre puede desear, el dolor es un huésped permanente en la vida de Robert. Le tiene prohibida la entrada a todos en su corazón, en especial a las mujeres. ¿Acaso la chica nueva, inteligente y trabajadora, se conformará con ser solo su secretaria? ¿O quiere algo más de él, igual que todas las mujeres que han entrado a su vida?

Quizá no debió rescatarla aquella noche…

¿Acaso ella no lo reconoce?

Su atracción y pasión será puesta a prueba por alguien del pasado, por lo que deberán confiar entre ellos para descubrir si el destino solo cruzo sus caminos o los unió.

Leerás hasta el final esta novela llena de atracción fulminante y deseo incontrolable entre dos protagonistas que no podrán oponerse a la tentación, porque todos amamos cuando el destino nos depara algo maravilloso e inesperado.

¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!

¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!

¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!



Era su último día…

…Pero un tiroteo lo cambia todo.

Él salvó su vida. ¿Ella salvaría su corazón?

Los hombres solo quieren una cosa, y a cambio solo saben dar problemas. ¿Acaso el amor tiene prohibida la entrada en la vida de Bris? Ella no tiene tiempo para juegos, y menos con los días contados en su trabajo. ¿Podría convencer al valiente y apuesto nuevo dueño de permitirle quedarse?

¿Cómo más podría agradecerle?

Él daría toda su fortuna por una pizca de la felicidad que alguna vez tuvo. Níkolas prometió no desenfundar su arma de nuevo, pero no tuvo elección. ¿Podría esa chica alocada y magnética que rescató recordarle cómo sonreír de nuevo?

¿Quizá algunas promesas deben romperse?

No podrás dejar de leer esta novela llena de intrigas y ardientes pasiones entre dos protagonistas que amarás hasta el final porque a todos nos toca en el corazón cuando el amor puede con todo.

Cómpralo ya, o léelo gratis con tu suscripción Kindle.

¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!

¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!

¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!



Su suerte está echada…

Ahora debe hacer lo que sea para lograr su sueño…

¿Enamorarse no era parte del trato?

Toda su vida Gina ha tenido una sola meta, ¿por qué los hombres tienen que ser tremendos dolores de cabeza? No son más que distracciones, en especial cuando son capaces de hacerla llorar de risa y gritar de pasión en una misma noche.

Se suponía que no lo volvería a ver, ¿y ahora es el más reciente cliente millonario de su bufete? Por supuesto que le tocaría a ella atenderlo.

Maldita suerte.

Victor gana. Es todo lo que hace, tanto en las mesas de poker como en los negocios. ¿Por qué la tragedia y el dolor deben ir de su mano por la vida? Ninguna cantidad de dinero, mujeres y alcohol habían logrado desaparecer el dolor de su alma hasta aquella noche con esa feroz y apasionada mujer.

Tenía que volverla a ver, ¿y el destino la pone en su camino cuando más necesita los talentos de una brillante abogada?

Bendita suerte.

Una demanda los hará trabajar juntos y descubrirán que el hueco dentro de sus almas podrá llenarse con el posible amor entre ellos si logra superar una traición que sacudirá los mundos de ambos.

Este romance contemporáneo entre cliente y abogada te enganchará de principio a fin con su humor irreverente, su pasión desenfrenada y sus personajes encantadores, porque todos desbordamos de alegría al ver que la suerte favorece a quien se atreve.

Cómprala ya, o descárgala gratis con tu suscripción Kindle.

¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!

¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!

¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!



Es la oportunidad que estaba esperando…

Estaba lista para todo por su carrera…

¿Por qué tenía que ser ex de ella?

¿Quién no desea ser el mundo para otra persona? Serena quiere ser eso para alguien, pero todos los hombres que conoce parecen preferirlas más putas y menos ocupadas. ¿Por qué molestarse?

Alek es distinto. Es un genio, con un físico increíble y la personalidad más magnética de cualquier persona que conoce. ¿Ser el ex de su hermana debería hacerlo menos perfecto?

Saben que no deben ceder a la irresistible atracción que crece entre ellos. Sin embargo, ¿qué hacer cuando cada orden que él le da lo vuelve más irresistible? ¿Cuando cada noche juntos en la oficina invita a soñar? ¿Cuando cada mirada provoca desear?

¿Serán capaces de ver más allá de lo que creen que no debería ser, y permitirse un amor como ningún otro en sus vidas?

Adorarás este romance contemporáneo de oficina con una combinación perfecta de dulce y picante con un toque de drama familiar porque todos deseamos que el amor encuentre cómo triunfar.

Cómprala ya, o léela gratis si tienes suscripción Kindle.

NOTA: Esta obra solía titularse “No Me Quitarás A Tu Ex”. Lo único distinto es el título. El contenido es el mismo.

¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!

¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!

¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!



De todos los lugares en donde se podría conocer alguien…

Hay secretos que no deben ser guardados…

¿Será una trampa del destino o un complot del amor?

Las circunstancias injustas de la vida no han hecho que Claudia deje de sonreír y divertirse con sus amigas más cercanas, pero la boda de una de ellas le recuerda lo que perdió.

¿Acaso ella no merece ser amada?

Quizá el caballero de aspecto distinguido y cautivador que conoció en aquel bar pueda hacerla olvidar por unos instantes sus miedos más profundos y recordarle sus sueños más placenteros… Si tan solo no fuera el nuevo dueño a quien debe rendir cuentas.

¿Podrían ambos olvidarse de ese minúsculo detalle?

Tras la pérdida más devastadora que un hombre puede soportar, Marco ha construido una gran fortuna y ha sido un padre ejemplar para sus hijos, pero a costa de su vida personal.

¿Será cierto que amor como el que tuvo solo se da una vez?

Si así fuera, el destino no habría puesto a aquella encantadora e intrigante mujer a cargo del negocio que compró. ¿O es que ya es momento de seguir adelante?

Quizá lo sea, siempre y cuando ella no se entere de la verdad…

Juntos, lucharán por superar una traición que sacudirá los mundos de ambos, y descubrirán que el hueco dentro de sus almas podrá llenarse con el posible amor entre ellos si logran superar sus problemas.

¿Pero será suficiente para que ambos vuelvan a creer que un final feliz es posible?

Este romance contemporáneo entre las personas menos esperadas te enganchará de principio a fin con su humor irreverente, su pasión desenfrenada y sus personajes encantadores, porque todos deseamos que la suerte favorezca a quien se atreve.

¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!

¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!

¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!

¡Muchísimas gracias por leer hasta el final!

Espero hayas disfrutado la lectura tanto como disfruté escribirla.

Aprovecho para darle un agradecimiento muy grande a mis lectores beta cuyos ojos y críticas ayudaron a darle forma final a mi obra.

Quiero extender un agradecimiento muy especial a Sol y a Keila por su generosa ayuda y apoyo para darle forma final a esta obra.

Y a ti, lector, no imaginas cuánto me ayuda leer tus comentarios en reseñas de Amazon. Cuando me dejas más que solo una valoración y expresas lo que quieres de futuras novelas o lo que te hubiera gustado de esta me permite darte mejores experiencias en un futuro.

Tú me haces escribir mejor.

No pierdas tu oportunidad de seguirlo haciendo. Deja tu reseña.

¿No puedes dejar reseñas en Amazon? ¡Búscame en Facebook! Siempre aprovecharé la oportunidad de conocer a un lector y escuchar lo que me tiene que decir. ¿Quieres estar en contacto conmigo? Puedes encontrarme en Facebook.

Si deseas conocer todas mis obras puedes verlas en mi Página de Autor en Amazon USA,o en Amazon España.

Nos vemos cuando nos veamos.

Emma K. Johnson